

APRENDICES EN LA ESCUELA DE LA VIDA



Elena Sant Iago

Este libro lo dedico a mi amado esposo.

LECCIÓN PRIMERA

ÉSTE ES UN MUNDO DE APARIENCIAS

CAPÍTULO I
“¡QUÉ INJUSTA ES LA VIDA!”

Olivia se subió al avión de muy mala gana.

La azafata le indicó gentilmente su asiento y ella se dirigió hacia allí. Dejó en el portaequipajes superior su bolsa de mano y luego se sentó junto a la ventanilla.

Desde el avión ya no podía ver a su familia y se dijo: “¡Qué injusta es la vida! ¡Qué ganas tengo de cumplir los dieciocho para decidir yo misma sobre mis cosas!”

Un caballero se acercó, la miró y le sonrió diciéndole:

—¡Creo que ése es mi asiento!

Olivia, lo miró y dándose cuenta de que era cierto contestó:

—¡Ah, sí, perdone! y comenzando a levantarse, prosiguió —¡Me he sentado aquí para mirar un momento, pero ya salgo!

—No importa, puedes quedarte ahí si lo prefieres. —dijo el hombre —A mí me da lo mismo ir junto a la ventana que junto al pasillo.

La joven respondió algo cortada:

—¡No, no! ¡También me es igual a mí!

—¿De verdad? Yo creo que en el fondo prefieres la ventana— dijo él, sonriente.

Olivia se quedó mirándole y tras unos segundos le contestó:

—Está bien, vale, gracias.

El hombre asintió, diciendo:

—No hay de qué.

Y luego se sentó.

La joven miró de nuevo por la ventanilla mientras esperaba que los demás pasajeros se instalaran en sus asientos.

Poco después al avión despegaba y Olivia se agarraba fuertemente a los reposabrazos, mientras dejaba de pensar y solamente estaba pendiente de la sensación que le producía el ascenso. Después empezó a mirar de nuevo por la ventanilla y vio cómo se elevaban cada vez más y más, hasta remontar las nubes.

Era un espectáculo realmente hermoso.

—Es la primera vez que viajas en avión, ¿verdad? le preguntó el hombre.

Ella lo miró y asintió:

—Sí.

—Pero no tienes miedo— continuó el hombre.

—No. Todo lo contrario. Me gusta. Me gusta mucho volar. —contestó ella.

Él sonrió y ella también.

—También es la primera vez que vas a Lyon, ¿no? —dijo el hombre.

—Sí.

—¿Intercambio estudiantil?

Ella suspiró.

—Sí.

Él volvió a sonreír.

—Pero parece que eso te gusta menos, ¿verdad?

Olivia lo miró y pensó: “Me parece que este hombre me está preguntando demasiadas cosas. No sé si es que quiere ser amable o pretende algo más. ¡Vaya! ¡Lo que me faltaba! ¡A ver si ahora resulta que se me ha puesto al lado un ligón!”

—Bueno, — dijo el hombre, mientras se acomodaba en su asiento – pues yo voy a echarme un rato porque estoy un poco cansado. Si quieres salir o cualquier otra cosa, no te importe llamarme, pues en realidad sólo necesito descansar un poco.

La joven contestó:

—Está bien. No necesito salir.

—Muy bien. — respondió él, cerrando los ojos.

La muchacha se quedó pensando: “¡Bueno, en todo caso si es un ligón, parece que por ahora puedo estar tranquila!”.

Volvió a asomarse a través de la pequeña ventana y, durante un rato, sólo estuvo admirando las vistas, sin pensar en nada más. Pero después empezó a recordar por qué estaba haciendo ese viaje.

Los padres de Olivia, dueños de un pequeño restaurante, habían decidido de forma unilateral que sus hijos debían conocer bien otro idioma, así que cuando su hijo mayor cumplió los 17, decidieron enviarlo al extranjero para hacer el último curso de instituto, antes de entrar en la universidad. Por ello lo incluyeron en un programa de intercambio estudiantil y lo enviaron a Estados Unidos.

El segundo hermano volvió a repetir el intercambio a la misma edad, pero en este caso él eligió Inglaterra.

Ahora le había tocado a Olivia. Sin embargo ella no estaba de acuerdo. Ciertamente no se le daban mal los idiomas, pero por eso mismo no veía la necesidad de pasar un curso entero en el extranjero, pues, al fin y al cabo, como aún no se decidía por ninguna carrera, para ayudar en el restaurante tampoco necesitaba tanto.

Ella manifestó claramente su desacuerdo, mas éste pareció caer en oídos sordos. No obstante, se le dio la oportunidad de elegir entre Estados Unidos e Inglaterra, al igual que sus hermanos. Pero Olivia estuvo pensando y entonces le surgió un impulso: les dijo a sus padres que su elección era Francia y más concretamente Lyon. Ellos se quedaron sorprendidos, pero finalmente aceptaron.

Un mes después de presentar la solicitud, partía sola hacia Lyon, sin tener una idea clara de qué era lo que se iba a encontrar en su lugar de destino y preguntándose a ella misma cómo se le había ocurrido escoger Lyon, ciudad de la cual no sabía nada. Lo único que sabía era que la familia que la iba a acoger estaba compuesta por cinco miembros: los padres, un muchacho un par de años mayor que ella, una chica de su edad y por último un niño que aún no había cumplido los diez. Viviría en el centro de Lyon e iría al mismo instituto que la chica.

La madre de Olivia y su hermano mayor habían ido a despedirla al aeropuerto, pero aunque la joven se sentía bastante triste, ellos parecían no estar muy afectados, porque se reían y le decían que tenía que madurar y que ese viaje le serviría para crecer de una vez.

La muchacha suspiró mientras miraba las nubes, y volvió a quedarse con la mente más relajada. Luego pensó: “¡Qué paz se nota aquí! ¡Ojalá pudiese volar entre esas nubes!”.

Después de un rato, se echó sobre el respaldo de su asiento, miró el reloj y vio que aún faltaba una hora para llegar. Miró al hombre y vio que seguía durmiendo. Como ella había dormido mal la noche anterior, decidió cerrar los ojos y descansar un poco también.

Llevaba apenas unos minutos con los ojos cerrados, cuando el hombre le dijo:

—¿De verdad te gustaría volar entre las nubes?

Ella lo miró sorprendida y vio que él la miraba muy sonriente.

—¿Por qué dice eso? —exclamó Olivia, sorprendida— ¿Cómo sabe que...?

—¿Te gustaría? ?—repitió él.

—Bueno... sí, claro... ¡a quién no! — contestó ella.

—¡Entonces, adelante! ¡Ven conmigo!

—¿Qué? — dijo ella sin entender, mientras veía que él se levantaba y le tendía una mano.

—¡Ven! ¡Vayamos a volar entre las nubes!

A la joven le vino un pensamiento rápido de que aquel hombre estaba loco, pero no se atrevió a llevarle la contraria, así que le dio su mano y se levantó. Entonces, él tiro de ella, y antes de que la muchacha pudiese tener tiempo de pensar nada, se vio atravesando el chasis del avión y volando entre las nubes.

Eso le provocó tal impresión que volvió a sentir otro tirón, pero esta vez se despertó.

La muchacha abrió los ojos asustada y se vio recostada en el asiento del avión. Luego miró a su derecha y el hombre estaba allí, al parecer plácidamente dormido.

—¡Virgen del Pilar! ¡Pero si sólo estaba soñando! ¡Qué tonta soy!—exclamó.

Volvió a cerrar los ojos y más tranquila se fue quedando dormida.

Al cabo de un buen rato se despertó al escuchar por el altavoz que anunciaban que estaban a punto de llegar. Se incorporó y miró por la ventanilla. A lo lejos se veía una gran ciudad a la que poco a poco se estaban acercando. Olivia comenzó a ponerse un poco nerviosa.

—Tranquila, todo va a ir bien— dijo el hombre.

Ella lo miró y al ver su gesto amable le sonrió.

—Te gustará Lyon. —continuó él, sonriendo — La ciudad tiene zonas muy agradables y conocerás personas muy especiales con las que entablarás una relación muy fuerte, ya lo verás.

Ella supuso que le decía eso para animarla y le contestó:

—Gracias. Eso espero.

—Ya verás que sí. No tengas miedo. —contestó él.

Olivia se quedó pensando y luego le preguntó:

—¿Usted vive en Lyon o sólo va de visita?

El hombre sonrió y le respondió:

—Voy a estar en Lyon un tiempo.

—¡Ah!— exclamó ella —¡Entonces igual que yo!

—Exactamente— contestó él— Igual que tú.

La joven lo miró extrañada por el tono en que le contestó, pero no dijo nada.

La azafata pidió que se abrocharan el cinturón, pues estaban a punto de llegar.

Olivia obedeció y luego miró por la ventanilla mientras el avión se acercaba y comenzaba a descender.

Unos minutos más tarde habían llegado.

Todos los pasajeros se levantaron para salir y Olivia esperó a que el hombre se levantara también, mientras se dijo algo nerviosa: “¡Bueno Oli, ya estás aquí! ¡Vamos a ver lo que te encuentras!”

Luego él la miró sonriente y le dijo:

—¡En fin, ya nos veremos! ¡Y no te preocupes, pues no estás sola!

La muchacha, aunque no supo qué quería decir exactamente con eso, le sonrió y le dijo:

—¡Adiós! ¡Gracias! ¡Que le vaya muy bien a usted también!

—Gracias, pero no te digo adiós, sino ¡hasta luego!

Y se marchó, dejando a la joven mirándole y pensando: “¡Parece que después de todo no era un ligón, sino una persona verdaderamente amable! ¡Eso sí: un poco raro!”

Cogió su bolsa de mano y se puso en la cola para salir del avión.

CAPÍTULO II “BONJOUR! JE SUIS OLIVIA!”

Después de coger el resto de su equipaje de la cinta transportadora, se dirigió bastante nerviosa a la salida, mientras sacaba una foto que le habían enviado una semana antes, de la familia que la iba a acoger.

Afuera había mucha gente, pero enseguida los reconoció. Se acercó a ellos y saludó:

—Bonjour! Je suis Olivia! (*Buenos días, soy Olivia.*)

—Ah, ma chère fille! (*¡Ah, mi querida niña!*)— exclamó la mujer muy sonriente— Bienvenue en France! Bienvenue á Lyon! (*¡Bienvenida a Francia! ¡Bienvenida a Lyon!*)

La mujer le dio un abrazo y un par de besos.

—Merci beaucoup, Madam! (*¡Muchas gracias, señora!*)— respondió Olivia.

—Tu peux m’appeler Christine. Et voici mon mari: Ferdinand. (*Puedes llamarme Christine. Y éste es mi marido Ferdinand*)—

—Comment allez vous, monsieur? (*¿Cómo está usted, señor?*)— saludó ella.

El hombre contestó:

—Très bien, merci, Olivia. Mais tu peux m’appeler Ferdinand, s’il te plaît ! (*Muy bien, gracias, Olivia. Pero puedes llamarme Ferdinand, por favor.*)

Y luego le dio otro par de besos.

La joven se sentía un poco cortada.

—Et voici ma fille, Alice; et mon dernier fils, Pierre. (*Y ésta es mi hija, Alice; y mi hijo pequeño, Pierre*)—dijo Christine.

—Salut, Olivia! (*¡Hola Olivia!*)— saludó Alice.

—Salut, Olivia! (*¡Hola Olivia!*)— dijo Pierre, visiblemente contento.

Olivia les sonrió con timidez, y contestó:

—Salut! (*¡Hola!*)

Los dos hermanos se acercaron a ella y también le dieron otro par de besos.

—As tu fait un bon voyage, ma chère? (*¿Has hecho un buen viaje, querida?*)— preguntó Christine.

—Oui, merci. Très bon. (*¡Sí, gracias. Muy bueno!*)— respondió Olivia.

—Ah!, ça me fait plaisir! Et maintenant, et avant tout, on va telephoner tes parents pour leur dire que tu est arrivée et que tu est bien, d’accord? (*¡Ah, me alegro! Y ahora y antes de nada, vamos a llamar a tus padres para decirles que has llegado y que estás bien, ¿de acuerdo?*)— dijo Christine.

—Oui, je vous remercie! (*¡Sí, se lo agradezco!*)— contestó Olivia

—Allons-y, donc! Juste là-bas il y a une cabine! (*¡Vamos, entonces! ¡Allí hay una cabina de teléfono!*)— dijo Christine

(Nota: Para el mejor entendimiento de todos los lectores que no dominan la lengua francesa, y para más fluidez del relato, a partir de ahora los diálogos que se desarrollen en francés, serán traducidos directamente al español.)

Después de hablar con su madre, Olivia se reunió con su nueva familia adoptiva.

Durante el trayecto hasta su nuevo hogar fueron hablando. A Olivia le costaba un poco entender todo, pero los demás trataban de hablarle despacio e incluso si hacía falta le repetían algunas cosas. Mientras Christine conducía, Ferdinand iba indicándole los lugares por los que iban pasando, pero para la joven todo iba demasiado deprisa, y miraba por educación, pero por supuesto no estaba reteniendo nada de lo que le decían.

Algo más de media hora después, llegaron a su destino.

Olivia descendió del coche y los demás le ayudaron con el equipaje. La muchacha echó un rápido vistazo a su alrededor. Desde luego aquello era muy diferente de su ciudad natal.

La muchacha se dijo a sí misma, con cierta angustia: “¿Pero qué hago yo aquí? ¿Por qué me han hecho esto mis padres? ¡Por favor, quiero irme a mi casa!”

—Olivia, estamos en el “Boulevard des Belgues”— explicó Ferdinand —No te preocupes, en casa tenemos un mapa para ti, para que sepas moverte sola. De todas maneras, daremos paseos contigo para que puedas conocer poco a poco esta zona y luego el resto de Lyon. En cuanto al instituto, tampoco tendrás problema porque Alice irá contigo.

—De acuerdo, gracias— respondió Olivia.

Luego subieron al piso en el que vivían. Olivia se quedó algo asombrada al ver el ascensor, pues éste era muy antiguo y en él cabían apenas tres personas. En realidad, todo el edificio era bastante antiguo.

Subieron hasta el ático. Nada más abrir la puerta se encontraba una enorme entrada diáfana que daba a todas las habitaciones. Christine fue mostrándole cada estancia y finalmente su dormitorio.

El cuarto era bastante más grande que el que tenía en su propia casa y tenía una decoración bastante alegre. El caso es que a Olivia le agradó.

—Supongo que estarás algo cansada — le dijo Christine — Vamos a comer en media hora. Bueno, ya sabes que aquí comemos antes que en España. Nosotros almorzamos sobre las doce y media.

—Sí, sí lo sabía— contestó Olivia.

—Si lo deseas, puedes descansar un poco y cuando vayamos a comer, te llamo.

—¡De acuerdo, gracias, Christine!

La muchacha se quedó sola y se sentó en la cama pensando: “¡Uf! ¡Bueno, por ahora parece que me voy desenvolviendo, más o menos!”

Luego abrió una maleta y buscó su bolsa de aseo y luego fue al baño que tenía justo al lado de su habitación.

Después se dirigió a la cocina. Christine estaba terminando de preparar la comida con ayuda de Ferdinand.

Los dos la miraron sonriendo.

—¿Todo bien? — preguntó él.

—Sí, gracias. —respondió Olivia.

—Alice y Pierre están en el salón. Si quieres, ve con ellos. —dijo Christine.

—De acuerdo. —contestó la muchacha.

Alice estaba con su ordenador portátil conectada a Internet, chateando con sus amigos, y Pierre se encontraba tumbado leyendo un cómic de Tintín.

—Hola. —saludó Olivia.

—Los dos la miraron y Pierre se levantó muy contento del sillón y se acercó a ella, la cogió de la mano diciéndole: ¡Ven Olivia! ¡Te voy a enseñar mi colección de cómics de Tintín y de Asterix! ¡Con ellos vas a aprender bien nuestra lengua!

Olivia sonrió y se dejó llevar por el chaval.

—¡Pierre! ¡Déjala en paz! dijo su hermana – Olivia, no le hagas caso. Mi hermano puede llegar a ser muy pesado.

—No te preocupes. No pasa nada. —contestó Olivia.

Pierre sonrió y le dijo:

—¡Mira, éste es mi preferido!

—¡A ver! —contestó Olivia, cogiendo el libro que le entregaba el chiquillo.

—¿Lo entiendes? — preguntó Pierre, mirando alternativamente hacia el libro y a ella.

Olivia empezó a leer e hizo un suave gesto con la cabeza de un lado para otro y contestó:

—Entiendo muchas cosas, pero no todas.

—¡No te preocupes! exclamó el niño — ¡Yo te ayudaré!

Olivia lo miró y le sonrió.

—¡Gracias, Pierre!

En ese momento se escuchó entrar a alguien de la calle.

Olivia miró en dirección a la puerta del salón y Alice le dijo:

—Es mi hermano Edmond.

—¡Ah! respondió Olivia.

Un minuto después Christine entraba en el salón con su hijo mayor.

—Olivia, éste es mi hijo Edmond.

La joven se levantó del sillón y viendo que él la miraba fijamente, saludó con timidez.

—Hola, Edmond ¿Cómo estás?

Él sonrió y respondió:

—¡Hola! ¡Así que tú eres Olivia!

Y se acercó hasta ella y le dio un par de besos.

La muchacha se sintió todavía más cortada, pero Pierre la salvó al decir:

— ¡Mamá, le estoy enseñando francés a Olivia con mis cómics!

—¡Muy bien, Pierre! respondió Christine — ¡Bueno, pues vamos a comer! ¿Qué os parece?

Se dirigieron al comedor y se sentaron a comer. Olivia se colocó entre la madre y el hijo pequeño.

La comida era bastante diferente de la que ella estaba acostumbrada, pero consideró que no estaba mal.

Christine y Ferdinand estuvieron preguntándole sobre su vida y ella hablaba con cierta dificultad en el vocabulario, pero cuando no sabía cómo decir algo, le ayudaban a encontrar la palabra correcta. Luego, le estuvieron explicando ciertas normas de convivencia para que se fuera habituando. Y a continuación, quedaron en enseñarle por la tarde algunos lugares de la ciudad. De eso se iban a encargar los tres hermanos.

Después de comer, Olivia se fue a su cuarto para cambiarse de calzado. Mientras lo hacía, pensaba: “La verdad es que son muy amables. ¡Al menos es algo!”

suspiró. “Bueno, lo que no me hace mucha gracia es que Edmond me mire tanto y con ese descaro... ¡Pero, en fin, yo he venido a lo que he venido!... ¡Y ojalá se pase pronto!”

Se reunió con los tres hermanos y se marchó con ellos a la calle. Pierre se pegó a Olivia, como queriendo ser su guardaespaldas. La muchacha sonrió. Ella no tenía hermanos pequeños y no tenía costumbre de andar con niños, pero la compañía de aquel chiquillo, le estaba resultando muy grata, e incluso divertida.

Entonces los anfitriones condujeron a la visitante por el “Boulevard de Belges” hasta llegar al “Boulevard de Broteaux”, por el que continuaron. Cuando llegaron a la estación de “Part Dieu”, se la mostraron y luego se acercaron a la gran biblioteca. Después se dirigieron hacia el rascacielos de “Part Dieu”, el cual se veía desde las afueras de Lyon. Luego marcharon por la calle “Servient” hasta el “Rhône”, uno de los ríos que pasan por Lyon. Lo cruzaron por el puente “Wilson”, hasta la “Presqu’île” y luego fueron paseando a lo largo del río por el “Quai Jules Courmont” para terminar en la plaza cuadrada de “Bellecour”, una de las más grandes de Europa, en la que había un monumento dedicado a “Antoine de Saint-Exupery”, autor de “El principito”.

Los hermanos mayores iban charlando a veces entre ellos, a veces con Olivia. Pero ésta se encontraba realmente cómoda con la compañía de Pierre que no paraba de hablarle y contarle cosas.

Luego entraron en una cafetería-pastelería e invitaron a Olivia a probar algunas especialidades del lugar. La joven pudo probar “croissants”, “pains au chocolat” y “pains aux raisins”. Lógicamente le gustaron.

—¿Estás cansada? — le preguntó Alice.

—No. Para nada. —respondió Olivia.

—Menos mal. ¿Tú sueles hacer ejercicio? — preguntó Alice.

—Bueno, lo normal, supongo.

—Nosotros vamos a correr al parque los fines de semana y las vacaciones. — explicó Alice.

—¡Ah! Bueno yo... no tengo esa costumbre. —contestó Olivia.

—En casa estamos acostumbrados a llevar una vida saludable.

—¡Ah! —respondió Olivia, y luego pensó: “¿Qué me querrá decir con eso? ¿Que a mí también me va a tocar ir a correr con ellos? ¡Virgen del Pilar! ¡Espero que no!”

—¿Tienes novio en España? — le preguntó Edmond.

Olivia lo miró un poco sorprendida por la pregunta tan directa. Recordó que su hermano mayor le había dicho: “¡Ten cuidado con los franceses que ya sabes que son muy románticos y les gusta seducir a las extranjeras! ¿No lo has visto en las películas?”. Desde luego Olivia vio que estaba de broma, pero aun así se puso un poco en alerta.

—¡Euh, no! No tengo novio, y por ahora no estoy interesada en tenerlo. — contestó ella a la defensiva, previniendo, por si acaso, alguna indeseada declaración.

Edmond sonrió, haciendo un gesto como si quisiera decir: “Ya veremos”.

Olivia se cortó un poco y, para salir del paso, preguntó a Alice:

—¿Y el instituto está muy lejos de vuestra casa?

—No. Está a cinco minutos. No hace falta coger ni siquiera el metro.

—¡Ah, bien!

—Te presentaré a mis amigos —dijo Alice —Ya les he dicho que venías y tienen ganas de conocerte.

Olivia sonrió.

—Eres muy amable.

—Bueno, tenían que saberlo. Al fin y al cabo, tú vas a ser nueva y no me conoces nada más que a mí. Así podrás incluirte en nuestro grupo, si quieres.

—Gracias.

—¡Qué pena que no seas más pequeña! —dijo Pierre—Así podrías venir conmigo a mi colegio.

Olivia sonrió, y le pasó la mano por la cabeza, diciéndole:

—¡Sí, es cierto! ¡Qué pena!

—¿Te apetece salir después de cenar un rato y te presento a mis mejores amigas? —preguntó Alice.

—¡Ah, pues... bueno, está bien! contestó Olivia, un poco forzada, pues realmente no le apeteecía nada.

—Bien. Como cenaremos a las siete y media, quedaremos con ellas a las nueve.

—De acuerdo.

Cuando salieron de la pastelería, continuaron paseando por las calles de la “Presqu’île” un rato más y después regresaron a su casa, pero esta vez cogieron el metro.

—¿Cómo os ha ido? preguntó Christine. —¿Te ha gustado lo que has visto?

—Sí. Es una ciudad muy grande, pero ha sido un paseo agradable —contestó Olivia.

—Me alegro de que te haya gustado. Pero... seguramente estarás cansada. Como no cenaremos hasta dentro de una hora, si quieres, puedes ir deshaciendo tu equipaje y colocando tus cosas en el armario y en el escritorio.

—Sí, gracias. Voy ahora.

Olivia se fue a su cuarto y empezó a ordenar sus cosas.

CAPÍTULO III “¿CÓMO SE PUEDEN TRAGAR ESA HISTORIA?”

Después de cenar, Olivia y Alice partieron en busca de las amigas de ésta. Poco después se encontraron con ellas en la “Place d’Europe”.

—Olivia, —dijo Alice— éstas son: Camille y Gisèle.

—¡Hola! ¿Cómo estás? — saludaron las dos chicas.

—¡Hola! Bien, ¿y vosotras! —contestó Olivia, mientras las muchachas se acercaban a ella una tras otra para darle dos besos.

Alice y sus amigas también se saludaron con dos besos.

Camille y Gisèle estuvieron hablando de un pequeño circo que había llegado a la ciudad el día anterior, y comentaron que habían oído hablar de una mujer que al parecer sabía leer el futuro de la gente a través de su bola mágica. Alice les propuso que por qué no iban a verla para comprobarlo y sus amigas mostraron su acuerdo. Olivia, que no creía mucho en esas cosas, pensó: “¡Virgen del Pilar! ¿Cómo se pueden tragar esa historia? ¡Seguro que es un fraude! ¡Pero en fin, tendré que seguirles la corriente!”

Así, se encaminaron hacia el pequeño circo en busca de la vidente.

Cuando llegaron, la última representación del circo estaba por terminar. Sin embargo, la tienda de la vidente aún tenía algunas personas en la cola, esperando su turno. A excepción de Olivia, las demás estaban resueltas a entrar para que les leyeran su futuro.

Cuando por fin les llegó el turno a ellas, les dijeron que como mucho podían entrar de dos en dos. Así que Alice le dijo a Olivia que fuera con ella y las otras chicas lo harían después.

Olivia, que no pensaba entrar, se vio finalmente forzada a hacerlo.

Al meterse en la tienda, vio a una mujer vestida de una forma muy normal. No había ninguna extravagancia, ni llevaba todos los dedos llenos de anillos, tal y como ella esperaba.

—Sentaos— dijo la vidente.

Alice se sentó en un asiento que había junto a la mesa en la que estaba posada la bola de cristal. Olivia se sentó en una silla que había un poco más retirada.

La mujer le dijo a Alice:

—Bien, ¿qué es lo que deseas saber?

—Quiero saber mi futuro— contestó Alice —Pero sólo lo bueno.

—Bien, vamos a ver...

La mujer se puso a mirar con detalle la bola de cristal, mientras la rodeaba con las dos manos.

—Veo... que eres una joven muy inteligente e intuitiva... aunque...tu familia y tus amigos no son capaces de darse cuenta de todos tus valores y no llegan a comprenderte totalmente.

—¡Ah! exclamó Alice —Pues ahora que lo dice, es verdad que muchas veces no me comprenden.

—Sí, lo veo muy claro aquí... Ahora veo un lugar... con muchos jóvenes...

—Debe ser el instituto. —dijo Alice.

Olivia se sonrió para sus adentros: “¡Qué tonta! ¡Ella misma le está dando las pistas!”

—Puede ser... — dijo la vidente — sí eso es... porque llevan libros en la mano.

“¡Ya, claro!”, pensó Olivia irónicamente.

—Entre ellos hay un chico...— continuó la mujer.

Alice se acercó un poco más a la mesa, mirando fijamente la bola, como si quisiera verlo ella también.

—Es un muchacho... rubio... y tiene los ojos azules... y...—

—¿Rubio con los ojos azules? —repitió Alice.

La mujer la miró y le dijo:

—Sí, eso es lo que he visto. Este muchacho... lo veo contigo durante muchos años. Te veo feliz con él... También veo que podrás conseguir todo lo que quieras, pues tendrás un trabajo que te gustará y te permitirá tener muchos lujos... Veo también dos hijos... Bueno, ya está. Parece que la bola no me enseña más.

—¡Oh! ¡Vaya! ¿Pero está segura que el joven era rubio con los ojos azules?

—Sí. Eso es lo que he visto. Son tres euros.

—Está bien— dijo Alice, con aire de sentirse algo desilusionada, mientras buscaba en su monedero el dinero.

Y mientras Alice le pagaba, le dijo:

—Tome.

—Bien— respondió la mujer —Y ahora, tu amiga.

Olivia se sorprendió y le respondió:

—¡No, yo sólo he venido acompañándola a ella!

La mujer la miró y le dijo en un tono grave:

—No admito mirones. Sólo pueden entrar personas sinceras y honestas que desean saber su porvenir.

Olivia se quedó un poco cortada, y entonces Alice dijo:

—Lo que pasa es que mi amiga acaba de llegar de España y no entiende todavía muy bien el francés. Claro que viene a que le mire el futuro, ¿verdad Olivia?

Una vez más, la joven se vio forzada a hacer algo que no deseaba hacer.

—Sí, claro. —dijo, para no crear más problemas.

—Siéntate entonces— dijo la mujer.

Olivia se sentó junto a la mesa, mientras pensaba: “¡Virgen del Pilar! ¿Por qué me pasarán a mí estas cosas?”

—¿Qué es lo que deseas saber? —preguntó de nuevo la vidente.

—Pues... no sé... A ver qué es lo que usted ve.

La mujer la miró fijamente, con aire molesto y le dijo:

—Está bien, como quieras.

Y volvió a dirigirse a la bola de cristal. Después de unos momentos, dijo:

—Veo que eres una muchacha muy desconfiada...

Olivia se dijo: “¡No es lista ni nada! ¡Eso se habría dado cuenta cualquiera!”

—Y también eres muy orgullosa.

“Me parece que no te he caído muy bien, ¿verdad?”, pensó la muchacha.

—Veo que has venido a Francia para aprender mejor la lengua francesa— continuó la vidente.

La joven ya estaba empezando a perder la paciencia, pero se retuvo por Alice.

—También te veo en el instituto...—dijo la mujer— y... ¡oh!, ¡qué maravilla!

—¡Qué! ¡Qué! —exclamó Alice, desde detrás de Olivia.

—¡Veo un gran amor! — dijo la mujer.

Olivia se sonrió y pensó: “¡Cómo no! ¡Definitivamente es muy lista, pero yo no me trago nada!”

—Es un joven moreno... con los ojos marrones— dijo la vidente.

—¡Oh, vaya! — exclamó Alice, en un suave tono de fastidio.

—Parece que el joven es bastante popular, y tiene una posición social bastante alta... Veo que al principio no querrás enamorarte de él— dijo la mujer —pero al final, tus sentimientos podrán más. Veo que seréis muy felices...—la mujer hizo una pausa pensativa, y miró a Olivia haciendo un gesto como si estuviera preocupada, y luego, mientras miraba la bola de cristal, le dijo a la joven — pero... ¿qué ocurre?... seréis felices pero por un tiempo muy corto, porque veo muchas lágrimas... tú volverás a tu país, pero él no podrá seguirte...

—¡Oh, qué pena! —exclamó Alice.

—Ahora te veo más mayor...—dijo la vidente—estás en tu país... pero veo que estás sola, pues aunque fuiste fiel a tu gran amor en secreto, no te has casado. También te veo muy delicada de salud..., aunque llevas una vida profesional bastante exitosa, pues has dedicado todo tu tiempo a tu trabajo... y... bueno, ya no veo nada más. Son tres euros.

Olivia, aunque pensaba que aquello era un fraude, se quedó con una espinita en el corazón. Sacó los tres euros y se los dio.

—Siento haberte dado malas noticias— dijo la mujer – Pero como me has dicho que te dijera el futuro en general, eso es lo que he visto. Pero bueno, ya has visto que habrá de todo: bueno y malo.

—Sí, claro— respondió Olivia, deseando salir de allí y sintiendo un rechazo muy fuerte por la mujer.

Cuando salieron de la tienda, las otras dos chicas entraron. Y Alice le dijo a Olivia:

—Por un lado lo siento, pero por otro, te envidio.

—¿De verdad? ¿Por qué? —preguntó Olivia intrigada.

—Sé quién es el chico que va a ser tu gran amor.

—¿Sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Es un chico del instituto, que se corresponde con todas las señas de lo que ha dicho. Se llama Claude, y yo estoy enamorada de él desde el año pasado, pero él nunca se ha fijado en mí.

—¡Oh, vaya! exclamó Olivia – Pues... no te preocupes... yo no creo en lo que me ha dicho la vidente. Y estoy segura de que no me voy a enamorar de él. Y más sabiendo que a ti te gusta.

—Sí, eso ya lo dijo la vidente: que no querrás enamorarte de él, pero que al final tus sentimientos podrán más. —dijo Alice, con tristeza.

Olivia la miró con compasión pero no supo cómo rebatirla. Realmente no creía en la vidente, pero tampoco podía asegurar que no iba a pasarle. Pensó: “No, bajo ningún concepto me fijaré en ese tal Claude. No quiero que Alice se vea apenada por mí, y además, así le demostraré que la vidente sólo es un fraude”

Cuando las otras chicas salieron, les contaron entusiasmadas lo que les había dicho la vidente: A Camille le auguraba una brillante carrera de médico.

—El caso, es que entre todas las carreras, no se me había ocurrido ser médico, pero como dice que voy a ser brillante, escogeré medicina. —dijo.

—Pero, ¿no será mejor que escojas algo que realmente te guste? —dijo Olivia.

—Pues sí, pero si aunque me guste, no voy a ser buena en eso, ¿para qué me voy a quebrar la cabeza? Ya voy sobre seguro. —respondió Camille.

—¿Tanta confianza tienes en lo que te ha dicho esa mujer? —preguntó Olivia.

—¡Es que ha acertado en muchas cosas! Ha adivinado que soy de París, y que me gusta estar con mis amigos y que me gusta mucho un chico desde hace tiempo, y además me ha dicho que dentro de algo más de un año, él se me declarará.

—En fin, tú verás. —dijo Olivia.

—Y a Gisèle también le ha adivinado muchas cosas, ¿verdad, Gisèle?

—Sí. Me ha dicho que lo mío es la moda. Y que seré muy famosa. Que al principio me costará y tendré que luchar, pero finalmente lo conseguiré.

—¿Pero a ti te gusta el mundo de la moda? preguntó Olivia.

—Bueno... sí, claro, ¿a quién no?

—¡Ah! — respondió Olivia, mientras pensaba con ironía: “¡Sí, se ve que te apasiona!”

—¿Y a vosotras qué os han dicho? preguntó Camille.

—A mí me han dicho que voy a encontrar al amor de mi vida, — dijo Alice — que seré feliz y que tendré dos hijos.

—¡Qué bien! —exclamó Gisèle.

Las chicas miraron a Olivia.

—¿Y a ti? —preguntó Camille.

—¿A mí? Pues... bueno, en realidad, tengo que confesaros que yo no creo en esa vidente.

—Es que a ella le ha dicho algunas cosas que no son muy buenas. —explicó Alice —Olivia, tenías que haberle dicho que no te dijera lo malo.

—¡Oh! ¡Claro! ¿Por qué no se lo has dicho? exclamó Gisèle.

—Porque... la verdad es que... yo no pensaba pedirle que me leyera el futuro, pero parece que se ha enfadado porque sólo había entrado a acompañar a Alice. Así que al final la he dejado, pero como no pensaba creer nada de lo que me iba a decir, no se me ocurrió pedirle nada, pues de todas maneras me daba igual.

—Pero te ha acertado en todo —dijo Alice —Fíjate que desde el principio vio que eras muy desconfiada.

—Sí, bueno...— dijo Olivia —Era bastante evidente.

—Pues no sé, pero también adivinó que habías venido a estudiar francés. Y luego ha visto a tu gran amor. Y él existe, yo lo reconocí enseguida por los datos.

—¿Su gran amor? ¿Quién es? —preguntó Gisèle.

—Es Claude.

—¿Claude? —repitieron Camille y Gisèle mirándose sorprendidas entre ellas.

—Sí. —dijo Alice, con rendición.

—¡Oh! ¡Qué suerte! —exclamo Gisèle.

—Sí. Qué suerte— repitió Camille, con menos entusiasmo y un poco pensativa.

Olivia las miraba con extrañeza, y pensó: “¡Pero bueno!, ¿qué tendrá ése chico que todas se quedan así, al pensar en él?”

—Pero entonces, ¿qué es lo malo que te ha dicho? —preguntó Camille.

Pero Alice se adelantó a explicar:

—Pues que su amor durará sólo mientras está aquí en Francia, pero cuando vuelva a España, se acabará todo. Y ella le será fiel para siempre y no se enamorará nunca más. Y para colmo, eso le afectará a su salud. Aunque también le ha dicho que en cuestión de trabajo, tendrá mucho éxito.

—¡Oh, vaya! ¡Qué pena! — exclamó Gisèle.

Camille emitió una leve sonrisa.

Alice, que se había dado cuenta, le preguntó:

—¿Por qué sonríes?

—No, por nada. —contestó Camille, poniéndose seria.

Gisèle la miró y dijo:

—Yo creo que sé por qué.

—¡Gisèle! — le llamó la atención Camille.

—¿Qué pasa? preguntó Alice.

—Bueno..., —dijo Camille, con un tono algo picajoso —en realidad, si es cierto que Olivia no cree en estas cosas, no le importará que se lo cuente.

Olivia, que no sabía por dónde iba, se encogió de hombros y la miró a la expectativa.

—¿Qué es? — insistió Alice.

—Pues que el chico que se me va a declarar dentro de algo más de un año es Claude. Parece que todo cuadra. Cuando Olivia se marche a España, él se fijará en mí y al final terminaremos juntos.

Olivia y Alice la miraron asombradas.

—Pero, bueno, a ti eso te da igual, ¿no? — dijo Camille — A fin de cuentas, no te crees nada de lo que dijo la vidente.

—No, claro. —contestó Olivia, algo desconcertada.

Pero luego miró a Alice, y la vio aún más triste si cabe.

—Y a ti tampoco te importará, Alice,— dijo Camille —puesto que tú también vas a encontrar al amor de tu vida y que serás feliz, ¿no?

—Sí... bueno... supongo que sí. — dijo Alice, con melancolía.

Las chicas se dieron una pequeña vuelta por los alrededores y luego volvieron a sus casas.

De regreso a casa, Olivia se dio cuenta de que Alice estaba realmente afectada por las cosas que había vaticinado la vidente y le dijo:

—Alice, no estés triste. Yo creo que la vidente no ha adivinado realmente el futuro, pero si me equivocara y fuera verdad todo, ya te ha dicho que serás feliz, así que, sea como sea, ¿por qué preocuparse?

—Sí, llevas razón. — contestó Alice. —Pero...

—Además, —dijo Olivia— aunque fuese cierto, tal vez no hablaba de ese tal Claude, porque digo yo que habrá miles de chicos con las mismas características.

—Sí, también puede ser. Pero yo creo que...— la muchacha se quedó callada.

—Mira, —insistió Olivia —yo te prometo que no me enamoraré de Claude, ¿vale?

—¿Serías capaz de renunciar a él por mí? —dijo Alice, asombrada.

—Claro que sí.

—Bueno, te agradezco el esfuerzo, pero no puedes hacer nada. Tus sentimientos te podrán. Es tu destino. Pero te lo agradezco igual. —dijo Alice, intentando reponerse.

Olivia pensó: “¡Nada! ¡No hay manera de que deje de creérselo!”

—Bueno, está bien, pero entonces tienes que animarte, ¿vale? dijo.

—Sí. Lo intentaré.

“¡Virgen del Pilar! ¡Pues sí que debe de gustarle ese chico, para ponerse así!”, pensó Olivia.

CAPÍTULO IV “HOY NO TIENE POR QUÉ IR PEOR”

A la mañana siguiente, Olivia se levantó a las siete menos cuarto. Era miércoles y el primer día de clase. La joven estaba un poco nerviosa. No tenía ni idea de lo que se iba a encontrar.

Se dijo: “El día de ayer, dentro de lo que cabe no fue tan mal. Hoy no tiene por qué ir peor.”

Entonces se acordó de la historia de la vidente.

“Bueno, vamos a ver qué pasa con el tal Claude y el jaleo que ha armado la dichosa vidente. No me creo nada de lo que dijo, pero de todas maneras, me andaré con ojo... que nunca se sabe...”

Desayunó con toda la familia, y luego se marchó al instituto con Alice.

Cuando llegaron, ya había muchos alumnos esperando que abrieran las puertas. Camille también estaba allí. Las muchachas se saludaron con un par de besos. Enseguida se acercaron también dos chicos, amigos de ellas. Alice se los presentó a Olivia como Guillaume y Michel. Se hicieron los correspondientes saludos y en ese momento abrieron las puertas.

Todos los alumnos entraron charlando y saludándose con alegría por el encuentro después de las vacaciones de verano.

Sólo Olivia se sentía realmente como fuera de sitio, a pesar de que ya conocía a Alice y a Camille. Ella seguía a Alice, mientras ésta saludaba a unos y a otros.

Al llegar a la gran entrada del instituto, arrastrada entre tanta gente, se despistó un momento y perdió de vista a Alice y a sus amigos. La buscó con la mirada pero no lograba dar con ella. Se paró un momento y decidió salir del tumulto para ver si lograba localizarla desde fuera.

Se apartó hacia un lateral que daba a un jardín y desde allí empezó a buscarla. Miraba hacia un lado y hacia otro, pero nada: no daba con ellos. Parecía que se los hubiese tragado la tierra. Los chicos ya se estaban repartiendo por los distintos pasillos que conducían a las clases, y de la calle seguían entrando más alumnos.

La muchacha empezaba a sentirse como perdida, cuando de repente vio a alguien que le resultó conocido. Entonces se dio cuenta de quién era, lo cual le produjo sorpresa y alegría a la vez.

Se trataba del hombre del avión.

Él también la vio y le sonrió.

La joven se acercó a él con una sincera sonrisa y le dijo:

—¡Pero qué sorpresa! ¡Qué pequeño es el mundo! ¡Con lo grande que es Lyon y volvemos a encontrarnos! ¡Qué casualidad!

—Bueno, quizás no se trate de una casualidad, sino de una causalidad. — contestó él.

Olivia no entendió bien la frase pero no insistió porque pensó que sería una más de las extravagancias de aquel personaje.

—Pero dígame, ¿qué hace usted aquí? preguntó Olivia con curiosidad.

—He venido a dar clases, entre otras cosas. — dijo el hombre.

—¿Es usted profesor?

—Eso intento. — el hombre se rio —Sí. Soy profesor.

—¡Ah! ¿Y de qué asignatura?

—Voy a dar clases de inglés y alemán.

—¡Anda! ¡Un español, dando clases de inglés y alemán en Francia! ¡Qué gracioso!

El hombre se rio de nuevo.

—¿Y quién te ha dicho a ti que soy español?

—Pues... no sé, pero como se subió al avión en España y además habla español completamente normal, sin ningún acento extranjero...

—Sí, claro...— dijo el hombre y continuó riéndose.

—A lo mejor va a darme clases a mí también.

—Por supuesto, dalo por hecho.

Olivia sonrió. Parecía como si aquel hombre, del que había desconfiado en el avión, ya no le resultara tan extraño. Ya sentía como si fuese alguien amigo.

—Yo soy Olivia— dijo ella, presentándose por fin.

El hombre sonrió.

—Mi nombre es Botan, pero aquí todos me llaman profesor Ange.

—¿Ange, como Ángel?

—¡Eso es! — dijo él sonriendo.

Ella también sonrió.

—Bueno, será mejor que vayas a tu clase —dijo él —Es la tercera, subiendo a la primera planta por aquel pasillo.

—Vale, gracias. Entonces ya nos veremos profesor. —dijo Olivia muy contenta.

—Sí— contestó él, sonriendo.

La joven se dirigió hacia su clase, pensando: “No sé por qué, pero ahora no me siento tan perdida. ¿Por qué será? Es extraño, pero el profesor Ange me produce confianza... Por cierto... ¿cómo sabía él cuál era mi clase?...”

Así iba pensando, cuando divisó por fin a Alice y a sus amigos fuera del aula que le había indicado el profesor.

—¡Ah! ¡Menos mal! — exclamó Alice —Ya me estaba preguntando dónde te habrías metido. Te he perdido de vista, y estaba pensando en ir a buscarte.

—Sí, no sé lo que ha pasado pero de pronto dejé de verte. Pero un profesor me ha indicado la clase.

—¡Ah, bueno! ¡Ya veo que te desenvuelves muy bien! — dijo Alice.

Olivia sonrió.

—Bueno, pero ahora tengo que decirte algo — continuó Alice, en voz baja y apartándola un poco de sus amigos.

—¿Qué me tienes que decir? — preguntó Olivia también en voz baja, e intrigada.

—Pues que ya ha llegado —respondió Alice, algo nerviosa.

—¿Quién?

—Claude.

Olivia la miró un momento y luego le contestó:

—Bueno... yo, ya sabes que a mí no me interesa ese chico. Ya te lo he dicho.

—Pero si aún no lo conoces, ¿cómo lo sabes? —dijo Alice.

“¡Virgen del Pilar!, ¡qué paciencia tengo que tener con esta chica!”, pensó Olivia.

—Bueno, venga, vamos a asomarnos a la clase y me dices desde lejos quién es.
— propuso Olivia, con la firme intención de decirle a su amiga que no le gustaba, en el momento en que Alice le indicara quién era el sujeto.

—Está bien. —dijo Alice, muy nerviosa.

Las dos se asomaron y Alice le dijo a Olivia que se fijara en un chico moreno que hablaba con una chica en la tercera mesa de la izquierda.

Olivia miró y lo vio. El muchacho era ciertamente apuesto, pero Olivia pensó: “¡Así que ése es el famoso Claude! ¡No se puede decir que sea feo, pero tampoco es para tanto!”

Luego se dirigió a Alice y le dijo:

—Lo siento Alice, pero ese chico a mí no me gusta. No es mi tipo.

Alice la miró y le dijo:

—Bueno, ya veremos... el tiempo lo dirá...

Olivia pensó: “¡Mira que es cabezona! ¡Ya me tiene un poco cansada este tema! ¡Yo voy a pasar ya de todo esto!”

En ese momento llegó Gisèle, corriendo.

—¡Hola chicos! ¡No sabéis quién ha vuelto al instituto! — dijo en un tono intrigante.

—¿Quién? —preguntaron todos, a excepción de Olivia.

—Jacques Chevalier.

Todos se quedaron callados, mirando a Alice de reojo.

Olivia que los vio así, preguntó:

—¿Quién es Jacques Chevalier?

Todos la miraron y ella se sintió un poco cohibida.

—Es un enemigo de mi hermano Edmond. —dijo Alice.

—¡Ah! — respondió ésta, no atreviéndose a decir nada más.

—¡Chicos, ahí viene! — dijo Gisèle, en voz baja.

Alice lo miró de frente y los demás empezaron a disimular, mirando para otro lado. Pero Olivia sentía curiosidad y también miró en dirección al joven que venía.

Sin embargo, lo que vio fue al profesor Ange que venía charlando amigablemente con un joven, algo mayor que los otros chicos. Luego el profesor se detuvo a hablar con otro profesor, y el muchacho continuó caminando hacia el grupo.

Éste miró a los chicos y enseguida divisó a Alice. Mientras caminaba lentamente por el pasillo, continuó mirándola durante unos segundos, y luego desplazó sus ojos hacia Olivia que estaba al lado de Alice. Entonces se paró un momento, sin dejar de mirarla, como sorprendido. Luego dio una especie de salto y volvió a mirarla. Olivia se sintió cohibida, y bajó los ojos para disimular, pero algo en ella le hizo volver a mirarlo, y vio que él se acercaba, sin dejar de mirarla, con un gesto escrutador. La muchacha volvió a mirar para otro lado bastante turbada. Sin embargo, una vez más volvió a dirigir su mirada hacia él. Éste, junto a la puerta de la clase, volvió a pararse mirándola pensativo y luego le sonrió, lo cual hizo que Olivia se sintiera más desconcertada aún, y aunque instintivamente quiso sonreírle también, se dio cuenta de que Alice y los demás chicos estaban pendientes de todo, por lo que controló ese instinto. El joven hizo un gesto de extrañeza y viendo que todos los demás chicos lo observaban, se metió en el aula.

Olivia sintió una sensación extraña pero a la vez alegre, y suspiró, pero entonces Alice le dijo:

—No se te ocurra juntarte con él. No es una buena persona.

Olivia se quedó un poco cortada y sorprendida, pero no le dio tiempo de decir nada, porque todos entraron en la clase, al ver que se acercaba la profesora de lengua francesa, con la que iban a iniciar el curso.

Olivia y Alice se sentaron juntas, en el lado derecho en la tercera fila, justo detrás de Gisèle y Camile y delante de Guillaume y Michel.

La profesora, antes de comenzar la clase, llamó a Olivia y estuvo hablando con ella unos minutos acerca del intercambio, y midiendo su capacidad de entendimiento del idioma. Quedaron en que hablarían en algún descanso, con más tranquilidad. Luego se dirigió a toda la clase:

—Buenos días a todos. Mi nombre es Isabelle y soy vuestra tutora. Espero que nos llevemos todos muy bien— dijo sonriendo —También quiero presentaros a Olivia. Ella es española y ha venido a Lyon para aprender mejor nuestra lengua. Aunque he comprobado que se defiende en nuestro idioma, os ruego que la tratéis como todo buen francés debe hacer: con hospitalidad y amabilidad.

Los chicos la saludaron y Olivia, un poco cohibida, hizo lo mismo.

Luego, al volver a su asiento, pudo ver que el joven Jacques, estaba al final de la fila de la izquierda, solo. Él no dejaba de mirarla y le sonrió levemente. Ella sintió la necesidad de corresponderle, y emitió una sonrisa, casi imperceptible, pero se dio cuenta de que Alice la estaba mirando, y finalmente se sentó sin más.

La clase se desarrolló con bastante amenidad, porque la profesora se veía muy entusiasmada en su asignatura y fue capaz de captar la atención de todos.

Luego se acabó la clase y en la pequeña pausa entre clase y clase, Olivia se dio cuenta de que Jacques salía rápidamente del aula.

Mientras los otros chicos hablaban, ella pensaba: “¿Qué misterio habrá detrás de este chico? ¿Qué habrá hecho para ser el enemigo de Edmond? ¿Y por qué dice Alice que no es buena persona? ¿Qué es lo que habrá hecho?... ¿Y por qué me habrá mirado de esa manera tan extraña?”

El siguiente profesor llegó, y justo cuando iba a cerrar la puerta, Jacques regresó.

—¡Eh! — exclamó el profesor —¡Hay que estar puntual!

—¡Sí, profe! ¡No se repetirá! — contestó Jacques, sonriéndole.

—¡Eso espero! — replicó el profesor.

Y la clase comenzó.

Cuando llegó la pausa de media mañana, Olivia salió con los otros chicos y se fueron a la cafetería del instituto.

De regreso a clase, al llegar al pasillo que conducía a su aula, vio de nuevo al profesor Ange, hablando con Jacques, el cual estaba de espaldas a ella.

Cuando el profesor la vio, le sonrió y el joven se volvió y la miró con detenimiento.

Olivia, que marchaba al lado de Alice, miró a ésta y vio que no se había dado cuenta de nada, pues estaba hablando con Gisèle.

Antes de llegar hasta ellos, el profesor le dijo algo a Jacques y éste se metió en la clase, de manera que se quedó sólo el profesor esperando a que entraran todos los alumnos en el aula.

—¡Buenos días, chicos! — iba diciendo, conforme los alumnos iban entrando.

—¡Buenos días, profesor! — respondían ellos.

Olivia se paró delante de él y le dijo:

—¿Entonces es usted el que nos va a dar la clase ahora?

—¡Eso es! — respondió él, sonriendo

—¡Qué bien! —exclamó ella.

Él se rio.

Olivia entró en el aula y vio que Jacques estaba leyendo algo, muy concentrado.

La muchacha se sentó al lado de Alice y esta le preguntó:

—¿Qué hablabas con el profe?

—¿Eh? —dijo Olivia sorprendida,— Pues... es que me encontré al profesor en el avión, y vino sentado a mi lado. Pero yo no sabía quién era, hasta que me lo he encontrado aquí, en el instituto.

—¿De verdad? ¡Qué casualidad! —exclamó Alice.

La clase comenzó.

El profesor Ange se presentó y les explicó que se encargaría de darles las clases de inglés y también de alemán a quienes lo hubiesen elegido como segundo idioma extranjero.

Luego quiso hacer una valoración del nivel de inglés que tenían los alumnos y comenzaron una conversación.

Olivia se dio cuenta de que él hablaba tanto el francés como el inglés con una perfección tal, que parecía nativo de los dos idiomas. Ya se empezó a preguntar si realmente aquel hombre era español o si provendría de cualquier otro país.

El inglés de Olivia no era peor que el de sus compañeros, así que por primera vez en las clases, se sintió con las mismas ventajas o desventajas, según se mirase, que el resto de sus compañeros.

La clase resultó amena e interesante y a todos les pareció que se había hecho corta.

Después del inglés, aún tuvieron otra clase y luego se marcharon a casa a comer.

Durante la comida, Christine y Ferdinand se interesaron por cómo le había ido a Olivia en su primer día de clase y ésta les respondió que bastante bien.

—Fijaos qué casualidad, —dijo Alice - cuando Olivia vino en el avión hacia aquí, la persona que se sentó a su lado era un profesor que ha llegado nuevo al instituto.

—¿Es eso cierto? — dijo Christine.

—Sí—respondió Olivia. —Yo no lo sabía, pero cuando me lo he encontrado lo he reconocido.

—¿Entonces es español? inquirió Ferdinand.

—Pues... yo creo que sí —dijo Olivia -Pero me ha parecido que habla el francés y el inglés perfectamente. En fin, creo que podría pasar por un inglés o por un francés si quisiera.

—¡Vaya! ¡Qué curioso! —exclamó Christine.

Después de comer, Olivia ayudó a recoger la cocina con Christine.

—Olivia, ¿puedo preguntarte si tu familia son creyentes en algo?

—¿Mi familia? — dijo la joven, sorprendida por la pregunta —Pues ellos... bueno... nosotros estamos bautizados todos, pero realmente no somos muy de ir a misa, salvo en ocasiones especiales como bodas, bautizos y entierros.

—Comprendo —dijo— ¿Y tú? ¿Qué me dices de ti?

—Pues yo... no sé...

—¿No tienes algún tipo de inquietud? ¿No te planteas cosas de la vida?

—Sí, bueno, eso sí. Claro que me pregunto muchas cosas.

—¡Ah! ¡Bien! — exclamó Christine, sonriendo. —Verás, yo me reúno dos veces por semana con un grupo y hacemos cosas muy especiales que nos hacen vibrar de una manera superior.

—¡Oh! ¿Pero es una religión nueva? — preguntó Olivia.

—No. No es ninguna religión. Es simplemente un grupo de... auto-ayuda.

—¡Ah, vale!

—Si te apetece, puedes venir un día para ver si te interesa.

—Bueno... está bien. —respondió Olivia, un poco de compromiso.

—Esta tarde tenemos una reunión, pero tú no puedes ir porque tendrás que estudiar, aunque el viernes nos reuniremos de nuevo. Es a las ocho, así que si te apetece, puedes venir conmigo.

—¿Alice también va?

—No. Ella no ha querido venir nunca. Edmond tampoco. Ni Ferdinand. Me gustaría que lo hicieran, pero, en fin, yo respeto sus ideas y ellos respetan las mías. Bueno, eso ya lo verás con el tiempo.

—¡Ah, comprendo! — respondió Olivia.

Por la tarde, regresó al instituto con Alice, pues aún les quedaban dos horas más.

Por la noche, después de estudiar un rato, Olivia se puso un poco en Internet, para enviar correos a su familia y a algunos amigos de España.

Y después se acostó, bastante cansada. Sin embargo, tuvo tiempo de hacer una pequeña retrospectiva del día, recordando los momentos más destacados: El encuentro con el profesor, el descubrimiento del famoso Claude... y aquel extraño muchacho... Jacques. ¿Quién era realmente ese joven?

CAPÍTULO V
“¿QUÉ SERÁ LO QUE HABRÁ HECHO ESE CHICO?”

Al día siguiente, Olivia reanudó las clases.

Durante el descanso, ella y la pandilla de Alice fueron de nuevo a la cafetería del instituto.

Después de pedirse cada uno lo que quiso, Olivia fue a los lavabos un momento y al regresar hacia la mesa de sus compañeros, se le cruzó Claude. La joven se quedó parada.

—Hola — saludó el joven sonriendo.

—Hola —contestó ella.

—Tú eres la chica española, ¿no?

—Sí.

—¿Y qué?, ¿te gusta nuestro país? — le dijo él, acercándose más a ella.

Olivia dio un paso atrás y miró hacia la mesa de Alice y sus amigos. Todos se habían dado cuenta de lo que pasaba. La muchacha vio que Alice estaba muy pendiente.

—¿Te gusta o no? — repitió Claude.

—¿Eh? ¡Ah, bueno... la verdad es que sólo he visto un poco de la ciudad! Perdona pero me están esperando. —contestó ella, haciendo amago de continuar su camino.

Claude la retuvo poniéndose delante de ella y le dijo:

—Si quieres, yo puedo servirte de guía turístico. Puedo enseñarte muchos sitios de Lyon.

Olivia lo miró, y de repente se le ocurrió algo.

—¡Ah, pues... gracias, pero no hace falta! —dijo —Alice y su familia ya se están encargando de ello. Estoy viviendo en su casa, y Alice está muy atenta a todo... Es una chica magnífica. Bueno, ya me imagino que la debes conocer.

—¿Alice? — repitió él con gesto de no saber de quién le hablaba.

—Sí, mira, — contestó Olivia empujando el hombro de él, para que se diera la vuelta y señalándole con la otra mano hacia la mesa en la que estaban Alice y los demás —Es aquella chica morena, con el pelo largo.

Claude miró durante unos instantes, y Alice que parecía quedarse sorprendida, miró hacia otro lado.

—¡Ah, sí! —dijo Claude - Pero seguro que ella no conoce muchos de los lugares que yo conozco. Además, debes de estar harta de estar siempre con esa familia. Te dejan salir, ¿no?

Olivia pensó: “Me parece que mi intento no ha surtido efecto. ¡Vaya!”

—¿Entonces, qué? ¿Salimos un día de estos? ¿El viernes, por ejemplo? — insistió Claude.

—Pues no. Lo siento, pero no me viene bien. —dijo ella, para salir del paso.

—¿El sábado?

—¡No, no! Mira, tú no te preocupes por mí, ¿vale?

—Si no me preocupo. Sólo trato de ser amable con una extranjera y ofrecerme para lo que quieras.

—Gracias. Sí, eres realmente amable. Y ahora, si no te importa, voy a tomarme algo, antes de que suene el timbre y tengamos que volver a clase.

Y sin dejar tiempo a que el otro insistiera, se fue con los demás chicos.

Cuando se sentó, Alice no le dijo nada, pues parecía estar metida en la conversación de sus amigos. Pero al regresar a clase, Olivia le dijo:

—Alice, quédate tranquila. Definitivamente, no me gusta Claude. Y voy a decirte algo más. Es cierto que físicamente es bastante guapo, pero es un pesado y me ha dado la sensación de que es un creído y un egoísta. A mí me parece que tú mereces algo mejor. Como no lo has tratado, tal vez te hayas hecho una imagen de él, que no se corresponde con la realidad.

Alice la miró y le dijo:

—Ya sé. Sé que estás diciéndome eso para que me olvide de él, y de esa forma, te dará menos pena estar con él, pues pensarás que como ya no me gusta, no habrá nada que pueda obstaculizar vuestro amor.

Olivia se quedó pasmada con la conclusión de Alice y exclamó:

—¡Estás completamente equivocada!

Alice sonrió con melancolía.

—No te preocupes por mí Olivia. Ya me estoy haciendo a la idea.

Olivia ya no sabía qué más decirle a esa chica tan obstinada y decidió darse por vencida.

Cuando llegaron a la clase, Olivia volvió a buscar con la mirada a Jacques y de nuevo lo vio muy concentrado leyendo un libro.

A mediodía, mientras Alice y Olivia regresaban a casa, ésta se decidió a preguntarle a la otra por Jacques.

—Alice, ¿por qué me dijiste ayer que Jacques Chevalier era una mala persona? ¿Qué ha hecho? ¿Y por qué es enemigo de tu hermano?

La joven miró a Olivia sorprendida por la pregunta.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Es que te ha dicho algo?

—¡No! ¡No! ¡No me ha dicho nada! ¡Ni siquiera he hablado con él! Es sólo que me pareció un poco extraño, y me preguntaba por qué me dijiste esas cosas.

—Prefiero no hablar de eso. — dijo Alice.

—¡Ah! ¡Está bien! — contestó Olivia, algo frustrada.

—¡Pero te lo advierto!, ¡no te juntes con él! exclamó Alice.

Olivia la miró sorprendida.

—Te lo digo por tu bien. Podría hacerte mucho daño. — insistió Alice.

—¡Oh! ¡Vaya! ¡Me estás dando miedo!

—Mejor que sea así. De esa manera, no te acercarás a él.

“¡Virgen del Pilar! Pero, ¿qué será lo que habrá hecho ese chico? ¡Debe de ser terrible!”, pensó Olivia.

La tarde transcurrió con normalidad. Sin embargo, Olivia no pudo evitar, mirar de vez en cuando al peligroso joven, preguntándose qué sería lo que había hecho.

Al salir, volvió a acercársele Claude.

—Oye..., Olivia, así te llamas, ¿no?

—Sí, me llamo así.

—Escucha, hay un concierto de un grupo Lionés muy famoso este sábado por la noche. ¿Te apetece venir conmigo y así los conoces? Hacen una música espectacular.

—Pues...— empezó a decir Olivia mirando hacia un lado y hacia otro, buscando a Alice.

Pero en vez de a su amiga, vio a Jacques que la estaba mirando pensativo.

A Olivia le vino una ráfaga de un recuerdo con la imagen del muchacho que duró una milésima de segundo y después se le quedó la mente en blanco, por lo que por unos momentos se olvidó de que tenía a Claude a su lado esperando una respuesta.

—¿Entonces te recojo, digamos a las ocho? —dijo Claude.

Olivia volvió en sí y lo miró.

—¡Euhh! ¡No! No puedo. Tengo cosas que hacer el sábado.

Y se marchó de allí corriendo, en busca de Alice, dejando al otro con tres palmos de narices.

Olivia se dio cuenta de que su amiga no la había visto hablar con Claude, y decidió no decirle nada, para no volver a sacar el eterno tema que ya la tenía aburrída.

Pero durante el camino de vuelta a casa, Olivia no dejaba de pensar en Jacques y en el misterio que le rodeaba.

Por la noche, después de cenar, Pierre se quedó un rato en el salón con Olivia para enseñarle su cuaderno de dibujo del año anterior.

—Pierre, ¡dibujas muy bien! ¡Ojalá yo supiera hacerlo tan bien como tú!

El niño sonrió.

—Yo puedo enseñarte. — dijo

—Me gustaría mucho. —respondió Olivia

—Un día te voy a dibujar a ti, ¿quieres? —dijo el niño.

—¡Vale! —aceptó Olivia.

En ese momento entraron Christine y Edmond.

—¿Ya te está enseñando sus dibujos? —dijo él, riéndose y acercándose a ellos.

—Sí. —respondió Olivia – Pierre es un verdadero artista.

—Y un día la voy a dibujar a ella— dijo Pierre.

Christine sonrió y Edmond siguió riéndose.

— Bueno, Pierre, es hora de que te vayas a la cama— dijo su madre.

—¡Estáaa bieeen! contestó el pequeño a regañadientes. –Buenas noches, Olivia.

Y le dio un beso. Ésta le dio otro, con gran cariño. Y el niño se marchó con Christine a su dormitorio.

—A ver si a mí me das también un beso como el que le has dado a él. —dijo Edmond a la joven.

Olivia se sintió cohibida, pero se rehízo y contestó:

—Tú ya no eres un niño. Y no provocas la ternura que provoca él.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué es lo que te provoco? —le preguntó él, con una sonrisa burlona y acercándose más a ella.

Olivia se quedó parada mirándole, sintiendo una cierta irritación por el tono en el que le hablaba y se le ocurrió decirle:

—Pues si te digo la verdad..., lo que me provoca es preguntarte por Jacques Chevalier.

El otro se sorprendió y se quedó parado muy serio.

—¿De qué conoces tú a ese idiota? — preguntó.

—Está en nuestra clase.

Edmond, se echó hacia atrás, más sorprendido aún.

—¿En vuestra clase? ¿Contigo y con Alice?

—Sí.

El joven se quedó pensativo con el ceño fruncido.

—Alice no me ha dicho nada.

Olivia se quedó callada. Entonces se dio cuenta de que en su afán de incomodar al joven, había implicado a Alice, la cual parecía tener bastante aprensión por el “enemigo de su hermano”.

—¿Estás segura de que es Jacques? — dijo él.

Olivia, más cohibida, pues no sabía cómo arreglar esa metedura de pata, contestó:

—Creo que sí. Eso me pareció escuchar.

—¡Así que ha vuelto al instituto! — exclamó él, pensativo. —¡Claro! ¡Seguramente querrá terminar el bachillerato para seguir estudiando!

Olivia se arrepintió por un lado de haber sacado el tema, pero por otro, sentía la necesidad de saber qué pasaba con ese joven.

—Bueno... ¿y qué es lo que tiene de particular ese chico? — preguntó, con suavidad.

Edmond la miró largo rato y luego le dijo con cara de enfado:

—¡No me irás a decir que te gusta!

Olivia se quedó parada unos momentos y luego contestó:

—No es eso. Es que me intriga qué es lo que ha hecho. Tengo entendido que es tu enemigo.

—Ya veo que Alice y tú habéis hablado de él. Eso sólo puede significar una cosa, que tú estás interesada en él. —dijo Edmond, haciendo un gesto de desprecio.

Justo en ese momento entró Alice.

—Alice, ¿es verdad que Jacques Chevalier está en vuestra clase? — le preguntó Edmond, visiblemente alterado.

Alice se puso nerviosa y miró a Olivia.

—Sí...— respondió —Pero... nosotras no hemos hablado con él. Ya le he prevenido a Olivia de él.

—¿Sí? Pues me parece que a Olivia le gusta. — dijo Edmond, con ironía.

Olivia se quedó callada.

—¡Eso es imposible! — dijo Alice - En eso estás equivocado, ¿verdad, Olivia? Ella está enamorada de otro.

Edmond miró a Olivia.

—¿Es cierto eso?

Olivia empezó a perder la paciencia y contestó:

—¡Mira, tú no eres mi hermano! ¡Y aunque lo fueras, no tengo por qué darte explicaciones de mis cosas! ¡Olvida que te he preguntado por ese chico y ya está! Ya no quiero saber nada ¿Vale? Me voy a la cama, estoy cansada. ¡Buenas noches, Alice! ¡Buenas noches, Edmond!

Y se fue, sin más a su cuarto.

CAPÍTULO VI ¿QUÉ HAGO YO AQUÍ?

Se puso el pijama muy contrariada. Edmond le estaba resultando cada vez más desagradable. No es que fuera mala persona, pero no terminaba de caerle bien. Incluso Alice que era amable y atenta con ella estaba empeñada en el tema de su supuesto enamoramiento de Claude, y encima de que andaba con el secreto de Jacques, le metía miedo para que no se acercase a él.

Volvió a pensar con cierta amargura: “¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué han tenido que enviarme a Francia? ¡Quiero volver a mi casa!”

Se acostó y cerró los ojos intentando dormirse. Estuvo así un rato, hasta que escuchó una voz de hombre que la llamaba:

—¡Olivia! ¡Olivia!

Ella abrió los ojos, pensando que era Ferdinand. Se levantó, y fue a abrir su puerta, pero su mano atravesó el pomo. La muchacha se quedó asombrada y se dijo: “¡Virgen del Pilar! ¿Qué pasa aquí?”

Entonces miró hacia su cama y se quedó atónita: ¡Estaba viendo su propio cuerpo!

“¡Pero!... ¿esto qué es?”, pensó.

La muchacha miró a un lado y al otro, y vio todas las cosas de su dormitorio en su sitio.

“¡No puedo creerlo! ¡Me he muerto!”

La joven no sabía qué hacer, y se quedó mirando su cuerpo con melancolía.

“¡Así que ya llegó mi hora! ¡Lejos de mi familia! ¡Y así, de repente!”

—¡Olivia! — volvió a escuchar.

La joven miró a su alrededor y dijo:

—¿Quién es?, ¿quién me llama?

—¡Olivia! — insistió la llamada.

La joven decidió probar a atravesar la puerta y al ver que lo conseguía, salió de su cuarto e instintivamente se fue flotando hacia la calle.

Allí estaba el profesor Ange.

Cuando Olivia lo vio, se emocionó.

—¡Oh, profesor! —dijo medio llorando —¡Mire lo que me ha pasado! ¡Me he muerto!

El hombre sonrió.

Entonces Olivia se dio cuenta de algo más.

—¡Oh! ¡Pero entonces... usted también se ha muerto! — exclamó.

—¡No, Olivia! ¡Tranquila! ¡No te has muerto! — contestó él - Sólo te has salido de tu cuerpo.

Olivia se quedó sorprendida.

—¿Me he salido de mi cuerpo? ¡Yo creí que mi cuerpo y yo éramos una sola persona!

—Pues ya ves que no. Tú eres tú, y tu cuerpo es tu cuerpo. Tú eres la conciencia que utiliza el cuerpo.

—¡Oh! — exclamó ella - Pero, ¿qué es lo que me ha pasado, por qué hoy me he salido del cuerpo? Es la primera vez que me pasa esto.

—En realidad, todas las noches te ocurre, pero no eres consciente de ello, porque tienes la conciencia muy dormida. Está vez, has logrado despertarla un poco. Pero a decir verdad, no es la primera vez que lo haces. Cuando eras pequeña, muchas veces te diste cuenta de que estabas en el sueño, pero cuando te despertabas, no traías el recuerdo. Sin embargo, ¿recuerdas en el avión, cuando te saliste del cuerpo para volar entre las nubes?

—¡Es verdad! ¡Entonces fue real! — exclamó ella — ¡Entonces fue usted quien me ayudó! ¡Como hoy!

El hombre sonrió.

—Debes aprender a hacerlo tú sola, por ti misma. Tienes que aprender a mantenerte consciente cuando te duermes. Y para ello, tendrás que aprender a mantenerte consciente también mientras estás despierta, durante el día.

—¡Pero yo estoy consciente!

El profesor sonrió:

—¿Eso crees? ¡Tienes muchas cosas que aprender!

Olivia se quedó pensando y le preguntó:

—Pero, ¿por qué a mí? ¿Por qué me está ayudando a mí?

—Mira esto. — dijo él, mostrándole en una pantalla astral, imágenes de su pasado.

Entonces Olivia se vio a sí misma unos meses antes. Era el principio de las vacaciones. Estaba ayudando a sus padres en el restaurante. Su madre le había encomendado ayudar en la cocina. De repente, llamaron a la puerta trasera de la cocina que daba a la calle y ella fue a abrir. La muchacha vio una familia compuesta por los padres y tres hijos pequeños. El padre le dijo:

—Por caridad, danos algo de comer para mis hijos. Me echaron de mi trabajo y se me ha acabado el subsidio de desempleo. Nos han echado de la casa y ahora dormimos en unas cajas de cartón, al lado del río. Ya no tengo nada que darles a mis hijos de comer. Ten compasión, y danos aunque sean los restos de pan duro de ayer o de otro día. Yo cogería comida de la basura para mí y para mi mujer, pero me he prometido a mí mismo que debía intentar encontrar una comida decente para mis hijos.

La joven, muy conmovida, miró a los niños, y con las lágrimas a punto de salir, les dijo que entraran en la cocina. Los sentó a todos en una mesa auxiliar y les sirvió ensalada, carne y patatas. Los niños comieron muy deprisa del hambre que traían.

Entonces el padre de Olivia entró en la cocina y vio la escena.

—Pero, ¿qué pasa aquí? ¿Qué es esto, Olivia?

Olivia lo miró y le dijo:

—Son mis invitados, papá. Son amigos míos.

—¿Que son amigos tuyos? — dijo él sin creérselo en absoluto.

—Sí. Yo pago su comida. — dijo Olivia, pensando en su poca paga.

El padre se quedó mirando a la familia y le dijo a su hija:

—¡Cuando tus amigos se marchen, ven a ajustar cuentas conmigo!

—Vale.

Y su padre se marchó, bastante irritado.

La familia terminó de comer y todos le dieron las gracias a Olivia.

—Escuchad, volved mañana.

—Gracias, joven. Pero no queremos abusar.

—Venid mañana, por favor. Sólo un día más. — insistió Olivia.

—Bien. Vendremos. Que Dios te lo pague. — dijo el padre.

Y se fueron.

Luego Olivia se dirigió a ver a su padre.

—¡Bueno! ¿Se puede saber en qué pensabas invitando a esa familia a comer en nuestra cocina? — le recriminó el padre.

—Papá, imagínate por un momento que de repente, debido a la crisis, cada vez viniera menos gente a comer al restaurante. Y cada vez menos, y cada vez menos... hasta que llegase un día que no viniese nadie. Entonces tú tendrías que cerrar. No podrías pagar nuestros gastos y al final nos veríamos sin nada que comer, ¿no te gustaría que te echasen una mano?

—¡Ay, Olivia! —exclamó su padre ¡Qué cosas se te ocurren!

—Bueno, a otra gente le ha pasado. —respondió ella— A ellos, por ejemplo.

El padre refunfuñó, pero no dijo nada. No podía rebatir a su hija.

—Te propongo algo. — dijo Olivia —Contrata a ese hombre.

—¿Qué? ¡Bueno, no te pases! ¡Yo no tengo trabajo para él!

—Siempre estás diciendo que no das abasto con todo. Puedes poner otro camarero.

—¡Pero no necesitamos otro camarero!

—¿Qué hay de aquella idea que tenías de enviar comida a domicilio?

—¡Hombre, pues...! ¡Pero bueno, eso es cosa que tenemos que hablar tu madre y yo! ¡Tú todavía eres muy joven para meterte a organizar estas cosas!

—Bueno, pues habladlo. A mí me parece que es buena idea. A la gente le gusta la comida de aquí. Y ese hombre podría trabajar de mensajero de comidas.

—Bueno, bueno. Tú no hagas planes de nada. Ya veremos...— dijo el padre.

Cuando Olivia se quedó de nuevo a solas en la cocina, pensó: “¡Pobre gente! ¿Por qué pasarán estas cosas?... ¿Qué es lo que hace que a unos les vaya bien todo, y a otros les vaya de mal en peor?... Es más... ¿Por qué hay gente que es de naturaleza buena y por qué hay gente que es mala?... Si todos nacemos igual, ¿qué es lo que hace que nos diferenciamos tanto? ... Me pregunto dónde estábamos antes de nacer, qué éramos... y por qué hemos nacido... por qué vivimos... y por qué morimos... y qué pasará cuando morimos. ¡Oh! ¡La vida entera es un misterio! ¡Me gustaría tanto conocer todas estas cosas!...

—¿Recuerdas esto? le dijo el profesor.

—¡Sí! ¡Ya no me acordaba, pero al verlo, sí!

El profesor sonrió.

—Gracias a ti, aquel padre de familia consiguió un empleo con tu padre.

Ella sonrió también.

—Mi padre es un trozo de pan. Se quiere hacer el duro, pero todos sabemos que es muy bondadoso.

—Sin embargo tú piensas que ha sido muy injusto contigo, enviándote aquí.

Olivia se mordió un poco el labio, pensativa y respondió:

—Sí, es cierto que lo he pensado a veces. Pero es porque echo mucho de menos mi casa, mi familia y aquí... no me termino de encontrar a gusto.

—Bueno. Será que tienes que aprender algo, ¿no crees?

—Sí. Supongo que sí.

—Bien, entonces, ya tienes tarea...—

Olivia sonrió.

—Pero, profesor, cuando me despierte, ¿recordaré todo esto, o me ocurrirá lo mismo que cuando era pequeña y no me acordaré de nada?

—Cuando te despiertes, no te muevas nada en absoluto, y no perderás el recuerdo.

—Está bien, así lo haré. Gracias.

El profesor se marchó y la joven sintió un tirón y se despertó.

Hizo lo que él le había recomendado, es decir, no moverse para nada, y recordó perfectamente todo. Sin embargo, se preguntó: “¿Habrà sido sólo un sueño o habrá sido real?”

CAPÍTULO VII

¿TÚ ME CONOCES A MÍ?

Por fin llegó el viernes. Durante el desayuno ninguno de los chicos dijo nada de la conversación de la noche anterior, aunque Edmond miraba a Olivia muy serio.

Luego, yendo hacia el instituto, Alice le dijo a Olivia:

—Escucha, lo de anoche no habría pasado si no le hubieras dicho nada a Edmond. Mi hermano está realmente dolido con Jacques.

—Lo siento. No se repetirá.

—Vale. De todas maneras, creo que ya ha quedado aclarado todo.

—¿Ya ha quedado aclarado todo? — repitió Olivia —¿Qué quieres decir?

—Pues que le dije a Edmond que estás enamorada de Claude y no de Jacques.

—Pero Alice, ¡ya te he dicho muchas veces que no me gusta Claude!

—¡Ya, ya! ¡Ya sé que me lo has dicho! ¡Pero en realidad es porque tú todavía te niegas a aceptarlo! ¡Pero será mejor que no volvamos a hablar de esto! ¡Así será menos doloroso para mí!

“¡Qué pesada es esta chica!”, se dijo Olivia.

Las clases de la mañana transcurrieron con normalidad. Después, durante la pausa, Alice y su pandilla se dispusieron a ir a la cafetería, como siempre, pero Olivia tenía ganas de cambiar un poco. A pesar de que todos ellos eran amables, no le apetecía estar con aquellos chicos. Así que le dijo a Alice:

—Escucha, tengo la cabeza un poco cargada. Voy a darme un paseo por los alrededores.

—¿Te sientes enferma? — preguntó Alice, poniéndole la mano en la frente para ver si tenía fiebre.

—No. No te preocupes. Es sólo que me vendría bien despejarme un poco.

Alice se quedó pensativa y luego contestó:

—Está bien. Como quieras. Pero ya sabes que estamos en la cafetería por si vuelves pronto o cambias de opinión.

—De acuerdo.

Olivia se salió un rato a la calle y empezó a caminar un poco. Entonces vio que al otro lado había un parque que parecía ser muy grande. “¡Ah!, ¡qué bien!”, pensó “¡Voy a ver cómo es ese parque!”

La joven estuvo paseando encantada por los caminos, rodeada de jardines muy bellos.

De repente reconoció a Jacques tumbado boca arriba sobre la hierba, con los ojos cerrados.

La muchacha sintió un vuelco en el corazón y se dijo: “¡Anda Oli! ¡Será mejor que cambies la ruta!” Y se dio la vuelta, sin querer mirar hacia atrás, por miedo a que él se hubiera dado cuenta de que ella estaba allí.

Finalmente se fue de camino hacia el instituto.

Cuando entró en la clase, no había nadie. Miró el reloj. Aún faltaban casi diez minutos para el comienzo de las clases.

Luego, de manera instintiva, miró hacia la mesa en la que sentaba Jacques. Entonces vio que del cajón inferior sobresalía un libro, de tal manera que parecía que se iba a caer de un momento a otro.

Se acercó y lo cogió.

—Tratado de Psicología Revolucionaria. — leyó en voz alta.

Evidentemente no era un libro de clase. La muchacha se dijo: “Éste debe de ser el libro que lo tiene siempre tan concentrado”. La muchacha, movida por la curiosidad, lo abrió y entonces leyó: “¿Quiénes somos?, ¿De dónde venimos?, ¿Para dónde vamos?, ¿Para qué vivimos?, ¿Por qué vivimos?...”

Olivia se dijo: “¿Qué es esto?” y continuó leyendo.

Entusiasmada con la lectura, se olvidó de todo lo demás y se sentó en la silla, sin dejar de leer.

Al cabo de un par de minutos, sintió una extraña sensación, como si alguien la estuviera mirando. Entonces se dio cuenta de dónde estaba y miró hacia la puerta de la clase. Allí estaba Jacques observándola.

Ella se levantó, sin saber qué decir, ni qué explicación darle. Pero él sonrió y le preguntó, mientras se acercaba:

—¿Te interesa ese libro?

Olivia cerró el libro y lo puso sobre la mesa, sin saber todavía qué contestar.

—Llévatelo, si quieres. —le dijo él.

La joven, bastante turbada, miró el libro y luego a él y dijo por fin:

—Sólo estaba echando un ojo. Me pareció que se iba a caer de la mesa y al recogerlo, se me ocurrió echarle un vistazo.

—Por supuesto. — contestó él —Lo comprendo perfectamente. Por eso, si quieres, llévatelo.

—Pero...— dijo ella, sin entender realmente la respuesta del joven — ¿No lo estás leyendo tú?

—Ya lo he leído una vez. Léelo tú y luego me lo devuelves.

La joven miró de nuevo el libro y pensó: “Bueno, ya que insiste, me lo voy a llevar, porque quiero leer más”¹.

Así que contestó:

—Está bien, gracias.

Lo cogió e iba a irse hacia su mesa, cuando él le preguntó:

—¿No te acuerdas de mí?

La muchacha lo miró extrañada.

—¿A qué te refieres? Estamos en la misma clase, ¿no?

—Quiero decir de antes de comenzar el curso.

Olivia siguió mirándolo, intentando recordar.

—Pues no. No recuerdo haberte visto antes. ¿Por qué? ¿Tú me conoces a mí?

—Sí. Sí te conozco.

—¿Sí? dijo ella extrañada —¿Y de qué me conoces? ¿No será que me confundes con otra chica? Yo vine el martes de España, así que es imposible que me hayas visto antes.

Jacques sonrió.

—Te conozco porque te he visto en mis sueños.

Olivia se quedó asombrada.

—¿Estás hablando en serio? — dijo la joven.

¹ Véase: http://judas—iscariote.org/para_emprender_el_vuelo.html

—¡Ya lo creo! ¡Te he visto muchas veces! Cuando te vi el primer día de clase, me llevé una gran sorpresa. Al principio creí que estaba soñando, pero luego me di cuenta de que no.

Olivia no tenía claro qué conclusión sacar de aquello.

— No sé si es que me estás gastando una broma o qué...—

—No es ninguna broma. Hablo en serio. —dijo Jacques —Ya veo que no te acuerdas, pero no importa. Sé que de todas maneras vamos a ser muy buenos amigos. Y estoy muy contento.

—¿Ah, sí? — dijo ella —¿Y cómo lo sabes?

El joven sonrió y le contestó:

—Lo sé, porque en mis sueños, ya somos amigos.

Olivia se quedó sin saber qué contestar. Pero de repente se acordó del extraño flash que le había venido el día anterior cuando miró al joven mientras Claude la invitaba a salir. Entonces pensó. “¿Será verdad que nos hemos visto en sueños?”

Luego volvió a mirarlo, queriendo recordar, pero no le venía ningún recuerdo, y él se rio.

—No te acuerdas de nada, ¿verdad?

—Pues... — la muchacha no sabía qué decir.

Pensó en las advertencias de Alice y en el misterio que rodeaba al joven y se dijo: “Debo de ser cautelosa.”

—Mira, gracias por el libro. —dijo ella, evadiendo la respuesta —Te lo devolveré cuando lo termine.

Él la miró con ternura.

—No importa, Oli, lo comprendo. —dijo.

Cuando Olivia le escuchó llamarla “Oli”, se quedó sorprendida. Ella se llamaba a sí misma “Oli” desde pequeña, pero eso no lo sabía nadie. Entonces le vino en milésimas de segundo el recuerdo de un sueño que tuvo cuando era una niña, en el que se veía con un niño algo mayor que ella, y éste le decía: “*¡Oli, cuando sea mayor, irá a verte a España!*”

La muchacha miró al joven, para preguntarle por qué la había llamado así, pero entonces se dio cuenta de que el niño de su sueño se parecía enormemente a él y se quedó asombrada. Así que viendo que ya entraban otros alumnos en el aula, sólo le dijo:

—¡Creo que ya vamos a empezar la clase! Será mejor que vaya a mi mesa.

Y se alejó del muchacho, sin mirar atrás, pero con un extraño pellizco en el estómago.

Cuando se sentó, guardó el libro en su bolso. Entonces entró Claude en el aula y se acercó a ella.

—No te he visto en la cafetería hoy. — le dijo.

Olivia lo miró expectante.

—Le he preguntado por ti a tu amiga... ésa que me señalaste el otro día... la que se sienta contigo, bueno, ya sabes, ¿no? Y me ha dicho que te habías ido a dar un paseo. He salido a buscarte pero no te he encontrado.

Olivia resopló fastidiada, y él le dijo sorprendido:

—¿Tienes calor?

La joven pensó: “¡Virgen del Pilar! ¡Este muchacho es tonto! ¡No se entera de nada!”, y estuvo a punto de reírse, pero logró sujetarse.

—Bueno, y ¿qué querías? — preguntó.

—He pensado que a lo mejor no te apetecía ir al concierto, pero si quieres podemos ir a otro sitio. ¿Qué tipo de sitios te gustan a ti? — dijo él, sentándose a su lado.

La muchacha lo miró y se dijo: “Oli, vas a tener que decírselo más claro.”

—Pues... lo que pasa es que no me apetece salir. Eso es todo. — dijo.

Claude la miró a los ojos y ella se sintió realmente incómoda.

—Oye, mira, tú me gustas. — le dijo Claude - Quiero conocerte mejor y por eso te estoy invitando a salir.

Olivia pensó: “¿Será posible que realmente él se esté enamorando de mí, como dijo la vidente? ¡Oh, vaya! ¡No puede ser! ¡Ese destino es demasiado cruel para mí!”

—Pues... verás,...— empezó a decir —me siento... ¿cómo se dice?... halagada, ¡eso es! Me siento halagada, pero por ahora yo no quiero salir con nadie, porque quiero centrarme en los estudios. Ya sabes que he venido de España expresamente para eso, y no me interesa nada más. Así que, gracias, pero es mejor que te fijas en otra chica... Por ejemplo, mi amiga Alice, ¿qué te parece? ¡Es muy guapa!, ¿no? ¡Y además es muy dulce!

—No me interesa tu amiga. Me gustas tú. Creo que me he enamorado de ti. — dijo él.

—¡Pero si no me conoces! — rebatió ella.

—¡Pero aquí dentro, — dijo él, llevándose la mano al corazón - siento que te quiero, y no necesito pensar nada más!

La joven se sintió cada vez más presionada, pero los demás alumnos estaban llegando, y con ellos, Alice y los demás.

Olivia miró a Alice y ésta se quedó parada. Luego Alice empezó a recoger sus libros, sin decir nada.

Olivia le preguntó:

—¿Qué haces?

—Supongo que queréis sentaros juntos. — contestó Alice, con gesto de casi empezar a llorar.

—¡Buena idea! — exclamó Claude.

—¡Por supuesto que no! —dijo Olivia, levantándose muy irritada.

Los otros dos la miraron sorprendidos. Pero después Alice continuó recogiendo sus cosas, para irse a otra mesa.

Olivia se enfadó realmente, pues vio que la empujaban hacia algo que no sólo no deseaba, sino que ya estaba empezando a detestar. Así que, sin pensarlo, ella también recogió rápidamente sus cosas, se dio la vuelta para buscar con la mirada una mesa, y al ver un asiento vacío junto a Jacques, se dirigió hacia su mesa y se sentó con él.

Éste la miró sonriente y le dijo:

—Bienvenida, Oli.

Y ella le sonrió también, pues por primera vez se sintió realmente bienvenida y extrañamente segura.

CAPÍTULO VIII

“PERO... ¿CÓMO PODEMOS SABER CUÁL ES LA VERDAD?”

La clase comenzó y Olivia vio, desde el lugar en el que se encontraba, a Alice sentada en su sitio. Entonces empezó a hacerse consciente de lo que había hecho.

“¿Cómo ha pasado esto? ¿Por qué he perdido los papeles? Esto se ha escapado de mi control, y ahora me veo aquí...”

Le vino el recuerdo de la noche anterior y su sueño con el profesor.

“¿Es posible que lo que decía el profesor de que no soy consciente, sea cierto? Pero para empezar, ¿fue ese sueño, real?”, se dijo.

Luego miró a su compañero y éste, que se dio cuenta, también la miró y le sonrió. Entonces Jacques escribió algo en su cuaderno y se lo pasó a Olivia. La muchacha lo leyó.

“¡Tranquila! ¡Ya verás como todo se arregla! ¡Recuerda que todo pasa!”

Ella sonrió levemente, sintiéndose más tranquila y le contestó:

“¿De verdad me conoces de tus sueños?”

Y se lo pasó a él.

El joven lo leyó y volvió a escribirle:

“Sí. Hace muchos años que sueño contigo. Desde que éramos pequeños. Creí que tú también lo recordarías”.

Y le deslizó el cuaderno a ella, de nuevo.

Olivia lo leyó y se quedó pensando: “¿Será verdad?... El caso es que ese recuerdo que me ha venido antes... es como si nos hubiésemos conocido de pequeños... ¡Qué misterioso es todo esto!”

Así que escribió:

“No estoy segura.”

Y se lo devolvió al muchacho

Éste, al leerlo, se le iluminó la cara y la miró muy contento.

—¡Tú recuerdas algo!, ¿verdad? — le dijo en voz baja.

Ella sonrió, y le contestó, también en voz baja:

—No sé. Puede ser.

Él asintió con un gesto de verdadera alegría.

Y ella, bajó los ojos con timidez, pero al mismo tiempo, con el corazón contento.

Entonces pensó: “No es posible que Jacques sea una mala persona. Su cara y su forma de hablarme, niegan por completo que sea alguien mezquino, ni peligroso. Me parece que las fantasías de Alice van más allá de su obsesión de que yo tengo que enamorarme de Claude. Y creo que Edmond, tiene bastante culpa de eso...”

Viendo que la clase pasaba, hizo un esfuerzo para estar atenta a las explicaciones de la profesora.

La clase terminó y Jacques le dijo:

—Si pudieras recordar todo, sería estupendo.

Olivia sonrió.

—No sé. Esto es muy raro. — dijo.

En ese momento se acercó a ellos Gisèle.

—Olivia, ¿puedo hablar un momento contigo? le dijo.

Olivia la miró y luego miró a Alice. Tanto ella, como el resto de la pandilla, la estaban observando muy serios.

“¡Oh, oh! ¡Ya se va a liar!”, pensó.

—Sí, claro. — respondió, levantándose.

Gisèle la llevó afuera de la clase, y les siguieron Alice y los demás.

Entonces todos rodearon a Olivia, y Alice le dijo:

—No me esperaba esto de ti. Te previne contra Jacques, y tú sola te estás metiendo en la boca del lobo. Eres una chica orgullosa, y eso también lo dijo la vidente. Hasta ahora se está cumpliendo todo: Claude está enamorado de ti, y tú te resistes. Sin embargo, he estado pensando que ella no dijo nada de Jacques, lo que quiere decir que, afortunadamente para ti, no te va a hacer daño. Y eso va a ser porque yo, tu hermana adoptiva, te voy a ayudar. Y aunque sé que no debería decírtelo, pues si Edmond se entera, me la voy a cargar, voy a explicarte qué tipo de persona es Jacques Chevalier.

Olivia quiso contestarle varias veces a lo largo de su discursito, pero al ver que iba a contarle por fin el misterio de Jacques, sólo dijo:

—Está bien, adelante.

—Muy bien. Pues déjame decirte en primer lugar que Jacques es un ladrón.

Olivia la miró sorprendida.

—¿Puedes ser más explícita? — preguntó.

—Está bien. Jacques le robó la novia a mi hermano.

Olivia volvió a quedarse extrañada.

Alice continuó explicando:

—Edmond y Jacques fueron compañeros durante varios años en este instituto. En el último curso, Jacques le quitó la novia a mi hermano. La sedujo y se la quitó.

Olivia se quedó asombrada, sin saber qué decir.

—Pero además de eso, él... es el culpable de la muerte de dos chicos.

—¿Cómo has dicho?

—Así es. Ese mismo año, cumplió los dieciocho y se sacó el carnet de conducir. Entonces cogió el coche de su padre y dos amigos suyos se montaron con él. Jacques iba conduciendo borracho y chocaron contra un camión, y sus dos amigos murieron en el acto. ... Luego, parece ser que estuvo un tiempo en la cárcel. Y ahora, después de dos años, se ve que ya ha salido y ha vuelto al instituto para terminar el bachillerato.

Olivia se quedó desconcertada hasta tal punto que parecía que se le había caído el mundo encima.

—¿Comprendes ahora, por qué te dije que no te acercaras a él? — le dijo Alice.

Olivia cerró los ojos, y tragó saliva con dificultad, y luego contestó a duras penas:

—Sí. Lo comprendo.

—Bien, ahora será mejor que volvamos a sentarnos juntas, ¿vale? — le dijo Alice, cogiéndola por el hombro —Creo que quizás te has sentido mal porque empecé a recoger mis cosas para que te sentaras con Claude y comprendo que ha sido un error. Tú necesitas tu tiempo, y yo, sin darme cuenta te he presionado. Así que tranquila, vamos a nuestra mesa y olvidemos este mal rato, ¿vale?

—Está bien. —contestó Olivia, muy afectada.

Entraron en la clase y Alice acompañó a Olivia hasta la mesa de Jacques. Ésta recogió sus cosas, mientras él la miraba sorprendido, pero luego le sonrió con cierto aire melancólico y le dijo:

—Supongo que vuelves a tu mesa, ¿no?

—Sí. — le contestó ella, sin querer mirarle.

Y luego se fue a su anterior mesa.

Cuando se sentó, suspiró, sintiendo una tristeza profunda en su interior. No miró al joven porque no se atrevió, pues pensó que si le miraba, se derrumbaría en lágrimas. Él le había hecho sentirse como en casa, y ahora tenía que renunciar a ese estado. Durante aquella hora en que habían estado sentados juntos, creyó en él, y creyó firmemente en su amistad y en su bondad. Ahora, todo eso se había acabado.

La siguiente clase se hizo interminable para Olivia. Deseaba con todas sus fuerzas volver a su casa y que todo aquello hubiese sido un mal sueño.

De camino a casa, Olivia no tenía ganas de hablar. Para rellenar el vacío, Alice empezó a contarle algunas de las cosas que los otros chicos habían comentado en la cafetería.

Durante la comida del mediodía, también estaba muy inapetente.

Christine le preguntó:

—¿Te sientes mal, Olivia?

Olivia le sonrió para disimular su pesar y le contestó:

—No tengo mucha hambre hoy.

—¿Quieres que te prepare otra cosa?

—No, gracias Christine.

E hizo un esfuerzo para comer un poco más.

Después se fue un rato a su cuarto y empezó a pensar en lo ocurrido por la mañana.

“Todo lo que me ha contado Alice, es terrible. Ahora comprendo por qué Edmond le tiene tanta rabia... Pero su cara... sus ojos... parecían tan sinceros... parecía tan... distinto... Realmente le creí... Además, esos recuerdos tan extraños... La verdad es que no sé qué pensar...”

A la hora de irse, sacó los libros de la mañana de su bolso, para meter los de la tarde. Entonces vio el libro de Jacques.

Ella lo miró y se dijo: “¿Una persona malvada, sería capaz de leer este libro?”

Se sentó en su cama con el libro en las manos y pensó: “¡Bueno! ¿Y ahora qué hago? ¿Se lo devuelvo?...”

Lo abrió buscando por donde se había quedado antes y siguió leyendo un poco más, hasta que Alice llamó a su puerta y le preguntó:

—¿Te falta mucho, Olivia?

La muchacha miró su bolso y contestó:

—¡No! ¡Ya salgo!

Se levantó e iba a meter el libro en el bolso para devolvérselo a Jacques, pero algo en su interior le hizo que finalmente lo dejase sobre su mesilla y después cogió su bolso, se lo colgó al hombro y se marchó con Alice.

Por la tarde, también le costó concentrarse en las clases. Desde que llegó hasta que se fue, reprimió sus ganas de mirar a la mesa de Jacques. No tenía valor para mirarlo.

Al salir, vio al profesor Ange y le dieron ganas de hablar con él. Entonces le dijo a Alice:

—Vete si quieres. No me esperes. Ya conozco el camino a tu casa. Es que voy a hablar con el profesor Ange.

Alice la miró sorprendida.

—¿Y de qué vas a hablar con él?

—¿Eh?... exclamó Olivia, pensando que Alice era demasiado metomentodo y que parecía querer controlarla a cada instante —Pues... es que como ya sabes que vino conmigo en el avión, e hicimos un poco de amistad, quería charlar un poco con él.

—¿Charlar con un profe? ¡Qué rara eres!

—Ya... Pues sí, puede ser... En fin, vete tranquila— insistió Olivia, empezando a perder la paciencia de nuevo.

—Está bien, como quieras.

Alice se marchó con sus amigos y Olivia se acercó al Profesor.

—Hola Profesor.

—Hola Olivia. —contestó él —¿Te has dado ya cuenta de que no eres tan consciente como creías?

La muchacha lo miró asombrada.

—¡Oh! ¡Entonces ha sido real! ¡No se trataba de un simple sueño!

Él sonrió.

—Normalmente el ser humano vive soñando, no sólo durante la noche, sino también durante el día. Camina por la calle soñando, come soñando, asiste a clase soñando, habla con otros soñando... Sin embargo cree que está despierto. Ni siquiera se da cuenta de que está soñando. Todos los problemas que ocurren en la vida son debidos al sueño de la conciencia. Se sufre, debido a este sueño. Y se cometen errores, por el mismo motivo.

El profesor hizo una pausa y continuó:

—Por ejemplo, existe un error muy común: se trata de las representaciones mentales. Una representación mental es la idea que uno se forma de cosas, situaciones..., pero también de uno mismo y de otras personas. Uno puede tener una representación mental de uno mismo, una imagen de sí mismo, creer que uno es de tal o cual manera, porque le gustan tales o cuales cosas, etc... Sin embargo, la cruda realidad es que no se conoce a sí mismo. No sabe quién es realmente y por qué actúa, siente y piensa como lo hace. Cree que piensa, pero en realidad los pensamientos van más allá de su control. Cree que siente, pero sus sentimientos surgen solos. Cree que actúa, pero, ¿realmente es consciente cuando hace cada cosa?... –

Se quedó callado un momento y prosiguió:

—Uno no se conoce a sí mismo, y por tanto tampoco puede conocer a los demás. Por ejemplo, un sujeto “X” tiene un amigo “Z” y tiene una imagen mental de cómo es ese amigo. En verdad, “X” no conoce realmente a “Z”. Tiene una imagen de él, basada en su relación con él, teniendo en cuenta que los dos tienen la conciencia dormida. Pero puede ser que otra persona “Y” le llegue a “X” y le diga que ese amigo “Z” no es como él creía, sino muy diferente. Esa imagen mental que tiene “Y” es tan subjetiva como la que tenía “X”. Por lo tanto, ninguno de los dos conoce realmente cómo es “Z”... Mientras uno no se conozca a sí mismo, ¿cómo puede creer que conoce a los demás?... Entonces, ¿quién puede juzgar a los otros, si ni siquiera los conoce realmente? Además, ¿cómo se puede juzgar a alguien que no es consciente de sí mismo, a alguien que vive dormido de conciencia? Sólo alguien dormido, sería capaz de juzgar a otro dormido. Una persona con la conciencia despierta, no juzga, porque comprende.

Olivia escuchó muy atentamente al profesor.

—Entiendo lo que me dice, profesor. Voy a reflexionar sobre todo ello. Precisamente hoy me ha dejado un libro... un chico de mi clase, que habla de todo esto. Además, creo que lleva razón en lo de las imágenes que nos hacemos de otros... Pero... ¿cómo podemos saber cuál es la verdad?

—¿La Verdad? La verdad sólo se puede conocer despertando la conciencia. Mientras se continúe dormido, la Verdad será algo imposible de descubrir.

—¡Oh, vaya! — exclamó Olivia.

El profesor sonrió.

—Y el primer paso para Despertar es la Búsqueda Interior del Conocimiento de Sí mismo. — dijo.

Olivia sonrió también.

—Profesor, yo quiero conocerme realmente a mí misma. — dijo con toda sinceridad.

—Bueno, pues ya estás dando el primer paso. — respondió él. —El libro que te ha dado Jacques te ayudará a comprender y te enseñará cómo hacerlo.

Olivia se quedó sorprendida al ver que él sabía que era Jacques quien le había prestado el libro, pero luego se dijo que aquél no era un hombre común y volvió a sonreír.

En ese momento, se acercó el citado joven a ellos.

—¡Hola Botan! ¡Hola Oli! — saludó muy contento.

Olivia lo miró por primera vez después de las explicaciones de Alice y al ver sus ojos y su alegre sonrisa pensó: “¡No! ¡Aquí tiene que haber algún error! ¡Él no puede ser como me ha dicho Alice! ¡No me lo creo! ¡No puede ser! ¡Es imposible!”

El joven le dijo:

—Oli, he visto que ha empezado a llover, toma mi paraguas. Yo tengo el impermeable. Además me voy a quedar un rato con Botan.

La muchacha miró por la ventana del pasillo y vio que era cierto. Estaba lloviendo bastante.

—Yo... no sé...— dijo ella, muy cortada por la culpabilidad de su comportamiento con él.

—¡Toma! — le dijo él, muy sonriente, mientras le tendía el paraguas.

—¿Ah?... —exclamó la joven — Está bien, gracias.

Y cogió el paraguas.

—Bueno, pues... me voy. ¡Hasta el lunes, profesor! — dijo mirándolo, y luego dirigiéndose al joven, repitió en un tono más tímido — ¡Hasta el lunes!

Ellos también se despidieron de ella. Y la joven se marchó.

Durante el camino de vuelta a la casa iba pensando: “¡Estoy segura de que Alice está equivocada! ¡Es imposible que Jacques sea como ella dice! ¡Pero si hasta el profesor parece que le tiene en estima! ¡No puede ser una mala persona!...”

Y así, fue todo el trayecto pensando en el joven.

CAPÍTULO IX

“¿CÓMO CONSEGUIR ESTAR CONSCIENTE DE MANERA CONTINUA?”

Cuando Olivia llegó a casa, Christine le recordó la reunión con el grupo de autoayuda que tendría lugar a las ocho.

La joven, que ya ni se acordaba, no se atrevió a negarse, así que como aún tenía tiempo, merendó algo y se fue a su cuarto con la intención de comenzar a estudiar un poco.

Pero al ver el libro que le había prestado Jacques, en lugar de estudiar, se sentó en su escritorio y se puso a leer:

“Tenemos que anhelar un cambio verdadero, salir de esta rutina aburridora, de esta vida meramente mecanicista, cansona...”

La joven se quedó reflexionando sobre aquello y luego continuó leyendo.

Un rato después, Christine la llamó a la puerta.

—¿Estás preparada? — le preguntó.

Olivia miró el reloj y vio que ya eran las siete y media.

—¡Dame un minuto Christine! — contestó.

Se puso los zapatos y se fue al baño a peinarse un poco y luego se reunió con Christine.

Entonces las dos se marcharon, dejando allí a Alice con Pierre.

Tuvieron que coger el metro, y mientras iban, Christine fue explicándole un poco.

—En realidad lo que buscamos es dar amor. Te habrás dado cuenta de que el planeta está muy mal. Tenemos muchos problemas de tipo económico, social, político, ecológico... pero todo esto es como consecuencia de que se avecina una época de cambios, y claro los cambios siempre cuestan. Esto es como si fuera un parto para el planeta. Se sufre mucho, pero luego tendremos nuestra recompensa, porque dentro de poco va a venir una era de luz, en el que se acabarán las guerras, el hambre, las injusticias sociales... Todo esto forma parte de la evolución del hombre y de la mujer. Y nuestras reuniones son para ayudar en ese parto del planeta y en el proceso de evolución. ¿Comprendes?

—Pues..., más o menos— respondió la joven.

—Si todos hacemos el esfuerzo de ser más comprensivos con los demás, de aprender a amar a los otros, de amar nuestra Madre Tierra, todo marchará. Entonces pasaremos a otra dimensión mucho más espiritual y vendrá esa era de luz. —

—¡Oh! — exclamó Olivia pensativa.

Cuando salieron del metro, caminaron un poco y enseguida llegaron a un piso. Olivia entró con Christine y todos la saludaron efusivamente con fuertes y duraderos abrazos y luego un par de besos.

Olivia miró a su alrededor, y había un ambiente agradable, lleno de olor a barritas de incienso y con lámparas de sal por aquí y por allá, así como una gran vela encendida en un lateral. También tenían música de tipo oriental New Age, de fondo.

Luego todos se sentaron y una mujer se quedó de pie para leer una poesía que había escrito en honor a la Madre Tierra.

Todos parecían muy emocionados. Olivia se dijo que la poesía era bonita, pero que tampoco era para tanto.

Luego empezaron a hablar de los cambios que venían y que se trataba de que todos se unieran en pensar positivamente. Que no debían dejar que el rencor, el odio o la envidia les envolviesen. Que debían aprender a amar sin condiciones a todos los seres del planeta. Y que si todos se unían, lograrían acabar con todos los males del mundo.

Después apagaron la luz y dejando sólo la vela y las lámparas de sal, todos cerraron los ojos, para concentrarse en su respiración, mientras escuchaban una dulce melodía oriental.

Sin embargo la mente de Olivia voló hasta las contradicciones que encontraba en Jacques. Le habían hablado muy mal del joven, pero ella había hablado con él, y su forma de actuar, su forma de hablar, su forma de mirarla, e incluso su relación con el profesor Ange, le hacían dudar seriamente de todo lo que le había contado Alice. Y además estaba el recuerdo de ese sueño de cuando ella era pequeña.

Estaba pensando en todo esto, cuando la coordinadora de la concentración en la respiración dijo que ya podían abrir los ojos.

Por supuesto, fue en ese momento cuando ella se dio cuenta de cómo se había dejado llevar por los pensamientos y no había sido capaz de hacer la concentración tal y como se pretendía. Entonces recordó las palabras que le dijo el profesor Ange por la mañana: *“¿Te has dado ya cuenta de que no eres tan consciente como creías?”*

La muchacha sintió una extraña sensación. Efectivamente no era tan consciente como ella había creído hasta entonces.

La coordinadora encendió la luz y levantaron la sesión.

Cuando Christine y Olivia regresaban a casa, Christine le preguntó qué le había parecido.

—Desde luego, muy relajante. — contestó Olivia — Tus amigos son muy amables y veo que tenéis unos fines muy loables.

—Sí. Ya sabes que cuando quieras volver eres bienvenida.

—Vale, gracias. — respondió Olivia, sin más.

Cuando llegaron, todos, a excepción de Pierre, estaban levantados.

Olivia y Christine cenaron poco en la cocina y luego Olivia se conectó a Internet en el salón para mirar el correo. Alice también estaba allí.

—¿Te ha gustado la reunión con los amigos de mi madre? le preguntó Alice.

—Sssí. No ha estado mal. — respondió Olivia.

—A mí me ha invitado otras veces pero no me apetece ir con viejos.

—¡Ah! ¡Pero en realidad no eran viejos! Bueno había de muchas edades, pero casi todos eran de la edad de tu madre o un poco más jóvenes. — aclaró Olivia.

—Lo que yo te digo: viejos. — insistió Alice.

Olivia sonrió pensando: “Ya veremos cuando ella tenga cuarenta años si piensa que eso es ser viejo”.

—¿Has quedado con Claude para mañana? — preguntó Alice.

—¿Con Claude? ¡No! ¡Por supuesto que no! — respondió Olivia —¿Pero no quedamos en que ya no íbamos a hablar más de él?

Alice se quedó callada unos momentos y luego dijo:

—Sí, es verdad. Perdona. Pero es que no quiero que me pille de sorpresa cuando empieces a salir con él. —

Olivia se dijo: “¡Virgen del Pilar! ¡Pero ¿qué he hecho yo para que me toque este martirio?!”

—Los chicos y yo vamos a ir mañana por la tarde a un café a ver un espectáculo de hipnotismo ¿Te apetece venir con nosotros? — preguntó Alice.

Olivia la miró asombrada.

—¿De verdad vais a ir a eso?

—Sí. ¿Quieres venir?

—Pues... — la muchacha se quedó callada pensando: “¡No me fío ni un pelo! ¡A ver si me van a meter en eso, igual que con aquella vidente!”

—¿Sí o no? — insistió Alice, con aire impaciente.

—Pues, déjame pensarlo. Mañana te lo digo, ¿vale?

—Está bien. Pero yo que tú, no me lo perdería.

Olivia no contestó y continuó mirando su correo en Internet.

Poco después entró Edmond.

—¿Todavía estáis aquí? — preguntó.

Alice ni siquiera le hizo caso, y Olivia lo miró y respondió:

—Yo ya voy a terminar.

—¿Has ido a la reunión de mi madre?

“¡Otro que parece querer enterarse de todo lo que hago!”, pensó ella, sonriendo para sus adentros.

—Sí. — respondió.

—¿Y qué?

—¿Qué de qué?

—¿Te han convencido? — preguntó él con ironía.

—Todo lo que puedo decirte es que me han parecido unas personas muy amables y con grandes ideales. No he tenido tiempo para valorar más. — contestó ella, un poco molesta por el tono del joven.

—¡Ya, claro! — se rio él.

La joven no contestó nada.

Edmond se sentó en la mesa mirando a Olivia pensativo y luego le dijo:

—¿Ha ido hoy ese idiota?

Olivia lo miró sin comprender muy bien, pero se dio cuenta de que Alice la miraba con cierto nerviosismo y entonces se dio cuenta de que hablaba de Jacques.

Entonces la joven sintió que se le aceleraba el corazón y contestó:

—No entiendo lo que quieres decir.

—Sí lo entiendes, pero por alguna razón quieres hacer creer que no. —contestó Edmond, muy serio y mirándola fijamente.

Olivia se dio prisa en apagar el ordenador, y se levantó para darles las buenas noches a los dos hermanos, pero Edmond la cogió de un brazo y le dijo:

—¡Ten cuidado Olivia! ¡Creo que él te está gustando y eso no es una buena idea!

Olivia decidió hacerse como que no entendía y respondió:

—Si me estás hablando de Claude, ahórrate el consejo. Él no me gusta. — Y sin dar tiempo a que él replicara continuó —¡Buenas noches, Alice! ¡Buenas noches, Edmond!

Y se marchó a su cuarto rápidamente.

Mientras se ponía el pijama pensaba: “¡Qué día más intenso! ¡Y qué situaciones más contrarias!”

Se acostó y continuó pensando en lo que le había dicho Christine, acerca del planeta y de que todos los problemas eran debidos a una especie de parto, pero que

luego vendría una era de luz y que ya no habría guerras, ni hambre, ni dolor. Olivia se preguntó: “¿Será eso cierto? ¡Qué extraño me parece!”

Luego recordó cuando estaba en la reunión y se pusieron a hacer la concentración con las amigas de Christine, y se dijo: “Desde luego, está claro que no soy tan consciente. ¿Pero cómo conseguir estar consciente de manera continua?”

Se dio la vuelta y desde su cama vio el libro de Jacques sobre su escritorio. Así que se levantó y lo cogió para llevárselo a la cama.

Entonces leyó un poco del siguiente capítulo:

“No está de más recordar a nuestros lectores, que existe un punto matemático dentro de nosotros mismos...”

Incuestionablemente tal punto, jamás se encuentra en el pasado, ni tampoco en el futuro...

Quien quiera descubrir ese punto misterioso, debe buscarlo aquí y ahora, dentro de sí mismo, exactamente en este instante, ni un segundo adelante, ni un segundo atrás...

—Aquí y ahora, dentro de mí misma...— dijo ella en voz baja y muy lentamente —en este instante..., ni un segundo adelante, ni un segundo atrás. ¡Eso debe de ser estar consciente!

La muchacha cerró el libro y lo dejó sobre su mesita.

Luego se acurrucó en su cama y se dijo: “¡Aquí y ahora”

E intentó dormirse estando consciente, aunque poco después volvió a despistarse con cualquier pensamiento y se durmió sin darse cuenta.

CAPÍTULO X
“¡PIERRE Y YO QUEREMOS LLEGARNOS LUEGO A LA BIBLIOTECA!”

Cuando se despertó a la mañana siguiente, miró el reloj y vio que ya eran las nueve.

Se dijo: “¡Seguro que ya están todos levantados!”. Y se levantó también, rápidamente.

Al salir del baño se encontró con Pierre, que acababa de levantarse también.

—¡Hola Olivia! — le dijo él, muy contento.

—¡Hola Pierre! ¡Menos mal que no soy la única que se levanta tarde! — contestó Olivia.

—¿Tarde? ¡Pero Olivia, si hoy es sábado!

—¿Es que los sábados no os levantáis tan temprano?

—¡Claro que no! Como no tenemos que ir al colegio, nos levantamos más tarde.

—¡Ah, bueno! ¡Entonces como en España!

Pierre se rio. Y Olivia le sonrió y le dijo:

—Alice me dijo que los fines de semana tus padres y tus hermanos se iban a correr.

—Sí, pero más tarde.

—¿Tú también vas a correr?

—No. A mí no me gusta, y mi mamá me deja que no vaya. Además como luego me voy un rato al parque y cojo la bici, mamá dice que ya hago ejercicio.

—¡Ah, sí! A ese parque tan grande que hay cerca del instituto, ¿no?

—Sí. Es el “parque de la Tête d’Or”.

—¡Ah! Parece un parque muy grande, ¿no?

—Sí. ¿Has estado en él?

—Sí. Ayer salí durante el descanso de la mañana y lo encontré.

—¿Viste los animales?

—¿Animales? ¿Quieres decir pajaritos?

—¡No! ¿No has visto que hay un zoo en el parque?

—¡Ah, pues no! ¡Es que no me dio tiempo a verlo todo!

—¿Y el lago?

—Tampoco. ¡Pues sí que es grande!

—Si quieres, luego puedes venir conmigo y yo te lo enseño. —se ofreció Pierre. Olivia sonrió.

—¡Me encantaría! —contestó.

—¡Hurra! —exclamó Pierre.

La joven se rio.

Christine apareció y le dijo a su hijo en voz baja:

—Pierre, no grites, por favor. Tus hermanos aún duermen.

—Sí, mamá, perdón. —contestó el niño, pero luego miró a Olivia con una sonrisilla.

Ésta sonrió.

—¡Buenos días, Olivia! —saludó Christine.

—¡Buenos días, Christine!

—Ferdinand y yo ya hemos desayunado. Vamos a ir a hacer las compras de la semana, ¿quieres que te traigamos algo en especial?

—No, Christine, gracias. No necesito nada de especial.

—Ferdinand y yo hemos pensado que tal vez querrías tener un teléfono móvil. Alice y Edmond tienen uno cada uno, así que si quieres podemos comprarte otro a ti. Ya lo hablamos con tus padres.

—Gracias, Christine, pero ¿a quién voy a llamar yo? Todavía no tengo tantos amigos.

—Pero nos puedes llamar a nosotros en caso de urgencia, o...¡en fin!, yo creo que está bien que lo tengas, y más, estando en una ciudad tan grande que aún no conoces.

—Bueno, está bien. Lo que tú veas mejor.

—Bien. ¿Quieres que vayamos juntos esta tarde y así eliges el que más te guste?

—Bueno. Vale.

—¡Yo también voy! — intervino Pierre. —¡Así te ayudaré a elegir!

—Vale— dijo Olivia, sonriendo —¡Cuento contigo!

—De acuerdo. — dijo Christine —Bueno, Olivia, ¿ayudas a Pierre a preparar su desayuno? No me fío todavía de que encienda la cocina para calentar la leche.

—¡Por supuesto, Christine! — exclamó Olivia —¡Vete tranquila! ¡Yo me ocupo de Pierre!

—¡Gracias, Olivia!

—¡No hay de qué!

Christine y Ferdinand se marcharon, y Olivia y Pierre se fueron a la cocina para desayunar.

Luego estuvieron jugando un rato en el cuarto de Pierre a un juego de mesa basado en el descubrimiento de animales de todas partes del mundo. Hasta que apareció Alice.

—¿Qué hacéis? — les preguntó desde la puerta.

—Estamos jugando. ¿Quieres jugar con nosotros? — dijo Pierre.

—¡Umm! — dijo Alice, mirando curiosa — ¡No! ¡No me apetece! ¿No han vuelto todavía papá y mamá, de correr?

—No han ido a correr. Han ido a comprar. — contestó Pierre.

—¡Ah! ¿Es que está lloviendo?

—Cuando yo me he levantado, sí— dijo Olivia —Pero creo que ya ha parado.

—¡Ah, bueno! ¡Entonces yo tampoco voy a correr! Voy a desayunar.

Y se marchó.

—Alice nunca tiene ganas de jugar conmigo. — dijo Pierre a Olivia —Y Edmond, tampoco.

—¡Pues ellos se lo pierden, porque es un juego muy divertido!

Pierre sonrió contento.

—¡Sí! ¡Qué bien que hayas venido de España para estar con nosotros!

Olivia sonrió pensando: “¡Qué cariñoso es!”.

Poco después llegaron Christine y Ferdinand con las compras y ella le dijo a Pierre que debía de hacer sus deberes. Así que Pierre se puso manos a la obra y Olivia aprovechó también para meterse en su dormitorio a estudiar.

Durante la comida del mediodía, Alice le preguntó a Olivia:

—¿Ya has decidido si vas a venir con nosotros esta tarde?

—¿Esta tarde? — dijo Olivia algo despistada, hasta que se acordó de lo del espectáculo de hipnotismo — ¡Ah! ¡Pues no! ¡Voy a ir con tus padres y con Pierre a comprarme un teléfono móvil!

Alice la miró sorprendida.

—Olivia, si quieres ir con Alice y sus amigos, podemos dejar la compra del teléfono para otro día. —dijo Christine.

—¡No! ¡No importa! ¡En realidad ya me había hecho la idea! — puso como pretexto Olivia, pues no le apetecía nada el plan del hipnotizador. —¡Además Pierre y yo queremos llegarnos luego a la biblioteca! ¿Verdad, Pierre?

—Sí. Es verdad— contestó él.

—Así que vas a comprarte un móvil. —dijo Edmond.

—Sí. —contestó Olivia.

—Sí. —repitió Christine. —Es mejor que tenga uno para estar localizable y por si algún día necesita ayuda. Sus padres nos enviaron dinero para todos los gastos extras que necesitase Olivia y estaban de acuerdo en esto.

—Yo tengo que ir al centro comercial esta tarde. —dijo Edmond —Si quieres yo puedo acompañarte y te ayudo a elegirlo.

—Gracias, pero ya me va a ayudar Pierre. —contestó Olivia.

—¿Y te fías de un niño? ¿Qué sabe él de estas cosas? ¡Si sólo tiene ocho años! — dijo Edmond.

—¡Tengo nueve! —protestó Pierre.

—¡Edmond, no te metas con tu hermano! —le regañó Ferdinand.

—¡Vale, tiene nueve! —dijo el joven —¿Y creéis que porque tiene nueve sabe algo de tecnología?

—No necesito algo sofisticado. —dijo Olivia — La ayuda de Pierre es la más valiosa para mí. Estoy segura de que él va a ayudarme mejor que nadie.

Edmond se rio.

—Bueno, si queréis podéis ir los tres. — dijo Christine —Así tanto Edmond como Pierre te pueden orientar, cada uno en algo.

—En realidad, si a vosotros os viene mal venir, puedo ir sola con Pierre. Y si no, lo dejamos para otro día. —dijo Olivia —A mí no me corre prisa.

—¿No decías que ya te habías hecho la idea y que por eso no venías con nosotros? —intervino Alice.

Olivia se vio pillada, y no supo cómo salir de allí.

—No nos va mal acompañarte, Olivia— dijo Ferdinand —Seguramente Christine te ha dicho eso por si te apetecía más ir con Edmond y con Pierre. Comprendemos que a muchas chicas de tu edad no les gusta ir con viejos como nosotros.

—¡Oh, no! —exclamó Olivia —¡Claro que sí me gusta ir con vosotros! ¡Además yo no pienso que seáis viejos!

Alice resopló con fastidio.

—¡Bueno, pues iremos todos! —concluyó Christine —Edmond, tú compra lo que tengas que comprar, y mientras, nosotros miramos el móvil.

—Bueno. Como queráis.

De esa manera, un rato más tarde partieron todos, menos Alice, hacia el centro comercial de "Part Dieu". Una vez allí, Edmond se fue por su lado y Olivia, Pierre y los padres de éste entraron en una tienda de telefonía.

Después de un rato salieron y Olivia recordó que no tenía ningún paraguas, pues Jacques le había prestado el suyo, Así que le dijo a Christine que le vendría bien comprarse uno.

—Por supuesto que sí. —respondió ella —No sé cómo no nos hemos dado cuenta antes, ¿verdad Ferdinand?

—Claro que sí.

Así que se metieron en una tienda y le compraron un bonito paraguas a la joven.

Al salir, volvieron a encontrarse con Edmond. Luego Olivia y Pierre dijeron que se iban a la biblioteca y Edmond se apuntó. Los padres de los chicos se marcharon a dar un paseo.

A Olivia le gustó mucho la biblioteca de Lyon. Era muy grande y tenía varias plantas. Incluso había una discoteca para tomar prestados cds, vídeos y dvds de todo tipo de música. Los tres entraron a la discoteca y empezaron a buscar según el estilo de música que más les gustaba.

Olivia se dirigió a la zona de música clásica y con gran placer descubrió que había muchísimas óperas en cd y en dvd.

La joven estaba mirando con gran interés un dvd, cuando una chica se puso a su lado mientras miraba otro dvd.

—¡Vaya! — exclamó la desconocida, en voz baja.

Olivia la miró y la joven se dio cuenta y sonrió. Luego las dos continuaron en lo suyo. Cuando, de repente, se acercó Edmond y dijo:

—¿Anne?

Olivia lo miró y la otra chica también.

Entonces Olivia se dio cuenta de que la joven se turbaba.

—Hola, Edmond.

—Hola— dijo él mirándola extasiado —¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? — respondió ella, con mucho corte.

—Bien. — respondió él.

Los dos se quedaron callados.

Olivia se dijo: “Será mejor que me quite de en medio”. E iba a escurrirse discretamente, cuando Edmond dijo:

—Anne, déjame presentarte a Olivia. Ella ha venido de España para mejorar su francés.

—¡Ah! ¡Hola Olivia! — saludó Anne y le dio dos besos — Espero que te esté gustando nuestro país.

—¡Hola! ¡Sí, gracias! —contestó Olivia, un poco cohibida.

—Bueno, y ¿cómo te va? —preguntó Edmond a Anne —¿Estás estudiando en alguna facultad?

—Pues sí. Estoy haciendo Psicología Social.

—¡Estupendo! Yo estoy haciendo Derecho.

—Me alegro por ti. Es lo que te gustaba. — respondió ella.

Los dos volvieron a quedarse callados mirándose y Olivia intentó de nuevo retirarse con disimulo, pero él se dio cuenta y la retuvo por un brazo y dijo a la otra chica.

—¡Ah, Anne! ¿Sabes que Olivia está estudiando con mi hermana en nuestro antiguo instituto?

—¿Ah, sí? —exclamó la joven, mirando a Olivia — ¿Y cómo te va? — se interesó la joven.

—Bien. Empezamos el miércoles, pero por ahora no me ha ido muy mal. — respondió Olivia.

—Me alegro.

—¡Y adivina! —dijo Edmond a Anne —¿Sabes quién está repitiendo en su curso?

—Pues..., no sé, ahora mismo no se me ocurre...— respondió Anne.

—Pues nada más y nada menos que Jacques. Jacques Chevalier. — dijo el joven.

—¡Ah, claro! — exclamó ella, sonriendo —¡No había caído! ¡Sí! ¡Ya sé que ha vuelto al instituto para terminar! ¡Él me lo dijo!

Edmond se quedó asombrado.

—¿Sigues teniendo contacto con él?

—Por supuesto que sí. — contestó Anne.

—¿Después del accidente?

—Sí, claro. — respondió ella.

Olivia observaba la escena intrigada.

Edmond cambió el rostro y a Olivia le pareció que estaba fuertemente contrariado.

—En fin, supongo que querrás seguir viendo discos. — dijo el joven, con gravedad.

—Sí... Bueno, me alegro de haberte visto. Y Olivia, también me alegro de haberte conocido. Le diré a Jacques que te he visto. Él te conoce, ¿no?

Olivia se quedó un poco parada y miró a Edmond que la observaba muy serio.

—Pues..., sí, claro que me conoce. Pero... — empezó a decir Olivia.

—Sí.— interrumpió Edmond —Dile que estaba conmigo. Dile que Olivia y yo estábamos juntos.

—Está bien. — contestó la muchacha, un poco extrañada.

Y se marchó hacia otra fila de discos.

—¿A qué ha venido eso, Edmond? — preguntó Olivia, ligeramente molesta.

—¿El qué?

—Decirle que estábamos juntos.

—¿Es que no lo estamos?

—Me parece que había una segunda intención en eso.

—No sé de qué me hablas. ¿Acaso te importa que él sepa que estás conmigo?

—No. Pero creo que a ti sí te importa que él sepa que estoy contigo.

Edmond sonrió con autosuficiencia, pero luego, sin querer, miró a Anne que estaba un poco más lejos, y su sonrisa cambió sutilmente con un matiz más parecido a la desilusión.

Pierre, que había estado mirando otros discos, se unió a ellos, y poco después salían de la biblioteca en dirección a casa.

Durante el camino de regreso, Pierre hablaba muy contento con Olivia. Mas la joven se dio cuenta de que Edmond caminaba muy callado y parecía ausente.

CAPÍTULO XI
“SEGURAMENTE QUERRÁ CONTARME LO DEL HIPNOTIZADOR”

Por la noche, Olivia se quedó un rato conectada a Internet, para escribir a sus padres y a algunos amigos.

Le acompañaba Ferdinand, leyendo cómodamente sentado en el sillón, y Christine, también metida en Internet, ojeando algunas cosas. Pierre ya se había acostado y Edmond estaba en su cuarto.

Poco después, llegó Alice.

—¡Hola! — saludó.

—¡Hola! — respondieron los demás.

—¿Qué haces, Olivia? — preguntó Alice.

—Estoy terminando de enviar un correo a mis padres. — contestó ella.

—¿Te vienes a mi cuarto y te cuento lo que hemos hecho los chicos y yo?

Olivia la miró y pensó: “Seguramente querrá contarme lo del hipnotizador”

—Bueno. Termino de enviar esto y voy para allá.

—Muy bien. — respondió Alice —Allí te espero.

Olivia hizo lo que había dicho y luego se fue al dormitorio de Alice.

—Siéntate. —le dijo Alice, muy sonriente.

Olivia se sentó y la miró expectante.

—Como te dije, hemos ido a ver un espectáculo de mentalismo. ¡Vamos, de hipnotismo! — dijo Alice.

—Sí, ya. Bueno, ¿y qué tal?

—Si vieras lo que nos hemos reído las chicas y yo. ¡Tenías que haber venido! ¡Qué tonta has sido! ¡Te podías haber comprado el móvil otro día!

—Ya, claro. Pero ¿por qué os habéis reído tanto? ¿Es que era cómico?

—No. Lo que pasa es que ha cogido gente del público y les ha hipnotizado. Había uno que le ha hecho creer que era un perro. A otro le ha hecho creer que era un bebé, y a una mujer le ha hecho creer que estaba viendo un dinosaurio. ¡Y lo mejor de todo: a Guillaume le ha hecho creer que era una chica y a Michel que era el presidente de Francia!, ¿te lo imaginas? — dijo Alice, riéndose.

—¡Ah! ¿Y tú no has salido para que te hipnotizara?

—¡No, claro que no! ¿Qué querías, que hiciera el ridículo como ellos? ¡No, gracias!

Olivia la miró pensativa y le respondió:

—Pero tú sí te has reído de ellos, ¿no?

—Sí, pero ellos han salido porque han querido. ¡Ya sabían a lo que se exponían!

—Ya, pero Alice, ¿no te parece que puede ser un poco peligroso ese tipo de cosas, de hacer creer a alguien que es otra persona?

—Bueno, pero era sólo un juego y un rato. Luego los despertó y volvieron a la normalidad.

—No sé, pero a mí no me haría gracia que me hipnotizaran.

—¡Pero si tú luego no te acuerdas de lo que ha pasado! ¿No ves que tú no eres consciente?

—Pues por eso mismo. Eso de no ser consciente, eso de que alguien esté manejando mi mente, no me hace mucha gracia.

—Bueno, también, si quieres, el hipnotizador puede darte la orden de que te acuerdes.

—Pero me tiene que dar la orden él. ¿No te das cuenta de que es otra persona quien te maneja? No, definitivamente no me gusta. Honestamente, Alice, te confieso que no he ido con vosotros porque no me fiaba de... que me comprometierais para ponerme como sujeto de hipnotismo. Después de pasar por el mal trago de la vidente, no quise repetir la experiencia.

Alice la miró con enfado.

—¡Eres una desagradecida! ¡Encima de que te damos la oportunidad de conocer tu futuro, encima me dices eso!

—Pero es que yo no me creo para nada que la vidente dijera nada que se fuera a cumplir. Es sólo que como vosotros la creéis, vais buscando cumplir lo que ella os dijo.

—¡Bueno, ya está! — exclamó Alice, enfadada — ¡Ya veo que te crees superior a nosotros!

Olivia se quedó callada un momento y luego contestó:

—Está bien, perdona Alice. No quiero decir que yo sea superior. No es eso. Es sólo que no me gusta que me lean el futuro... sobre todo si encima no es bueno.

Alice la miró más calmada y detenidamente:

—Ya entiendo. Lo que te pasa es eso. La vidente te leyó lo malo, y como no quieres que sea así, te rebelas contra ello.

Y acercándose a Olivia y cogiéndola del brazo, continuó en un tono más dulce – No te preocupes, Olivia. Tampoco era tan malo. Además recuerda que te dijo que profesionalmente te iba a ir muy bien. Y también tendrás la oportunidad de vivir un amor que nunca olvidarás, ¿no crees que es fantástico? ¡Y encima no te quejes! ¡Si Claude fuera mi gran amor, no me importaría tener tu futuro!

Olivia miró asombrada a Alice.

—Venga, olvidemos esta discusión, ¿vale? — dijo Alice.

—De acuerdo. Me parece bien. —respondió Olivia, aún asombrada por los razonamientos de Alice.

—Bueno, voy a ver si estudio un poco, porque esta mañana, casi no me ha dado tiempo. —dijo Alice.

—Sí. Yo también. Buenas noches, Alice.

—Buenas noches, Olivia

Olivia se fue a su cuarto y se sentó en su pupitre, para estudiar un poco. Pero su mente no terminaba de concentrarse. La conversación con Alice, algo que le dijeron sus padres, la extraña actitud de Edmond, las gracias de Pierre... iba de un tema a otro, sin ningún control, hasta que se dio cuenta.

“Debe de ser el cansancio de todo el día”, se dijo, “¡Realmente no es fácil mantenerse consciente mucho tiempo!... Creo que mejor me voy a acostar, y mañana estudiaré un rato por la mañana”.

Fue al baño, y después regresó, se puso el pijama, cogió el libro de Jacques y se metió en la cama.

Abrió el libro por la página que tenía señalada con una hoja que había cogido de un árbol del parque y continuó leyendo:

“Todos nosotros sabemos que tenemos dentro de sí mismos eso que se llama EGO, YO, MI MISMO, SÍ MISMO...”

Desgraciadamente la Esencia se encuentra embotellada, enfrascada, entre el EGO y esto es lamentable.

Disolver el YO Psicológico, desintegrar sus elementos indeseables, es urgente, inaplazable, impostergable... éste es el sentido del Trabajo sobre sí mismo.

Nunca podríamos libertar la Esencia sin desintegrar previamente el YO Psicológico..."

"¿El Yo psicológico?", se dijo Olivia, "¿la Esencia? O sea, la Esencia es nuestra verdadera naturaleza, nuestra esencia, claro. Y el Yo psicológico es quien tiene atrapada nuestra esencia. Pero... ¿cómo podemos hacer ese trabajo de desintegración del Yo, para liberar nuestra Esencia?... Voy a seguir leyendo".

Y continuó leyendo un rato más, hasta que vio que se le cerraban los ojos. Así que dejó el libro en la mesilla de noche, apagó la luz y se durmió.

CAPÍTULO XII

“TENGO GANAS DE VER ESE PARQUE TAN BONITO”

El Domingo amaneció con sol y Olivia estaba deseando ir a pasear por el parque.

Ferdinand y Christine ya habían ido a correr un poco y estaban de vuelta cuando ella y Pierre desayunaban.

Alice y Edmond seguían durmiendo.

—Christine, ¿crees que Pierre y yo podemos irnos un rato al parque de la Tête d’Or?

—¡Por supuesto que sí! ¡Hoy hace un día radiante!

—¡Estupendo! —respondió la joven mirando a Pierre, quien parecía también muy contento.

Al cabo de una hora, los dos abrían la puerta para irse, cuando apareció Alice.

—¿Dónde vais? — preguntó, curiosa.

—¡Vamos al parque! —respondió Pierre.

—¡Ah! —exclamó Alice — ¡Esperadme, yo también voy a ir a correr!

—Nosotros no vamos a correr. Vamos a pasear y le voy a enseñar todos los sitios a Olivia. — dijo el niño.

Olivia sonrió y Alice la miró algo molesta.

—¡Siempre estás con Pierre! — le dijo Alice a Olivia.

Ésta se quedó un poco asombrada de que se lo dijera en ese tono, pero decidió no hacerle caso.

—Sí, es que nos apetecía mucho tomar el sol. Además tengo ganas de ver ese parque tan bonito.

—¡Bueno! ¡Cómo quieras! — respondió Alice, algo quisquillosa. —De todas maneras, yo iré ahora después. Supongo que ya nos veremos.

—¡Vale! — contestaron Olivia y Pierre a un tiempo.

Y los dos se rieron.

Pierre le enseñó a ir por otro camino, sin necesidad de pasar por el instituto.

Olivia estaba encantada con los jardines y los paseos. El lago le resultó muy romántico, y allí se detuvieron un rato para echarles unas migas de pan a los cisnes. También se quedaron observando a algunas personas que daban un paseo por el lago en un pequeño barco.

Al cabo de un buen rato, vieron a Alice que llegó corriendo.

—¡Olivia! ¡Qué bien que te encuentro! ¡Necesitaba hablar con alguien, porque no me creo lo que acabo de ver!

—¿Qué has visto? preguntó Pierre.

Su hermana lo miró y le dijo:

—Bueno, a ti no te importa. ¡Esto no son cosas de niños!

Pierre torció la boca y le gritó:

—¡Siempre me decís eso!

—¡Sí, sí, bueno, pero ahora déjanos hablar! — dijo Alice.

Pierre puso cara de enfurruñado.

Olivia lo miró con ternura y le acarició la cabeza.

—Bueno, Alice, si quieres decirme algo, dilo ya, porque Pierre y yo estábamos paseando.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo. — dijo Alice. Y se dio la vuelta para volver por donde había venido. Pero entonces se detuvo y dijo:

—¡No! ¡Espera! —y mirando hacia un lado y hacia otro rápidamente, continuó — ¡Vamos a escondernos detrás de ese seto!

A Olivia le empezaron a entrar ganas de reír, y al mirar a Pierre, vio que éste miraba a su hermana muy intrigado.

—¡Vamos! — ordenó Alice, en voz baja — ¡Vamos a escondernos!

Y cogió con una mano a Olivia y con la otra a Pierre.

Los dos la siguieron, sin tener ni idea de lo que ocurría.

Cuando por fin se pusieron al abrigo del seto, Alice le dijo a Olivia:

—¡Mira quién viene por allí!

Olivia miró y vio que era Jacques. Pero no estaba solo. Paseaba tranquilamente con Anne.

—¿Quiénes son esos, Alice? — preguntó Pierre.

La muchacha no le hizo ningún caso a Pierre y se dirigió a Olivia.

—¿Has visto?

—¡Ah! ¡Esa es la chica que vimos ayer en la discoteca! — dijo Pierre.

Alice miró a Pierre muy sorprendida, y luego a Olivia.

—¿La visteis ayer?

—¿A que sí, Olivia? —le dijo el chiquillo— ¿No te acuerdas que Edmond y tú estuvisteis hablando con ella?

—Sí, Pierre. Claro que me acuerdo.

—¿Edmond y tú? — repitió Alice, asombrada —¿Y de qué estuvisteis hablando?

—Tu hermano me la presentó. —contestó Olivia, volviendo a mirar a Jacques, que había seguido el paseo, sin reparar en que ellas estaban allí escondidas.

—¡Qué raro! — exclamó Alice.

—¿Por qué? —inquirió Olivia.

—Porque...— Alice se calló, al darse cuenta de la presencia de Pierre —Bueno, luego te lo explico.

—¿Por qué no le dices algo, Olivia? — dijo Pierre.

—¡No! ¡Ni se te ocurra! — exclamó Alice.

—¿Qué te pasa Alice? ¡Estás más rara! — dijo su hermano.

La joven resopló y dijo:

—¡Ven Olivia! — cogiéndola por el brazo y alejándola de Pierre. —Ésa que va con Jacques era la novia de Edmond, la que Jacques le quitó a mi hermano. Y veo que sigue con él. ¡Incluso después de haber estado en la cárcel! ¡Es increíble!

—¡Oh! ¡Ya comprendo! exclamó Olivia, sintiendo una desilusión personal.

—¡Así que Edmond estuvo hablando con ella! — repitió Alice pensativa —¿Y qué hablaron?

—Pues, no mucho. Se saludaron y tu hermano me la presentó... y poco más.

—¡Pobre Edmond!

—¡Oye, venga ya! ¡Dejad de hablar! — protestó Pierre, un poco más allá.

Alice lo miró y le dijo a Olivia:

—Bueno, luego hablamos. Ahora me voy a correr.

Y se marchó.

Olivia y el chiquillo continuaron su paseo y fueron en dirección al zoo que había dentro del parque.

El animal que más le gustaba a Pierre era el elefante, algo muy natural en muchos niños. Mientras observaban la jirafa, Jacques y Anne pasaron por allí y vieron a Olivia con Pierre.

—¡Oli! — le llamó Jacques.

Olivia se volvió y al ver a la pareja les sonrió con un poco de corte. Pierre también los miró.

—¡Hola Olivia! ¡Volvemos a encontrarnos! —dijo Anne, sonriendo.

—Sí, es verdad. — respondió Olivia, contestó la joven, mirando fugazmente a Jacques.

Pierre se acercó a Olivia y tirando un poco de ella le dijo al oído:

—Olivia, ¿no ha dicho Alice que no les hablásemos?

La joven le miró sonriendo, algo avergonzada delante de los otros dos, y le dijo al oído también:

—Tú no le digas nada a Alice. Este será nuestro secreto, ¿vale?

—¡Vale! — respondió el niño con una risilla traviesa.

Jacques y Anne que eran testigos del cuchicheo se rieron.

Olivia, para disimular, les sonrió y les dijo:

—Éste es Pierre. Es mi amigo.

—¡Hola Pierre! — saludaron Jacques y Anne.

—¡Hola! —contestó el niño —Yo te vi ayer en la discoteca. — le dijo a Anne.

—¡Ah, sí! ¡Yo también te vi de lejos! — respondió Anne, sonriéndole.

—Pierre me está enseñando el parque. —explicó Olivia, con creciente nerviosismo al ver que Jacques la miraba sonriendo.

—¿A que te gusta este parque? — le preguntó él.

—Sí. Me gusta mucho. —contestó ella.

—Sabía que te gustaría. Siempre pensé que si finalmente venías a Lyon daríamos muchos paseos por aquí.

La muchacha no entendía. ¿Cómo es que le decía eso delante de Anne, sin ningún tapujo? ¿No estaba saliendo con ella? Miró a Anne, pero ésta no parecía molesta.

—Pues... —

—Anne me ha dicho que te vio ayer con Edmond Villette. — dijo el joven.

—Sí. Estábamos en la discoteca viendo algunos discos.

—¿Y cómo es que conoces a Edmond? — preguntó Jacques.

—Edmond es mi hermano. — respondió Pierre.

—¡Ah! — respondió Jacques, sonriéndole al niño y luego, dirigiéndose de nuevo a Olivia — Pero, ¿de qué os conocéis?

—Porque estoy viviendo en su casa. — contestó Olivia, un poco nerviosa, y mirando a Anne de reojo.

—¿Estás en casa de Edmond? — repitió Anne— ¡Ah, claro! ¡Es que su hermana también está estudiando contigo!, ¿no? ¡Al menos fue lo que él me dijo ayer!

—Sí. —contestó Olivia.

—¿Su hermana? — repitió Jacques — ¿Y quién es su hermana?

Olivia lo miró asombrada

—¡Alice! ¿Es que no te acuerdas que está con nosotros en clase?

—¿Alice? ¿Tu compañera?

—¡Claro!

—¿Alice es hermana de Edmond?

—¡Y también es mi hermana! —intervino Pierre.

El joven lo miró y sonrió.

—¡Vaya! — exclamó — ¡No lo sabía!

—¿No? ¡Qué raro! — dijo Olivia.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —replicó el joven.

—¿Estás seguro? Ella si te conocía.

—¿Ah, sí? Pues... no sé, no caigo ahora mismo. Pero... en fin, ella es por lo menos dos años menor que yo, y Edmond y yo tampoco hemos tenido mucha relación, así que no se me ocurre en qué circunstancias la he conocido.

—Y a ti también te conoce. — dijo Pierre, dirigiéndose a Anne.

—¿A mí? — replicó la joven, extrañada —Pues yo tampoco recuerdo haberla visto.

“¡Qué raro!”, se dijo Olivia.

—Bueno, tampoco pasa nada. A lo mejor ella nos ha visto en el instituto. A veces la gente se conoce de vista... — dijo Jacques.

—Sí, es verdad. —contestó Olivia—

—¿Vais a venir esta tarde? — preguntó el joven a Olivia y a Pierre.

La muchacha, sorprendida no supo qué decir, y Pierre contestó:

—Sí. Los domingos por la tarde vengo con la bici.

—¿Tú también vendrás, Oli? — le preguntó él.

Ella seguía sin saber qué responder.

—¡Claro que vendrá! ¿A que sí, Olivia? — dijo Pierre.

—Bueno, supongo que sí. —dijo la joven.

El joven sonrió.

—¿Sobre qué hora vendréis?

—A las cuatro. —contestó Pierre.

Olivia sonrió cohibida y dijo:

—¡Bueno, ya veis que es él quien sabe los horarios de la casa! ¡De hecho es él quien me está enseñando el parque!

Pierre sonrió orgulloso y Jacques y Anne se rieron.

—¡En fin, vamos a seguir nuestro paseo! dijo Olivia, deseando salir de aquella situación.

Cuando empezaban a marchar ella y Pierre, Jacques se acercó a la joven y le dijo en voz baja:

—Oli, si me doy una vuelta por el parque esta tarde y nos vemos, ¿te molestaría?

Ella lo miró y con el corazón muy acelerado le contestó:

—Jacques, yo... creo que es mejor que no nos veamos. ¿Vale?

Él la miró con cierta tristeza y respondió:

—Lo entiendo. ¡Lástima que no recuerdes nada!... Pero no te preocupes. No importa. Nos veremos mañana en el instituto.

La muchacha se quedó con un mal sabor por dentro y aunque Pierre le siguió contando muchas cosas, ella siguió manteniendo el leitmotiv de ese sentimiento, durante el resto del paseo.

CAPÍTULO XIII

“PROFESOR, ¿USTED PUEDE LEER MI MENTE?”

Aquella tarde, a las cuatro menos cuarto, Olivia, Ferdinand, Christine y Pierre, salieron en dirección al parque.

Cuando llegaron, Pierre empezó a corretear con la bici, manteniéndose a la vista de los mayores.

Después de pasear un poco, al llegar a la parte del lago, Olivia les dijo a Christine y a Ferdinand que se había llevado un libro para leer un rato al sol, y ellos la dejaron allí y continuaron andando, mientras su hijo pequeño, seguía dando vueltas con la bicicleta.

La muchacha se sentó en un banco y después de estar unos minutos sintiendo el agradable calor del sol en su cara con los ojos cerrados, se puso a leer:

“Trágica es la existencia de aquel que muere sin haber conocido el motivo de su vida.

Cada uno de nosotros debe descubrir por sí mismo el sentido de su propia vida, aquello que lo mantiene prisionero en la cárcel del dolor...

Ostensiblemente hay en cada uno de nosotros algo que nos amarga la vida y contra lo cual necesitamos luchar firmemente...

No es indispensable que continuemos en desgracia, es impostergable reducir a polvareda cósmica eso que nos hace tan débiles e infelices.”

Olivia detuvo la lectura y se puso a reflexionar sobre aquellas frases, mirando de nuevo al sol, con los ojos cerrados.

Entonces escuchó una voz conocida que le decía:

—¿Alimentándote de las energías solares?

Olivia, abrió los ojos y miró al recién llegado, y sonriendo le saludó:

—¡Hola profesor!

Él le sonreía también y se sentó a su lado.

—Estoy leyendo el libro que me prestó Jacques. —dijo ella.

—Ya veo. —contestó él —Pero dime, ¿ya sabes cuál es el sentido de tu vida?

Olivia se quedó sorprendida. ¿Cómo sabía él que acababa de leer sobre eso? Luego sonrió.

—Profesor, ¿usted puede leer mi mente? — preguntó.

—Hay muchas facultades latentes en el fondo de cada ser humano. Por ejemplo, facultades tales como la clarividencia, la telepatía, el don de sanación, la intuición, la clariaudiencia, la recordación de vidas pasadas, y muchas otras...Esas facultades pertenecen a la conciencia. A la esencia de la persona. En realidad son facultades del alma y del espíritu interior... El problema es que en el ser humano, la conciencia está dormida porque el ego la tiene atrapada. El ego es toda esa cantidad de defectos, vicios y errores que cargamos en nuestro interior, tales como orgullo, envidia, odio, gula, pereza, codicia, lujuria, ira... y muchos más. Mientras la conciencia está dormida, esas facultades permanecen dormidas también. Cuando la conciencia se despierta, esos poderes despiertan de forma natural. Sin embargo, hay quien despierta esas facultades de manera subjetiva y artificial, mediante ciertas técnicas. Entonces ocurre lo siguiente: esos poderes los maneja el ego. ¿Qué crees que pasa cuando una persona manipulada por su propio egoísmo maneja uno de esos poderes, una de esas

facultades? Piensa un poco: alguien que tiene el ego de la codicia muy fuerte, ¿qué crees que pasa si encima tiene ciertos poderes? O alguien bajo los efectos de su propia lujuria, o llevado por la ira o por el odio... ¿no crees que podría hacer mucho daño? Además de que el ego se robustece más, hay que añadir que como esas facultades son en realidad de la conciencia, el ego, las usa sólo parcialmente y de manera subjetiva. Es decir, que el sujeto en cuestión, ni tiene una verdadera telepatía, ni una verdadera clarividencia, ni una verdadera clariaudiencia, ni los recuerdos de otras vidas son objetivos, pues el ego interviene con su propia fantasía.

—¡Oh! ¡Claro! — exclamó Olivia.

Entonces la muchacha le explicó la visita que hizo con Alice y con las otras chicas a la vidente.

—Realmente esa mujer es un claro ejemplo de lo que te digo — explicó el profesor— Ella tiene despierta una pseudo-clarividencia, pero no tiene la conciencia despierta, por tanto no es realmente clarividente en el sentido más real. A veces ve cosas, pero son una mezcla de sus fantasías y sus deseos, con algo de la realidad. En tu caso, aquella mujer se dio cuenta claramente que no creías en ella, y su propio orgullo y su deseo de venganza le hicieron proyectar un futuro que te hiciese daño. Pero no vio tu futuro, pues no es cierto nada de lo que te dijo.

—Me alegro de que me lo ratifique, profesor...— contestó Olivia, bastante aliviada —Pero, dígame, alguien de conciencia despierta, ¿puede de verdad adivinar el futuro de otra persona?

—Hasta cierto punto. Todos los seres humanos después de morir, vuelven a nacer, vivir y morir de nuevo, y volver a nacer y así durante un número determinado de vidas. Pero al haber creado y robustecido el ego, en cada vida o mejor dicho en cada existencia, se vuelven a repetir las mismas cosas, porque el ego es mecánico y tiende a repetir, pues así es como se alimenta. Por supuesto, como se vive en épocas distintas, hay cosas que varían, pero eso forma parte de la personalidad. El ego, repite siempre lo mismo. Por eso también se vuelven a cometer los mismos errores una y otra vez. En ese caso el futuro es predecible, puesto que la persona dormida de conciencia va a repetir lo mismo que hizo en su anterior existencia. Sin embargo, en el interior de la persona aún queda un poco de conciencia libre. Si esa persona hace un esfuerzo consciente por despertar, su vida toma, por derecho, otro rumbo. Es decir, puede cambiar su futuro pues ya no está basado en el pasado. Cuando se elimina el ego del interior de la persona, ¿quién va a repetir las mismas historias de las existencias anteriores? ¡La Conciencia, no, por supuesto! La conciencia es libre y vive una vida real y sin mecanicidad de ningún tipo.

—Entiendo —dijo Olivia — ¿Y qué me dice entonces del empleo del hipnotismo? Yo pienso que eso no debe de ser muy conveniente para la conciencia, ¿no?

—Llevas razón. La causa de todos los sufrimientos del ser humano es el ego, con sus codicias, miedos, deseos, apegos, etc... Hasta que uno no se libera del ego y despierta la conciencia, no alcanza la verdadera felicidad. Pero si encima uno se deja dormir más la conciencia a través de técnicas como el hipnotismo, se cierran un poco más las puertas a ese despertar. Por otro lado, alguien que no está despierto e hipnotiza a alguien con no importa qué fin: espectáculo, curativo, o lo que sea, en realidad, no sólo robustece su propio ego, sino que está colaborando en dormir más a

la persona. Alguien despierto no utiliza esos métodos, porque no desea dormir más a otros. Un despierto anhela el despertar de sus semejantes, no dormirlos más.

—¡Ah, claro!

—En relación con el hipnotismo, existe otro tipo de hipnotismo y es el hipnotismo colectivo. Hay fuentes de hipnotismo colectivo que duermen más a las gentes, las hacen olvidarse de ellas mismas. Aquí entraría por ejemplo, la televisión, el cine, los deportes de masa, las modas, los videojuegos y otros. Las personas olvidan quiénes son, se dejan llevar por la información o por lo que ven, y se duermen más. Lo peor de todo es que no se dan cuenta de nada de eso. ¿Por qué?, porque están dormidas.

Olivia se quedó reflexionando y luego le dijo:

—Profesor, el viernes por la noche fui con la señora que me está acogiendo a una reunión de personas que están haciendo algunos trabajos para ayudar al planeta. Ella me explicó que ahora mismo hay mucho sufrimiento en la Tierra, pero que dentro de poco va a venir una era de luz en la que se acabarán las guerras y el hambre y las injusticias. Y que eso era debido a la evolución del hombre. Que lo que teníamos que hacer es amar a nuestros semejantes y comprendernos mejor. En fin, desarrollar el amor. Yo he estado pensando un poco en eso, y me digo: ¿cómo va a pasar eso? ¿Es así de fácil?

—Observa lo que hay a tu alrededor. ¿Tú crees que la gente que te rodea tiene menos ira que antes? ¿Crees que tienen menos orgullo que antes? ¿Que discuten menos que antes? ¿Que son menos perezosos que antes? Cierto es que hay muchas personas con grandes ideales, solidarias, con gran generosidad, haciendo muchas cosas por los demás de manera desinteresada... Pero en privado, ¿son mejores personas que antes? ¿Seguro que en esas personas no existe la ira, el pesimismo, el miedo, o la lujuria...? ¿Tú ves que la gente esté empezando a ser algo más consciente? ¿Crees que de pronto todo el mundo va a ser más comprensivo con los demás? ¿Qué van a amar a los demás? El amor es una virtud de la conciencia. El amor que se expresa a través de un dormido, proviene de la conciencia, pero es sólo una pizca de amor comparándolo con todo el amor que realmente existe de forma latente en su interior, pues hay mucho más ego que impide la libre y constante expresión de esa virtud de la conciencia. Hay que eliminar el ego para que la conciencia y el Amor verdadero se expresen a través de uno. Observa que el ego también se disfraza de amor. Por ejemplo el ego del sentimentalismo, o el de los apegos, o el de la preocupación, o el de la lujuria, o el de los celos, o el del miedo, o el de la búsqueda de seguridad, o el del egoísmo o incluso el de la vanidad que quiere mostrar a los demás su "amor"... En fin, muchos malvados internos que se disfrazan con la piel de oveja y que si uno no los auto-descubre en su interior, puede confundirse y creer que todo eso es amor... Pero el verdadero Amor sólo aparece cuando se ha eliminado todo eso. Por eso, cuando se dice de amar a nuestros semejantes, está muy bien, pero para que sea un amor real, hay que haber eliminado de nuestro interior todos esos defectos psicológicos que se disfrazan de amor y todos los que están claramente contra el amor, como el odio, la ira, la soberbia, etc... En fin, conforme uno va eliminando paulatinamente esos defectos psicológicos, el Amor, el verdadero, el de la conciencia, va aflorando de una forma natural, sin ningún maquillaje, ni disfraz. Para acabar con las guerras, con las injusticias y con todos los males del mundo, hay que acabar con los defectos psicológicos que nos caracterizan. No vale sólo con decir: "vamos a ser buenos,

comprensivos y amar a nuestros semejantes”. Incluso tampoco vale sólo con repetir rezos, de memoria y sin conciencia. Hace falta hacer un trabajo consciente de eliminación de los defectos, y para ello se requieren enormes esfuerzos conscientes. –

—Comprendo, profesor. Pero realmente creo que hay gente que da mucho amor, de verdad.

—No niego que hay personas en las que el amor y la compasión por sus semejantes es sincera. Pero si no están despiertos, su amor es limitado. Si despertaran, su amor sería total.

—Entonces, ¿el ser humano, evoluciona sólo cuando despierta conciencia? — preguntó Olivia.

—En la naturaleza existen la evolución y la involución que trabajan complementándose. Las plantas están regidas por la evolución cuando crecen y se desarrollan. Luego las coge la involución y se marchitan, se secan y mueren. A los animales les pasa algo parecido. Al cuerpo humano, lo mismo: evoluciona desde el mismo momento en que el óvulo es fecundado, desarrollándose un feto y formando el cuerpo de un niño que después de salir del vientre de su madre, sigue creciendo y desarrollándose. Luego, en cierto momento, lo coge la involución y empieza a envejecer hasta que muere. Pero lo mismo ocurre con la esencia. La evolución le permite coger primero cuerpos de minerales durante un tiempo, luego continúa cogiendo cuerpos de plantas y árboles. Más tarde en el tiempo se le dan cuerpos de animales. Y por último entra en el reino humano y recibe un cuerpo humano. Todo ese proceso de evolución de la esencia es un proceso de aprendizaje. Por eso va ingresando en organismos cada vez más complejos. Sin embargo el cupo de existencias con cuerpos humanos también tiene un límite. Es entonces cuando el ser humano empieza a crear el ego mediante la identificación con las cosas que le rodean, y la esencia se va viendo atrapada poco a poco, hasta que llega un momento en que prácticamente en el individuo ya no se manifiesta la conciencia para nada. Sólo el ego. Entonces lo coge la involución y esa esencia atrapada por todos los egos empieza de nuevo a coger cuerpos de animales, más tarde en el tiempo, cuerpos de plantas, y mucho más tarde, cuerpos de minerales. Durante todo ese proceso, la esencia y el ego, van pasando por dimensiones inferiores de la naturaleza, aunque mantienen una conexión con los cuerpos que vayan teniendo. Y la esencia va aprendiendo también y se da cuenta de su error al no haber eliminado el ego cuando tenía cuerpo humano. Entonces la naturaleza se encarga de eliminar ese ego, aunque mucho más lentamente. Cuando el ego ha sido completamente destruido, la esencia libre vuelve a evolucionar pasando por los reinos mineral, vegetal y animal, hasta volver al estado humano. Y así durante muchas vueltas. Esto es lo que Krishna llamaba la ley de la transmigración de las almas y los budistas la rueda del Samsara. Sin embargo, cuando la esencia está en el reino humano, tiene la posibilidad de salir de esta rueda de evolución-involución. Pero esto sólo es posible a través de la revolución. Me refiero a la revolución de la conciencia, que no es otra, que ese Trabajo revolucionario de despertar a través de esfuerzos conscientes, a través de la muerte del yo, del ego, del mí mismo, para que la esencia pueda libertarse y salirse de toda esa mecánica.

Olivia se quedó reflexionando sobre lo que le explicó el profesor y luego le preguntó:

—¿Y en qué consiste ese trabajo?

—Si uno quiere eliminar al enemigo, lo primero que tiene que hacer es descubrirlo. Lo primero en este trabajo es descubrir al ego. Para ello, hay que estar en alerta interior, observando las manifestaciones de cada defecto psicológico a través de pensamientos, sentimientos y actos. De momento en momento.

—¿Y qué significa en alerta interior?

—No olvidarte de ti misma. Y no identificarte con lo que te rodea.

—¡Comprendo! — dijo ella.

—No quiero cansarte. — dijo el profesor, levantándose – Sólo una cosa más: no olvides que éste es un mundo de apariencias. Las cosas no son muchas veces lo que creemos. Hay muchas cosas que por estar dormidos, no se captan. A veces algo que parece injusto, no lo es. A veces algo que parece justo no lo es. A veces algo que parece bueno, no lo es. A veces algo que parece malo, no lo es. A veces la maldad parece bondad y a veces la bondad parece maldad. Y también recuerda que, como decía alguien: “hay mucha virtud en los malvados y mucha maldad en los virtuosos”... Y ahora sí, te dejo. Hace un bonito día para pasear.

Olivia sonrió y le dijo:

—Muchas gracias, profesor.

—¡Hasta mañana Olivia! — le dijo él, sonriéndole.

—¡Hasta mañana, profesor!

La joven se quedó pensando en todas las cosas que le había explicado el profesor y poco después llegaron Christine, Ferdinand y Pierre. Éstos la recogieron y juntos volvieron a casa.

CAPÍTULO XIV
“ES MUY AGRADABLE VOLVER A ESCUCHAR HABLAR A ALGUIEN EN
ESPAÑOL”

Comenzó la semana de nuevo y Olivia y Alice volvieron al instituto.

Olivia no olvidó llevarse el paraguas que Jacques le había prestado el viernes anterior, pero tuvo la precaución de meterlo en su bolso, para que Alice no lo viera.

Cuando llegaron al instituto, Olivia aprovechó un momento en que Alice se paró a hablar con Camille y ella se dirigió rápidamente a la clase.

Ya había algunos alumnos dentro, pero Jacques aún no había llegado. Así que Olivia dejó el paraguas en el cajón de la mesa en la que se sentaba el joven, con una nota que había escrito previamente en la que decía: “Gracias por prestarme tu paraguas, Olivia”. Y luego se fue a su mesa.

La muchacha se sentó y sacó el libro de lengua francesa y su cuaderno, mientras pensaba: “Tal vez debería de habérselo dado en mano... Pero si Alice me viera hacerlo, tendría que escuchar recriminaciones durante varios meses... Además... cuando Jacques me mira... siento algo extraño, siento que él está más cerca de mí de lo que parece. Es algo muy raro, desde luego... Pero él ya tiene su novia...”

Empezó a pasar las páginas del libro, sin fijarse en ellas, y al escuchar entrar alguien más en la clase, de manera casi instintiva miró hacia atrás y vio que era Jacques. La muchacha vio que él se acercaba hasta su mesa y se sentaba, pero al principio no se dio cuenta del paraguas. Olivia pensó: “¡A lo mejor no lo ve y se lo deja!”.

Entonces, Jacques pareció verlo y al cogerlo leyó también la nota. Luego miró a Olivia y ella se volvió rápidamente mirando hacia delante y se puso a pasar las páginas de nuevo, muy nerviosa.

En ese momento Alice llegó también y se sentó a su lado, y detrás de ella, la profesora de lengua francesa, acompañada de un muchacho.

—Alumnos, ya sabéis que tenemos entre nosotros a Olivia que ha venido de España. — dijo la profesora —Pues bien, aquí os presento a otro chico que viene igualmente de España para lo mismo. Él es Pablo.

Las chicas en general le saludaron muy contentas y los chicos también lo hicieron, pero con menos entusiasmo.

El muchacho sonrió y contestó en francés:

—¡Hola a todos!

Luego la profesora le dijo que se sentara donde quisiera y éste, echó un vistazo general a la clase y al hacerlo, detuvo unos momentos su mirada en la mesa de Olivia y Alice. Luego continuó buscando y al hallar el asiento al lado de Jacques vacío, se acercó hasta él y se sentó.

Olivia, se sintió contenta de tener un paisano en su clase, y miró hacia atrás. Entonces vio que Pablo también miraba hacia su mesa y los dos se sonrieron mutuamente.

Sin embargo, Olivia no pudo evitar que sus ojos se deslizaran hacia la izquierda del joven para poder ver a Jacques. Éste también la miraba a ella, pensativo.

Alice también miró al nuevo alumno y luego a Olivia. Ésta se dio cuenta, miró a su compañera y notó un gesto extraño en ella.

—¿Pasa algo? — preguntó Olivia.

—Luego te lo digo. La profe va a empezar. —dijo Alice en voz baja.

La clase fue tan amena como la del primer día. En todo caso a Olivia se le pasó el tiempo volando.

Cuando la profesora se marchó, Alice le dijo a Olivia:

—Olivia, me parece que hemos cometido un error. Durante todo este tiempo nos hemos equivocado.

—¿A qué te refieres?

—Pues... a que Claude no es tu gran amor.

—¡Ah! ¡Vaya, por fin! — exclamó Olivia — ¡Por fin te has dado cuenta!

—Sí. —dijo Alice, muy contenta— Perdóname por no creerte.

—Bueno, está bien. Ya está olvidado. —respondió Olivia.

Las dos chicas se rieron, hasta que Olivia se quedó pensativa.

—Pero... dime, ¿qué es lo que te ha hecho darte cuenta?

Alice se rio. En los días anteriores no se había reído ni una sola vez hablando sobre ese tema.

—¿No te has fijado? — dijo Alice.

—¿En qué?

—En Pablo, el chico español.

Olivia no llegaba a comprender.

—Bueno, sí, pero ¿qué pasa con él? — preguntó.

—¿No te has dado cuenta? Él es moreno con los ojos marrones, como dijo la vidente. Él es tu amor.

Olivia se quedó pasmada. Ella creía que Alice había comprendido que lo de la vidente era cuento, pero resulta que en realidad lo que había hecho es buscar otro pretendiente con las características que había dicho aquella fraudulenta mujer.

Justo en ese momento se acercó a ellas Pablo.

—Hola, chicas. — dijo.

Las dos lo miraron.

—Hola. — respondieron a un tiempo.

El muchacho miró a Alice durante unos segundos y luego se dirigió a Olivia.

—Me han dicho que tú también eres española y que has venido a aprender francés también.

—Sí. Eso es. — contestó Olivia

—¡Qué bien! — exclamó él —¡Esto no me lo esperaba! ¿Y cómo te llamas?

—Me llamo Olivia.

—¡Bonito nombre! ¿Y dónde estás viviendo?

—Vivo en casa de la familia de Alice. Ésta es Alice. —contestó Olivia.

El joven miró a Alice y le dijo:

—También tienes un bonito nombre.

—Gracias. — dijo ella.

—¿Y de dónde eres? — preguntó Pablo a Olivia.

—Soy de Zaragoza, ¿y tú?

—Yo soy de Jerez.

—¡Ah, vale! — dijo Olivia riéndose. —¡O sea que eres andaluz de pura cepa! — le dijo esto en español.

—¡Azín éh, quilla! — respondió él, en andaluz — Y tú zin embargo éreh maña, ¿no éh azin? (*¡Así es, chiquilla! ¡Y tú sin embargo eres maña, ¿no es así?*)

Olivia se rio.

—Sí. — contestó— La verdad es que es muy agradable volver a escuchar hablar a alguien en español, y más gracioso aún escuchar a un gaditano.

—¡Pueh cuando tú quierah, quilla! (*Pues cuando tú quieras chiquilla*)—

Olivia se reía realmente divertida, pero se dio cuenta de que Alice no se estaba enterando de nada.

—¡Ay, perdona, Alice! ¡No me he dado cuenta! ¡Es que Pablo es de una zona de España, cuya forma de hablar, me resulta muy simpática!

Pablo sonrió y le dijo a Alice en francés:

—Sí, perdónanos. Ha sido el entusiasmo de encontrar una compatriota fuera del país.

—Lo comprendo. Lo comprendo perfectamente. —dijo Alice, mirándolos a los dos con una sonrisilla traviesa.

Olivia que se olió qué era lo que se estaba imaginando su amiga, iba a decir algo, pero finalmente pensó: “¡Bueno, que piense lo que quiera! ¡Al menos ya me dejará en paz con el dichoso Claude!”.

Como el profesor de la segunda hora llegó, todos se sentaron en su sitio y la clase comenzó.

Llegó la pausa de la mañana y Alice le dijo a Olivia:

—¿Vienes a la cafetería, o prefieres quedarte con Pablo?

—¡Por favor, Alice! ¡No empecemos!

—¡Ah, mira, ya viene hacia aquí! — dijo Alice —¡Seguro que quiere hablar contigo!

Olivia lo miró y sonrió.

—Bueno, ¿qué se suele hacer aquí, durante el descanso? — preguntó él.

—Pues, la mayoría se van a la cafetería del instituto, pero tú puedes hacer lo que quieras. —contestó Alice.

—¡Ah, vale! ¿Y vosotras qué vais a hacer?

—Yo me voy a la cafetería con algunos amigos. — dijo Alice.

Pablo miró hacia atrás, y vio a Gisèle y Guillaume mirándolos desde la puerta.

—¿Son ellos tus amigos? — preguntó Pablo.

—Sí. —dijo Alice - Pero a Olivia, quizás le apetezca hacer otra cosa, no sé, ¿no Olivia?

Gisèle y Guillaume se acercaron y dijeron:

—¿Venís?

—Sí, ya voy. —dijo Alice.

—¿Vienes tú también, Pablo? —dijo Guillaume.

El joven lo miró, y sonriendo contestó:

—¡Vale!

Alice miró a Guillaume y dijo:

—Bueno, a lo mejor Pablo quería hacer otra cosa...

—¡No, no! ¡No tengo nada que hacer! ¡Me encantará ir con vosotros! Olivia, tú también vas, ¿no?

—Sí, claro. — respondió ella, pensando: “Seguro que Alice se tiene que estar montando su historia, pero no me importa. Es un chico muy gracioso y creo que me voy a reír un rato con él.”

Y realmente el muchacho era gracioso. A Olivia le hablaba a veces en español y ella se reía divertida, pero también cuando hablaba francés era bastante cómico. Además cuando no sabía una palabra se la inventaba afrancesando la palabra española y como no siempre daba resultado, los chicos franceses se quedaban muy extrañados, pero Olivia que se imaginaba lo que quería decir, viendo que no correspondía con lo que realmente estaba diciendo, se reía aún más.

Después regresaron a clase y al acercarse por el pasillo, Olivia vio al profesor Ange hablando con Jacques.

Alice y sus amigos continuaron sin pararse, pero Olivia miró al profesor y le sonrió.

Pablo se dio cuenta y le dijo:

—Olivia, ¿éze queztá hablando con Jacques eh el ziguiete profe? (*Olivia, ése que está hablando con Jacques es el siguiente profe?*)

—Sí. Es el profesor Ange y nos da inglés y alemán.

—¡Ah, vale! — respondió Pablo.

Olivia miró a Jacques un momento, y como él también la miró a ella y le sonrió, la muchacha sintió que el corazón se le aceleraba, y después de sonreírle por cortesía, se metió en clase rápidamente.

CAPÍTULO XV

¿LA CHARLA INTERIOR?

Durante la comida del mediodía, Alice estuvo contando la llegada de Pablo al instituto.

—Es un chico muy simpático y gracioso. — dijo Alice. —Habla francés de una forma muy peculiar y a veces se confunde en las palabras y a todos nos tiene en ascuas porque como no le entendemos, tiene que explicarnos lo que quiere decir y al final ya le decimos cómo debe decir esa palabra.

Olivia sonreía mientras su amiga hablaba. Al parecer a ella también le había caído bien. Sin embargo, al querer coger un poco de pan, se dio cuenta de que Edmond la miraba fijamente.

La muchacha volvió a sentirse incómoda, pero decidió no prestarle atención.

Después de ayudar a Christine en la cocina, Olivia se dirigió hacia su cuarto, pero al pasar por el salón, Edmond la llamó.

Ella pensó: “¡Buf! ¡Vamos a ver qué quiere ahora este pesado!”

Y entró en el salón.

—¿Qué quieres?

Edmond se acercó a la puerta y la cerró y luego le dijo:

—¿Tú también te crees la historia ésa de la vidente?

Olivia se sorprendió por la pregunta.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Alice me lo ha contado. Y me ha dicho que pensaba que tu enamorado era el tal Claude, pero que se había equivocado y que en realidad es el chico español.

—¡Ah! ¡Ya veo! — exclamó la joven, rebelándose interiormente a contarle o decirle nada más.

—¿Tú también te crees esas tonterías? — insistió Edmond.

—¿Y a ti qué más te da?

El joven sonrió con desprecio.

—Ya veo que eres igual que Alice. ¡Hasta mi madre se cree cualquier cosa!

—¡No deberías hablar así de tu madre! — le recriminó la muchacha.

—¿Qué culpa tengo yo de que sea una crédula?... Pero, confiaba en que tú serías diferente... —replicó él.

—Bueno, pero ¿a ti que más te da cómo sea yo? repitió Olivia —¿Tú haz tu vida y déjame a mí que yo haga la mía!

Él se quedó callado mirándola.

—¿Y qué me dices de Jacques?

Olivia se sorprendió y no supo qué decir.

Edmond se rio con desprecio.

—Ya veo que la crédula de mi hermana está completamente equivocada. — dijo él.

La joven cayó en la trampa y quiso defenderse.

—No tengo ninguna relación con Jacques.

—¡Claro! ¡Él ya tiene a Anne! — dijo Edmond, con amargura.

Olivia se quedó callada.

—¿Sabes? — dijo el joven - Quizás terminemos tú y yo juntos. A pesar de tu obstinación, tú no me disgustas, así que... ¿quién sabe?

Olivia se asombró de las palabras del joven.

—No, Edmond es mejor que sepas que yo no estoy interesada en ti. —dijo la joven, — Eres como mi hermano adoptivo, así que es mejor que te quites esa idea de la cabeza.

—Pero no soy tu hermano. Tú misma lo dijiste el otro día.

—Ya, pero de todas maneras, es mejor que te lo quites de la cabeza, porque yo no puedo verte de otra manera. Lo siento. Además ya te dije que he venido a Francia para aprender francés y no quiero distraerme con otras cosas como noviazgos o algo así.

—Ya, claro. Te ha pegado fuerte Jacques. Pues te prevengo que es mejor que seas tú quien te lo quites a él de la cabeza. —contestó él.

Olivia quiso escabullirse y dijo:

—Tengo que preparar mis cosas para ir al instituto.

Y se fue a la puerta, la abrió y se marchó a su cuarto, rápidamente.

Cuando iba hacia el instituto, le dijo a Alice:

—Alice, te agradecería que no le cuentes mis cosas a Edmond. Me ha dicho que le contaste lo de la vidente y que le has hablado de Claude y de Pablo. Por favor, no vuelvas a contarle nada más.

Alice la miró extrañada.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Solamente te pido que no le vuelvas a contar nada, ¿de acuerdo? — repitió Olivia.

—Está bien.

Las dos muchachas caminaron en silencio un rato, hasta que Alice le preguntó a Olivia:

—Olivia, Pablo sí te gusta, ¿verdad? He visto que te ríes mucho con él.

—Es muy gracioso, es verdad, pero no es el amor que la vidente me predijo.

—¿Qué incrédula eres! ¡Eres como Edmond! ¡Sois unos escépticos!

Olivia pensó: “¡Esto sí que tiene gracia! ¡Él me acusa de crédula y ella me dice que soy una incrédula! ¿En qué quedamos? Definitivamente, éste es otro ejemplo de lo que me hablaba el profesor de las representaciones mentales.”

—Bueno, el tiempo lo dirá, ¿no? — dijo Olivia.

—Sí, eso es. Y entonces te convencerás de ello. — respondió Alice.

—Bueno, ¿pero qué me dices de ti? ¿Acaso se te ha cumplido ya alguna predicción de esa mujer?

—Pues... bueno, es que es pronto para decirlo.

—Ya. Claro.

—¡Sigues sin creértelo! — exclamó Alice en un tono de despecho.

—Bueno, Alice, no te enfades. Como hemos dicho antes, el futuro lo dirá.

—Sí. ¡Y verás como yo llevo razón!

“¡Virgen del Pilar! ¿Por qué se empeñará en tomárselo como algo personal?”, se dijo Olivia.

Cuando llegaron al instituto, se encontraron a Pablo charlando con Jacques en el pasillo.

—¡Vaya! ¡Ya está ese idiota hablando con Pablo! ¡Ahora no vamos a poder hablar nosotras con él! —dijo Alice, con fastidio.

Olivia miró a Jacques y vio que el joven se reía con Pablo de lo que le decía. La muchacha no podía dejar de mirarlo, mientras pensaba con melancolía: “¡Cómo me gustaría poder hablar libremente con él!”.

Camille y Gisèle llegaron también, y las cuatro se metieron en clase, charlando.

La tarde pasó lentamente para Olivia. Durante la pausa, la joven miró varias veces de forma furtiva hacia la mesa de Jacques y de Pablo.

—No puedes dejar de mirarle, ¿a que no? —dijo Alice con una sonrisa de triunfo, en una de esas veces.

—¿Qué? —dijo Olivia, sonrojándose, al verse descubierta.

Alice se rio.

—¡Ya se te está cumpliendo! ¡Te estás enamorando de él! ¡No querías, pero al final te estás enamorando de él! — exclamó. —¡La vidente llevaba razón! ¡Y yo llevaba razón! ¿Lo ves?

Olivia comprendió que su amiga creyó que miraba a Pablo, pero aunque le daban ganas de decirle que estaba equivocada, pensó que era mejor no aclarárselo, porque sería peor el remedio que la enfermedad. Así que sonrió levemente y no contestó nada.

Las clases terminaron y al salir, Olivia vio al profesor Ange. La joven se acercó a él.

—Hola, profesor.

—Hola, Olivia. ¿Has descubierto ya la charla interior?

Olivia le miró sorprendida.

—¿La charla interior? — repitió ella.

—Sí. Es esa charla que continuamente martillea la mente con pensamientos que van de un lado a otro, sin ton ni son. Es el ego hablando mentalmente y reaccionando continuamente a cada evento o circunstancia de la vida.

Olivia comprendió perfectamente a lo que se refería.

—Sí, profesor. Ya sé lo que quiere decir.

—¡Cuántas veces vivimos situaciones en las que nos mantenemos en silencio aparentemente, pero si observamos con detalle nuestros pensamientos, descubrimos que ese silencio no es total! Pensamientos de rabia, de orgullo, de crítica, de burla, de lujuria, de envidia... y muchos más. Cuando aplicamos la autoobservación de sí mismo, podemos descubrir en estos pensamientos diferentes defectos, cada uno con su sabor psicológico característico. Lo mismo pasa con los sentimientos. Cuántas emociones reprimidas, porque no se quieren dar a conocer por miedo al qué dirán o por vergüenza. Hay muchas más manifestaciones del ego que no expresamos exteriormente, pero no por ello, quiere decir que no tengamos esos defectos. Uno puede aparentar humildad, pero estar lleno de orgullo por dentro. Puede parecer una persona pacífica, pero tener la rabia, la ira o el odio en su interior. Y así con cada defecto. Sólo mediante la autoobservación de sí mismo, podrá hacerse consciente de lo que realmente hay en su interior.

Olivia se quedó callada, reflexionando sobre aquello.

—Mientras uno continúe alimentando esa charla mental, no podrá ser consciente. Ni en el mundo físico, con su cuerpo despierto, ni en el mundo de los sueños, con su cuerpo dormido. Soñará de día y de noche.

—Es cierto. —respondió Olivia —Pero, profesor, no es fácil mantenerse mucho tiempo observando lo que ocurre en nuestro interior.

—Es lógico que de la noche a la mañana, nadie se hace un maestro. Hay que empezar como aprendices. Aprendices en la escuela de la vida. Aprender a estar auto-conscientes en cada momento. Pero se aprende con la práctica. Es como alguien que nunca ha hecho carreras y de repente quiere participar en una olimpiada. Sería absurdo, ¿no?

—¡Claro!

—Entonces tiene que empezar poco a poco, entrenándose, y conforme va trabajando sus músculos, se va haciendo más fuerte para avanzar más, e ir más rápido. Hasta que llega un momento en que se vuelve un atleta competente. Así es el ejercicio de autoobservación. El gimnasio psicológico de la vida permite entrenarse, y poco a poco, a medida que se va utilizando este sentido, se va fortaleciendo, hasta que llega un momento en que uno es capaz de mantenerse en ese estado de conciencia durante todo el día.

—¡Sí, entiendo!

—Muy bien. Bueno, nos vemos el miércoles, ¿de acuerdo?

—Sí, profesor. Hasta el miércoles. —respondió ella.

La muchacha se marchó a casa, tratando de mantener ese estado de auto-vigilancia interior.

CAPÍTULO XVI

“¡TENGO QUE DECÍRSELO!”

La semana transcurrió tranquila, sin ninguna novedad.

Olivia continuaba haciendo ese esfuerzo por mantenerse atenta a sus pensamientos, sentimientos y actos, aunque era bastante fácil identificarse de nuevo con los eventos de la vida.

Alice parecía convencida de que Olivia estaba coladita por Pablo, pero ya no parecía tan contenta por su “triumfo”. Más bien, daba la sensación de estar algo melancólica.

Pablo, por su parte, seguía tan alegre como el primer día, y parecía haber hecho muy buenas migas, tanto con la pandilla, como con Jacques.

Olivia, a pesar de haberse planteado en serio realizar ese trabajo interior, cuando veía a Jacques, lo sentía mucho más cercano de lo que ella pensaba que debía. Y cuando él la miraba o tenía la suerte de poder acercarse lo suficiente para saludarla, ella sentía que el corazón se le salía del pecho. En ese aspecto, la joven se sentía algo defraudada de sí misma, por no ser capaz de mantenerse indiferente ante él.

En cuanto a Edmond, seguía insistiendo en provocar a Olivia. Ésta ya no sabía si es que realmente él se sentía atraído por ella, o era sólo por vanidad, o porque pensaba que al estar viviendo en su casa, él tenía derechos sobre ella, que otros le estaban arrebatando, o simplemente era despecho. Pero Olivia decidió tomarse su relación con el joven como un gimnasio psicológico más para poder auto-descubrirse ella misma, después de leer en el libro de Jacques:

“Como quiera que la vida interior es el imán que atrae los eventos exteriores, necesitamos con urgencia máxima inaplazable, eliminar de nuestra psiquis los estados psicológicos erróneos.

Corregir estados psicológicos equivocados es indispensable cuando se quiera alterar fundamentalmente la naturaleza de ciertos eventos indeseables.

Alterar nuestra relación con determinados eventos, es posible si eliminamos de nuestro interior ciertos estados psicológicos absurdos.

Situaciones exteriores destructivas, podrían convertirse en inofensivas y hasta constructivas mediante la inteligente corrección de los estados interiores erróneos”.

A partir de ese momento, aparte de verse a ella misma, se dio cuenta de que el joven, en realidad, parecía más bien amargado. Olivia se dio cuenta de que Edmond no era feliz, y eso le hizo ser más condescendiente con él.

El viernes por la tarde Christine le preguntó si quería ir con ella a la reunión con sus amigos, como el viernes anterior, pero Olivia le respondió que aunque le resultó muy agradable la otra vez, ella prefería seguir otra línea que había descubierto. Christine le sonrió y le contestó que no había problema y que le gustó que fuese sincera.

Después llegó el fin de semana, y también transcurrió sin incidentes. El domingo, Christine, Ferdinand y Pierre la llevaron al viejo Lyon, para ver la catedral y las calles y casas medievales y renacentistas. A Olivia le gustó mucho. Luego comieron en la zona, y después subieron a ver la Fourvière, en cuya cima está situada la Basílica de Notre-Dame de Fourvière, que está compuesta en realidad por dos catedrales, una sobre la otra. Allí estuvieron admirando las vistas de Lyon y después continuaron

viendo la réplica en pequeño de la “Tour Eiffel”. Y un poco más allá, encontraron un antiguo teatro romano de los tiempos en los que Lyon era la ciudad romana de Lugdunum.

En todo caso, Olivia disfrutó mucho del paseo turístico.

Un nuevo lunes llegó y con él las clases. Olivia descubrió con el sentido de la autoobservación que el deseo más fuerte en ella era el de volver a ver a Jacques.

La muchacha, cuando se daba cuenta se decía: “¿Qué puedo hacer? ¡No quiero tener esto! ¡Él ya tiene novia, y no puedo seguir así!”.

Nada más llegar al instituto vio al profesor y se acercó a él.

—Profesor, necesito que me explique qué puedo hacer para desintegrar un defecto.

El profesor sonrió y le contestó:

—La única forma de eliminar cada defecto es a través de una fuerza muy superior a la mente, que tenemos todos dentro de nosotros. Esa fuerza es el aspecto femenino de nuestro Real Ser Interior, de nuestro Dios Interno. La divinidad, Dios, está dentro de ti, dentro de mí, dentro de cada ser humano, dentro de cada ser viviente, y en realidad es una Fuerza que existe y sostiene todo el universo, tanto a nivel microcósmico como a nivel macrocósmico, e incluso más allá. Y esa Fuerza Divina que todos llevamos dentro, tiene su aspecto masculino y su aspecto femenino. El aspecto femenino es lo que llamamos la Madre Divina o Madre interna particular de cada uno. Ella es la que tiene ese poder de eliminar cada defecto, cada Yo. Entonces en el momento en que uno descubre un Yo mediante la autoobservación de sí mismo dirigida a pensamientos, sentimientos y actos, tal y como tú has hecho, puede pedir inmediatamente de manera interior a su Madre Divina particular que saque de su psiquis ese defecto y lo desintegre. La Madre actúa, y de esa manera, cada vez que uno hace esa petición de forma consciente, va reduciendo el ego y despertando paulatinamente la conciencia.

—Está bien, así haré. Gracias, profesor.

—Nos vemos luego, Olivia. Y no olvides que este mundo es un mundo de apariencias.

—Sí, profesor.

La muchacha se fue a clase. Al entrar, vio que Jacques estaba sentado ya en su mesa, sacando un libro. Éste la miró y ella sintió el corazón acelerarse de nuevo. La muchacha hizo la petición a su Madre Divina y se sintió más calmada.

Se fue a su mesa y se sentó.

Pero de repente le vino el recuerdo muy claro de otro sueño de hacía muchos años.

En esta ocasión se veía con Jacques, siendo ellos un poco más mayores que en el otro recuerdo. Ella le decía: *“Jaime, mis padres han enviado a mi hermano Lorenzo a Estados Unidos para que aprenda inglés”* y él le respondió: *“Oli, si alguna vez tus padres te envían al extranjero también, diles que te envíen a Francia, a Lyon. Así podremos estar juntos”* y ella respondió: *“¡Vale!”*

Olivia se quedó atónita con ese recuerdo. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso era cierto aquello de que se habían visto en sueños desde hacía mucho tiempo?

Entonces comprendió de forma instantánea por qué cuando sus padres le dieron a elegir entre irse a Estados Unidos e Inglaterra, ella quiso ir a Francia y más exactamente a Lyon. Hasta ahora no se explicaba por qué se le había ocurrido

semejante capricho, pero en ese momento había comprendido que algo dentro de ella había guardado parte de ese sueño.

La joven se dio la vuelta para mirar a Jacques, pero éste se encontraba algo reflexivo, mirando hacia la ventana que tenía a su lado.

Los demás alumnos entraron y Olivia se volvió hacia delante, pensando: “¡Tengo que hablar con él y decirle que recuerdo algunas cosas! ¡Tengo que decírselo!... ¡Él llevaba razón: somos amigos desde hace tiempo! ¡Por eso yo sentía que él no era nadie ajeno para mí! Ahora ya no me importa lo que digan de él. Y si tiene novia, tampoco. Sólo somos amigos, y eso es todo... ¡Pero somos amigos!”

Y la muchacha empezó a sentir una repentina alegría.

En la pequeña pausa entre clase y clase, Olivia quiso acercarse a Jacques, pero Alice empezó a hablarle y no supo cómo liberarse de ella.

Luego, en el descanso, los chicos se disponían a ir a la cafetería como cada día.

Entonces Olivia dijo:

—Creo que hoy no iré con vosotros. Tengo la cabeza cargada otra vez, así que prefiero ir a darme un paseo

Alice miró a Olivia.

—¿Vas a ir con Pablo?

—¡No, no! Prefiero irme sola

—¿Estás segura? — insistió Alice.

—Sí, me apetece más. Me viene bien salir a despejarme un poco.

—Bueno, como quieras. — respondió Alice, un poco extrañada.

Los chicos se marcharon y Olivia guardó sus cosas en el bolso y luego salió en dirección al parque. Ella deseaba ver a Jacques y esperaba encontrarlo allí, como el viernes anterior.

A medida que se acercaba al parque, el corazón se le iba acelerando cada vez más e iba pensando: “¡Qué esté allí! ¡Qué esté allí!”.

La joven empezó a caminar a un paso rápido en dirección al lugar donde lo vio la otra vez. Cuando se iba acercando, lo divisó enseguida. Pero en esta ocasión no estaba tumbado, sino sentado bajo un árbol con las piernas plegadas como un yogui y con los ojos cerrados.

Olivia se dijo: “Me parece que está meditando. Será mejor que hable con él en otro momento” y se dio la vuelta para caminar por otro sendero.

Después de un rato, miró el móvil, y vio que era hora de regresar a clase, y así hizo.

Buscando la salida del parque volvió a encontrarse con Jacques, que venía por un camino lateral.

—¡Hola Oli! —le dijo él, con una sonrisa, algo triste.

Ella sonrió más contenta y le respondió:

—¡Hola Jaime!

Jacques la miró pensativo y luego sonrió abiertamente.

—¡Ya te acuerdas! — exclamó.

—Sí. —contestó ella riéndose —Pero sólo un poco.

Él se rio también muy contento, y luego la abrazó y ella se dejó hacer.

—¡Qué alegría, Oli! ¡No sabes cuánto tiempo he deseado que llegara este momento!

Olivia se reía.

—Siento haber tardado tanto en recordar. —dijo —De hecho sólo he recordado dos sueños de cuando éramos pequeños. Pero me he dado cuenta de que tú decías la verdad.

—¡Ah! — contestó él, mirándola muy complacido.

—Dime una cosa, Jaime, ¿seguimos viéndonos en sueños todavía? Porque yo no recuerdo nada.

—No. —contestó él, un poco más serio —Estuvimos muchos años así, pero hace dos años yo dejé de soñar contigo.

—¿Hace dos años? — repitió Olivia, pensativa. “¡Claro, seguramente desde que se enamoró de Anne!”

—Pero bueno, ya por fin estás aquí. — dijo él, de nuevo sonriente.

—Oye Jaime, lo que no entiendo es cómo sabías que cuando soñábamos el uno con el otro, era algo real, y no que era sólo un sueño y nada más que eso. ¿Y por qué sabías que finalmente nos veríamos aquí?

—Bueno, en realidad, al principio no lo sabía. Yo creía que eran sueños muy especiales, porque yo sabía que en realidad estaba en un sueño, y recordaba que me había acostado un rato antes. Incluso algunas veces me di cuenta de cómo me salía del cuerpo. Pero no sabía si tú eras realidad o sólo producto de mi mente. Sin embargo siempre te encontraba. Cuando dejé de soñar contigo, me sentí bastante desilusionado. Pero poco después alguien me dijo que aquello no eran sólo sueños y que un día me encontraría contigo fuera de los sueños. Y así pasó.

—¿Sí? ¿Quién te lo dijo?

—Bueno, es que es un poco largo de explicar, pero lo haré a su debido tiempo. Además, ahora eso es lo de menos. —dijo él.

Olivia sonrió.

—Creo que deberíamos volver— le dijo — pero, ¿por qué no me cuentas alguno de los sueños que tú recuerdas, para ver si yo recuerdo algo?

—Vale. —contestó él.

Así, mientras regresaban al instituto él le contó algunos sueños, en los que ella le contaba cosas que habían pasado durante el día en su colegio, o en su familia y Olivia no recordaba aquellos sueños, pero sí los eventos sucedidos en el colegio o en su casa, con lo cual fue cerciorándose de que el joven no estaba inventando nada, pues todo se correspondía.

Al llegar de nuevo al instituto, Olivia se vio en la obligación moral de explicarle algo a Jacques.

—Escucha, Jaime, siento mucho decirte que Alice y Edmond no te tienen en muy buena estima. Seguramente tú sabes por qué. El caso es que como vivo en su casa y preferiría no tenerlos de enemigos, ¿te importa que, al menos de momento, Alice no se entere de que somos amigos? A mí me resulta muy violenta esta situación, pero... ¡perdóname pero es que yo me veo en medio!

Jacques la miró extrañado y le contestó:

—La verdad es que no sé de qué me hablas. No sé qué tipo de problema tiene Edmond conmigo. En realidad, no tenía ni idea de que le caía mal, pues prácticamente no hemos tenido relación, no por nada en especial, sino que él tenía su vida y yo la mía, eso es todo. Y en cuanto a Alice, debe de ser por algo en relación con Edmond, supongo. Ahora comprendo por qué me mira de esa forma tan extraña... Y ahora comprendo también tu forma de actuar. Al principio pensé que era porque como no te acordabas,

no te fiabas de mí. Pero ya veo que había algo más. Aunque no acierto a saber qué. Pero no te preocupes, Oli. Esto quedará entre tú y yo. Nadie lo sabrá.

Olivia se quedó un poco sorprendida de que Jacques no se diera cuenta de que Edmond no le perdonaba haberle quitado la novia, pero no quiso remover el tema.

—Siento que las cosas tengan que ser así. — respondió ella.

—No te inquietes, Oli, de verdad. Lo único que me importa es que tú ya me crees y volvemos a ser amigos. Aunque sea una amistad clandestina. — dijo él riéndose.

Olivia sonrió y le contestó:

—¡Gracias, Jaime! ¡Me siento muy contenta!

—¡Yo también! — dijo él.

Y volvieron a clase separados.

CAPÍTULO XVII “NO ME CREO ESA HISTORIA”

Cuando salió a medio día, Olivia, que no podía escurrirse de Alice, saludó con señas a Jacques, para decirle: “hasta luego”.

Pero aunque no logró hablar con él, la joven se sentía dichosa de aquella amistad clandestina, como decía su nuevo y a la vez viejo amigo.

Sin embargo, a pesar de su dicha interior, se dio cuenta de que Alice parecía un poco más nerviosa de lo normal. Y cuando después de la comida, Edmond dijo en un tono irónico:

—¡Qué, Olivia! ¿Se te ha declarado ya ese españolito?

La joven no contestó nada, pero vio que Alice pareció afectarse más que ella.

De modo que cuando volvían hacia el instituto por la tarde, Olivia le preguntó:

—¿Te pasa algo, Alice?

—¿A mí? ¡No! No me pasa nada.

—Te noto un poco melancólica o incluso triste.

—¿Yo? ¡No estoy triste! ¿Por qué iba a estarlo? ¡No tengo motivos!

—En la comida me ha parecido que cuando Edmond me ha preguntado por Pablo, te ha sentado un poco mal.

Alice se puso más nerviosa y respondió:

—¡Es que estoy harta de que mi hermano se burle de nosotras! ¡Se cree que lo sabe todo! ¡Y se cree el centro del universo! ¡Me ha molestado que te hablara así! ¡Me pongo en tu lugar y me imagino que no te debe hacer gracia que te diga las cosas así!, ¿no?

—¡Hombre! ¡Muy amable, no es que sea, la verdad!

—¡Pues eso es lo que digo yo!

—¡Ah! Bueno, pues gracias por solidarizarte conmigo, pero no te preocupes por mí. Yo ya no le hago caso y no me afecta lo que me diga.

—¿De verdad? ¡Pues qué suerte tienes! — dijo ella, con ironía.

Olivia vio que Alice seguía molesta y no dijo nada.

Luego, continuaron hablando de otras cosas hasta que finalmente entraron al instituto y cuando llegaron al pasillo, vieron a Pablo con Guillaume y con Michel, muertos de risa.

Alice, de repente, cambió el gesto y la disposición, y le dijo a Olivia, con mucho entusiasmo:

—Seguro que ya está otra vez Pablo contando esas historias tan graciosas.

Olivia se sorprendió por el cambio, pero al ver que ella se acercaba rápidamente, la siguió.

—¿De qué habláis que os reís tanto? — preguntó Alice.

—¡Anda, cuéntales a las chicas lo que te ha pasado! dijo Guillaume, muy sonriente.

Entonces, Pablo les empezó a contar algo que le había ocurrido durante la comida. Pero unos momentos después apareció Jacques por el pasillo, y como Pablo lo vio, le llamó alegremente.

Los demás miraron en dirección a Jacques, y dejaron de reír. Pero como Jacques se acercó a ellos, acto seguido Alice se metió en clase, seguida de Guillaume y

de Michel. De manera que sólo se quedaron Pablo y Olivia con Jacques. Éstos últimos miraron a los otros y se quedaron callados.

—¿Qué ha pasado? — preguntó Pablo sorprendido.

Olivia suspiró y Jacques la miró.

—Olivia, ¿qué ha pasado? — repitió Pablo.

Ésta que no sabía qué contestar, miró a los dos chicos alternativamente.

—Creo que hay algo en mí que no les hace gracia. — dijo por fin Jacques.

—¿No? ¿Por qué? ¿Les has hecho algo? ¿Habéis discutido? — inquirió Pablo.

—Pues la verdad es que no sé qué es. —respondió Jacques —No he hablado con ellos en mi vida, así que no tengo ni idea.

—¿Tú lo sabes, Olivia? preguntó Pablo.

—¿Yo? Pues...—

Jacques miró a Olivia, le sonrió con ternura y dijo:

—No te apures, Oli. No pasa nada. No te preocupes, Pablo. Esto no me afecta. ¡Allá cada cual con sus ideas!

En ese momento vinieron Gisèle y Camille. Éstas miraron a los tres con un gesto de extrañeza y pasaron de largo, sin decir nada.

—¡Vaya! —exclamó Pablo —Pues sí que tienen que tenerte miedo, o algo así. Porque ni siquiera han saludado. ¿Estás seguro de que no has hecho nada? Porque parece que te miran como si fueras un delincuente.

Olivia miró a Pablo, algo turbada, y Jacques, pareció darse cuenta.

Pero entonces llegó el profesor y los tres tuvieron que meterse en clase, sin decirse nada más.

Olivia se sentó al lado de Alice, sospechando que iba a reclamarle el no haberse marchado detrás de ella. Pero para su sorpresa, no fue exactamente así.

—Has hecho bien en quedarte con Pablo. —dijo muy seria —A fin de cuentas, tú debes de ponerlo al día. ¿Le has dicho algo?

—¿Ponerlo al día de qué? ¿Qué tenía que decirle?

—¡Olivia, me asombra! —le dijo Alice, con bastante irritación — ¿No te importa que tu gran amor esté sentado con Jacques Chevalier?

Olivia suspiró, mientras se decía: “¡Virgen del Pilar! ¿Pero esta chica vive la realidad? ¡Se monta sus historias y se cree que son ciertas! ¡No me extrañaría que la historia que me contó de Jaime, no tenga nada que ver con la realidad!”

El profesor comenzó la clase.

Durante la pausa de cinco minutos entre clase y clase, Pablo se acercó a Olivia y le dijo en español gaditano:

—Olivia, ¿puedeh zalí un momento ar pazillo? (*Olivia, ¿puedes salir un momento al pasillo?*)

La muchacha sonrió cuando le escuchó y asintió con la cabeza.

Los dos salieron.

—Dime, Olivia, ¿Qué eh lo que paza con Jacques y ezoh shicoh? (*¿Qué es lo que pasa con Jacques y esos chicos?*)

La joven sonrió de nuevo, por la gracia que le hacía el acento de su amigo, pero en seguida se repuso porque el tema en sí no era de su agrado.

—Escucha Pablo, — dijo ella, también en español — la verdad es que Alice me contó una historia un poco fuerte sobre el pasado de Jacques, pero yo no te la voy a

contar porque, francamente, no me creo esa historia, y no estoy dispuesta a difundir algo que posiblemente sólo sea una calumnia.

—Entiendo. Zí, haceh bien. Tu decisión me parehe bien... por un lao. Pero por otro, quizah, eztaría mehóh que Jacques zupiera lo que dicen deé, porque creo que tiene deresho a defenderce, porque pueh zeh que haya mah hente que zaya creído eza hiztoria, ¿no creeh? (*Entiendo. Sí, haces bien. Tu decisión me parece bien, por un lado. Pero por otro, quizás estaría mejor que Jacques supiera lo que dicen de él, porque creo que tiene derecho a defenderse, porque puede ser que haya gente que se haya creído esa historia, ¿no crees?*)—

—Sí, puede ser. Pero ¿qué podemos hacer?

—Mira, yo creo que podemoh habláh con él y vé qué dice. (*Mira, yo creo que podemos hablar con él y ver que dice,*)—

—De todas maneras, Pablo, quiero decirte algo. Yo he pensado mucho en esto y creo que en el caso de que fuera verdad, cualquiera puede haber cometido un error, y todo el mundo tiene derecho a una segunda oportunidad.

Pablo sonrió.

—¡Claro que zí! ¡Yohtoy de acuerdo contigo! Pero, al menoh podríamoh darle loportuniá de defenderce. (*¡Claro que sí! ¡Yo estoy de acuerdo contigo! Pero al menos podríamos darle la oportunidad de defenderse.*)—

—Vale. Me parece bien.

Pablo sonrió.

—Bueno, entonceh, ¿quiereh habláh tú con él? (*Está bien. ¿Quieres hablar tú con él?*)—

Olivia suspiró profundamente, mientras pensaba: “Si todo esto es una mentira, quiero aclararlo.”

—Bueno, vale. — dijo la joven — Pero dame tiempo. Necesito prepararme.

—¡No hay problema! ¡Tómate tu tiempo! — dijo él.

Los chicos vieron al siguiente profesor que llegaba y se metieron en clase.

Pero Olivia no fue capaz de hablar con Jacques aquel día.

CAPÍTULO XVIII
 “¿QUIERES ESPERARNOS EN LA PUERTA DEL PARQUE?”

Al día siguiente, cuando Olivia llegó al instituto con Alice, se encontraron a Pablo hablando con Camille y con Gisèle. Éstas, al ver a las recién llegadas, se callaron.

—Hola, chicos— saludaron las recién llegadas.

—Hola. —saludaron los otros.

Pablo miró a Olivia con una cara bastante seria. La muchacha se extrañó, porque se había acostumbrado a verlo con el ánimo alegre.

Michel y Guillaume llegaron también enseguida y todos se pusieron a hablar de unas cosas y otras. Sin embargo, Olivia se dio cuenta de que Pablo seguía bastante serio.

Entonces la muchacha se temió que Gisèle y Camille le hubieran contado la historia de Jacques a Pablo. Así que sin ningún disimulo le dijo a Pablo en español:

—Pablo, ¿podemos hablar un momento?

—Zí. *(Sí)*—

Los dos se retiraron algo más allá y Olivia le preguntó:

—¿Por qué estás tan serio? ¿Acaso Camille y Gisèle te han contado algo de lo de Jacques?

—Zí. ¡Qué shungo eztá ecto! Me han contaó que le birló la novia al hermano dAlice y que ze cargó a doh chavaleh, por conducí bebío. *(Sí. Qué mal está esto. Me han contado que le robó la novia al hermano de Alice y que se cargó a dos chavales, por conducir bebido.)*

Olivia sintió que se le caía el ánimo a los pies, pues pensó que Pablo les había creído.

—Bueno, ¿y qué piensas de todo eso? — dijo ella.

—Po creo que eh urgente aclará to ezta hihtoria. Zi ehto ze difunde mu rapido, va ze mu difíci enderezarlo. *(Pues creo que es urgente toda esta historia. Si esto se difunde muy rápido, va a ser muy difícil enderezarlo)*

—¿Entonces tú tampoco te lo crees?

—No zé, pero me parece mu raro. He tratado con Jacques una miaha, puez ya zabehe que me ziento con él en clace, y la verdá e que me cuezta trabaho pensar que hablan de la mizma perzona. *(No sé. Pero me parece muy raro. He tratado con Jacques un poco, pues ya sabes que me siento con él en clase, y la verdad es que me cuesta trabajo pensar que hablan de la misma persona)*—

En ese momento vieron a Jacques, que llegaba. Los otros chicos lo miraban descaradamente y hablando entre ellos, y Olivia, muy nerviosa, miró a Pablo y le dijo:

—¡No puedo soportar estos chismorreos! ¡Tenemos que hablar con él!

—Dacuerdo. Ven, hablaremos lo doh con é. *(De acuerdo. Ven, hablaremos los dos con él)*—

Así que los dos se acercaron a Jacques, y Pablo le dijo en francés:

—Oye, Jacques, queremos hablar contigo. ¿Dónde y cuándo te viene bien?

Jacques de primeras los miró sorprendido, pero luego sonrió.

—Tenéis cara de preocupados. ¡Seguro que no es tan grave!

—Sí es grave, Jacques. —dijo Pablo – Dinos cuándo y dónde.

Jacques miró a Olivia.

—¿Tú también lo crees? —le preguntó.

—Jaime, ¿vas a ir luego al parque? —dijo Olivia.

Él le contestó:

—Sí.

—Bueno, pues ¿quieres esperarnos en la puerta del parque?

El joven sonrió.

—¡Está bien!

El profesor apareció por el pasillo y los alumnos comenzaron a entrar en el aula.

Olivia se sentó de mala gana al lado de Alice y ésta la miró, pero no le dijo nada, así que Olivia también se quedó callada.

Cuando terminó la clase, Alice le dijo:

—Olivia, ¿qué es lo que hablabas con Jacques?

La muchacha se quedó callada, algo molesta por las formas de Alice, pero finalmente le dijo:

—Quiero averiguar algo. Pero por ahora no puedo decirte nada. Es algo entre Pablo y yo.

—¡Ah! — exclamó Alice sorprendida.

Y como no volvió a insistir, Olivia se sonrió por dentro, diciéndose que al menos no la agobiaría tanto.

Después de la segunda clase, Olivia y Pablo, después de decirles a los otros chicos que iban a darse una vuelta y que no irían a la cafetería, se marcharon hacia el parque.

Por el camino, Pablo le dijo a Olivia, en español:

—¿Quién ze lo cuenta? ¿Tú o yo?

—Pues... no sé... empieza tú. — contestó ella.

—Eztá bien.

Cuando llegaron a la puerta del parque, Jacques estaba allí, esperándolos sonriente.

—Bueno, a ver ¿qué es eso tan importante que teníais que decirme? ¿Acaso queréis hablarme de lo que dicen Alice y los demás?

Ellos lo miraron un poco cohibidos.

—¡Tranquilos! —exclamó Jacques — ¡Anda, vamos a pasear y me lo contáis!

—Pero, Jacques, ¿tú sabes lo que dicen de ti? — dijo Pablo.

—Pues no. No lo sé. En realidad, me da igual. Pero veo que a vosotros os tiene preocupados. Así que si queréis, contadme y así os desahogáis.

—Bueno... pero... es que... — dijo Pablo.

—Tú quieres saber si es verdad o no lo que dicen, ¿no? Eso es lo que te preocupa, ¿no?

—Yo...

—¡Venga, no tengas miedo! ¡No me voy a molestar! ¡A lo mejor lo que dicen es verdad! Yo he cometido muchos errores en mi vida, ¿sabes?

—Está bien, Jaime,— dijo Olivia —pero... quiero que sepas que yo no creo que sea verdad, pero si lo fuera, a mí no me importa, y pienso que puedes haber cambiado y que errar es humano.

Jacques sonrió.

—Vale. Os escucho.

—Bueno pues... — empezó a decir Pablo – por lo que dicen, parece ser que le robaste la novia al hermano de Alice.

Jacques le miró con cara de extrañeza.

—¿Que yo le robé, qué?

—Su novia. —dijo Pablo.

—¿Su novia? —repitió Jacques, estupefacto – ¡Pues no sé de dónde se han sacado eso! ¡Su novia! ¡Pero si ni siquiera sabía que tenía novia! ¿Cómo se la voy a robar? Además, ¿Cómo se puede robar una novia? Eso es absurdo...

Pablo y Olivia lo miraron confundidos.

—¿Entonces no es verdad? — preguntó Pablo.

—Por supuesto que no. — contestó Jacques.

Olivia se quedó muy extrañada. Ella misma lo había visto con Anne. ¿Cómo podía decir que no le había quitado la novia a Edmond? Si él lo hubiera admitido, ella lo habría comprendido y perdonado, pero mentir de aquella forma tan descarada, le produjo una confusión extrema.

Jacques se dio cuenta de que ella estaba muy callada y pensativa.

—¿Qué pasa, Oli? ¿Qué piensas?

Olivia lo miró y se quedó bloqueada. No supo qué decirle y sólo acertó a contestar:

—En nada de particular.

Pero Jacques no estaba conforme y la cogió por los hombros y le dijo mirándole a los ojos:

—¿Qué pasa, Oli?, ¿no me crees?

La muchacha seguía sin saber qué hacer.

—Somos amigos, ¿no? — dijo Jacques —Háblame francamente. Dime qué es lo que pasa por tu mente.

—Está bien... La verdad es que... creo que nos estás mintiendo. — dijo ella, sintiendo que el corazón se le partía.

Pablo y Jacques la miraron muy serios.

—¿Por qué crees eso? — preguntó Jacques.

—¿Es que no recuerdas que yo te vi la semana pasada con ella?

—¿Con quién? —dijo Jacques sorprendido.

—Con la novia... quiero decir con quien fue novia de Edmond.

—¿La semana pasada? ¿Con la novia de Edmond? — repitió Jacques, pensativo.

—Sí. El domingo en el parque. Yo estaba con Pierre.

El joven pareció comprender y la miró asombrado, diciéndole:

—Oli, ¿te estás refiriendo a Anne?

—Sí, claro que sí.

Jacques sonrió.

—Oli, estás equivocada. Primeramente, que yo sepa, Anne, nunca ha sido novia de Edmond. No sé si alguna vez hayan salido juntos, pero si así ha sido, no tengo conocimiento de ello.

—¡Oh! ¡Vaya! —exclamó Olivia— ¡Perdóname! ¡He sido muy mal pensada!

—No. — le dijo él, mirándola con ternura – Es lógico que si él te dijo que era su novia, tú creíste que era verdad. En todo caso, si hubo algo entre ellos, Anne, nunca me lo dijo.

—¡Sí, claro! — contestó ella, sintiendo con todo su corazón que él no era culpable, si no sabía que Anne y Edmond habían sido novios.

—Y en segundo lugar,— continuó Jacques – Anne no es mi novia, ni nunca lo ha sido. Anne es mi prima hermana. Su madre y la mía son hermanas. Tenemos distintos apellidos, porque como ya sabréis, en Francia la mujer pierde el apellido de soltera al casarse, y coge el de su marido. Por tanto, la relación que existe entre nosotros es puramente familiar. De pequeños, no teníamos mucha relación, porque sus padres y los míos no se veían muy a menudo. Sin embargo, hace un par de años, sus padres se divorciaron, y ella, que es hija única, lo pasó realmente mal. Por aquellas cosas de la vida, coincidimos en el último curso del instituto, y Anne se apoyó mucho en mis padres y también conmigo. Es posible que si Edmond tenía alguna esperanza con ella, al verla conmigo sin saber que somos primos, confundió todo y está dolido por ello.

Olivia se quedó con la boca abierta al escuchar aquello, pues es lo que menos se esperaba.

Jacques y Pablo se rieron.

—¡Ozú, quilla! ¡tah quedao pahmá! (*¡Jesús, chiquilla! ¡Te has quedado pasmada!*)— exclamó Pablo.

Y Jacques se rio, más aún.

—¡Ay, perdona Jacques que haya hablado español! ¡Es que me ha salido del alma! — se disculpó Pablo, en francés.

—¡No te pgeocupés! contestó Jacques, en español — Comprendió bastanté bien, vuestgó idiomá. De pequeño, tenía una amigá, españolá, y muchaa vesee, hablábamoo en español. — dijo mirando a Olivia.

La muchacha se quedó más asombrada aún y Pablo empezó a reírse y ella lo siguió. Finalmente Jacques se rio también.

—Bueno, — dijo Pablo –en resumen, quiere decir que lo de la novia robada, ni era novia, ni fue robada, ni nada que ver. ¡Vaya tipo! ¿Qué le habrá contado a Alice?

—Sólo ha sido un malentendido. —dijo Jacques — Pero, ¿eso es todo? ¿Eso es lo que van diciendo de mí?

—No. No es todo. — dijo Pablo.

—¿No? ¿Qué más? ¿Acaso se creen que me he robado un banco también? — dijo Jacques riéndose.

—No. contestó Pablo —En realidad... dicen que hace dos años ibas conduciendo bebido y chocaste contra un camión y...—

Jacques se puso muy serio.

—¿Y? ¡Continúa! — dijo él.

—Y dos amigos tuyos murieron en el accidente y luego... tú fuiste a... a la cárcel.

Jacques suspiró, y las lágrimas se le saltaron.

Olivia sintió que se le volvía a romper el corazón, pues lo vio realmente afectado.

—Venid, vamos a sentarnos y os lo cuento yo. —dijo el joven, con una voz cargada de tristeza.

Los tres se acercaron hasta un banco y se sentaron. Y Jacques empezó a relatar lo que realmente ocurrió:

—Una semana después de cumplir los dieciocho, me saqué el carnet de conducir. Yo ya había conducido antes con mi padre, por eso no me costó mucho

esfuerzo hacer el examen. Al día siguiente quise celebrarlo, y le pedí el coche a mi padre e invité... a dos amigos...muy queridos... para ir juntos a Perouge. Todo iba muy bien, hasta que de repente... un camión que venía de frente... se nos echó encima, y yo no pude esquivarlo, pues no había arcén suficiente... —

El joven se quedó callado, unos momentos, y Olivia que estaba sufriendo realmente por él, le cogió una mano y le dijo:

—¡Déjalo, Jaime! ¡No sigas! Olvida todo.

—No, Oli. Estoy bien. Un mes después me desperté en una cama de hospital. Entonces me explicaron que había permanecido durante todo ese tiempo en coma. Y poco después me dijeron que mis amigos... habían muerto... Al parecer, el camionero, debido a un problema con su esposa, había bebido demasiado y luego había cogido el camión. El juicio fue claro. El pobre hombre tuvo que ir a la cárcel. Yo tuve que pasar varios meses con rehabilitación, pero estaba tan destrozado por dentro, que me sumí en una tristeza absoluta. Después de un tiempo, logré salir de ese estado, gracias a... en fin, gracias a un fisioterapeuta que me estuvo ayudando mucho.

—¡Oh, Jacques! ¡Cuánto siento todo esto! exclamó Olivia — ¡Cuánto has tenido que sufrir! ¡Lo siento mucho! Pero por otro lado, tengo que decir que mi corazón sabía que lo que decían no podía ser cierto. ¡Lo sabía!

Jacques sonrió y le acarició la mejilla.

—¿Estás ahora más tranquila? — le preguntó él.

—Sí. —contestó ella — Pero ahora hay que aclarar que todos esos chismes no son verdad.

—Bueno, como queráis. —respondió él — Oli, gracias por confiar en mí y ser sincera. Y gracias a ti también Pablo, por querer aclarar esto. Sin embargo creo que en realidad, no ha habido mala intención en Alice y sus amigos, sino que estaban mal informados. Eso es todo.

—Bueno, pueh ¡ya va siendo hora de que eztén mehó informaoh! (*Bueno, pues ya va siendo hora de que estén mejor informados!*)— dijo Pablo en español gaditano.

Jacques se rio y Olivia también.

Luego los jóvenes, viendo la hora que era, volvieron rápidamente al instituto.

Pero mientras regresaban, Olivia pensaba muy contenta: “¡No es su novia! ¡Anne no es su novia!”

CAPÍTULO XIX
“ALICE, QUIERO HABLAR CONTIGO Y CON EDMOND”

Al terminar las clases de la mañana, Olivia y Pablo quedaron en que ella les aclararía la verdad a Edmond y a Alice, para que luego ésta se lo aclarara a su vez al resto de la pandilla.

Así pues, de regreso a la casa, Olivia le dijo a Alice:

—Alice, quiero hablar contigo y con Edmond. ¿Crees que podríamos reunirnos después de comer?

—¿Con Edmond y conmigo? ¿De qué quieres hablar? — preguntó Alice muy intrigada.

—Prefiero hablaros a los dos al mismo tiempo.

Alice se quedó pensativa y luego le dijo:

—¡No será de Jacques!

Olivia dudó de si responderle o no, pero algo tenía que decir, así que le contestó:

—Sí. Es acerca de Jacques.

—¡Has hablado con él! — exclamó Alice en un tono de enfado — ¡Te dije que...!

—Pablo y yo hemos hablado con él— le interrumpió Olivia.

—¿Pablo y tú? — repitió Alice, sorprendida —¿Eso era lo que estabais investigando? ¡Pues no había nada que averiguar, porque está todo muy claro!

—Si te parece, después de comer, os cuento a Edmond y a ti, lo que sé.

Alice la miró con curiosidad.

—¿Es que tú sabes algo nuevo que nosotros no sabemos?

—Sí. Eso es.

—¿Qué es?

—Te lo contaré luego, con Edmond.

—Pero... es que Edmond no sabe que yo te he contado lo de Jacques.

Olivia no se sorprendió por aquello, pues ya se lo imaginaba.

—¿Y tampoco sabe que se lo has contado al resto de la pandilla?

—No.

—¿Es que él te dijo que no lo contaras?

—Pues... sí.

—Ya veo. —dijo Olivia.

—Por favor, no me delates. —suplicó Alice.

Olivia miró a su amiga y se quedó pensando: “¿Y ahora qué hago? ¿Con qué excusa le hablo de Jacques? ¿Cómo le digo que sé lo que él cree?”

—Alice, ¿sabes que la historia está saliendo ya del círculo de la pandilla?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque alguien se lo contó a Pablo, y no fui yo, te lo aseguro.

Alice se quedó reflexiva.

—Y no sé si alguien más lo sabrá. —continuó Olivia.

—¡Oh, Olivia! ¡Si Edmond se entera, me va a matar!

—Bueno, no se enterará por mí. Pero tú vas a tener que hablar con los demás, antes de que todo el instituto conozca esa historia.

—¡Nunca pensé que podría pasar algo así! —exclamó Alice —¡Por un lado está bien que la gente sepa cómo es Jacques, pero a mi hermano no le va a gustar nada que todo el mundo sepa que le quitó la novia! ¿Qué puedo hacer?

—Podemos decirle a Edmond que me lo contaste a mí, porque querías protegerme.

—¡Claro! ¡Fue por eso! ¡Te lo conté por eso!

—Ya. ¿Y a los demás también se lo contaste por eso?

Alice guardó silencio unos momentos, pero luego respondió:

—No. No sé por qué lo hice.

Olivia suspiró y le contestó:

—Bueno, vamos a ver cómo solucionamos esto.

—Pero Olivia, ¿es tan importante lo que quieres contarnos, que Edmond tiene que saberlo?

—Sí. Sí lo es.

—¡Me tienes intrigada! ¿Qué será?

—Todo a su debido tiempo. — contestó Olivia.

Después de comer Olivia se retiró un momento a su cuarto para reflexionar cómo plantearle el asunto a Edmond. Entonces se dijo: “Intentaré hablarle con el corazón.”

En ese momento alguien golpeó suavemente a su puerta. Ella abrió y vio que era Alice.

—Olivia, ¡tengo unos nervios en el estómago! ¿Vas a hablar ya con Edmond?

—Sí. Ya me he dado cuenta de que has estado muy callada en la comida. ¿Tanto temes a tu hermano?

—Es que seguro que se va a enfadar. Y encima... —

—No tengas miedo. Vamos, voy a hablar con él. —dijo Olivia, saliendo del cuarto.

Las dos muchachas se dirigieron al dormitorio de Edmond. Llamaron a su puerta y éste les abrió. El joven se extrañó de verlas a las dos allí.

—¿Qué pasa? — preguntó.

—¿Puedo hablar contigo? — preguntó Olivia, intentando mantener la calma.

—¿Tú quieres hablar conmigo? — dijo Edmond, sorprendido.

—Bueno, contigo y con Alice.

—¡Ah! ¡Ya me parecía a mí! — exclamó él.

El joven miró a su hermana, que estaba bastante pálida, y eso pareció intrigarle más, así que le dijo a Olivia:

—Está bien. ¿Qué quieres decirme?

—¿Podemos pasar? —preguntó Olivia.

—¡Euuuhh, sí, bueno! — respondió él.

Las muchachas entraron en el dormitorio de Edmond. Olivia se sentó en la cama y Alice la imitó.

El joven las miró con curiosidad, y luego se sentó en una silla junto a su escritorio.

Olivia no sabía cómo empezar y los nervios le hicieron levantarse y ponerse a mirar a su alrededor, sin fijarse realmente en nada. Hasta que de repente vio encima del escritorio una foto de una pareja que le pareció reconocer. La joven,

instintivamente se acercó para verla de más cerca y vio que efectivamente eran Edmond y Anne.

Entonces Edmond se dio cuenta y cogió rápidamente la foto y la guardó en un cajón.

—¿Qué haces? — le dijo el joven visiblemente molesto, a Olivia. —¿Has venido para mirar mis cosas?

—No. —contestó ella —Perdona, ha sido sin querer...

—¿Sin querer? — repitió él, enfadado.

—Sí, es que desde lejos me había parecido que eras tú con la prima de Jacques.

—¿Qué estás diciendo? ¡Qué tonterías estás diciendo! ¡Yo no conozco a ninguna prima de ese imbécil! — dijo Edmond, cada vez más irritado.

—¿Cómo que no? ¿No era esa chica Anne?

—Eso a ti no te importa.

—Pero era ella, ¿a que sí? Me la presentaste hace unos días en la discoteca. Anne, la prima hermana de Jacques, ¿a que sí?

Edmond se quedó parado y Alice la miró sorprendida.

—¿De qué hablas? — dijo Edmond —¿Quién te ha dicho que Anne es su prima?

—Pues él mismo. Me lo ha dicho esta mañana.

Alice y Edmond se quedaron asombrados.

—¿Te ha dicho que Anne es su prima? — insistió Edmond.

—Sí. Sus madres son hermanas y por eso tienen distintos apellidos. — dijo Olivia.

Los dos hermanos se quedaron callados. Parecían no saber qué decir.

—Sí, es que Pablo y yo nos hemos dado un paseo por el parque durante la pausa de media mañana. Edmond, Pablo es el chico español.

—Sí, sí. Ya sé. — dijo él.

—Y nos hemos encontrado a Jacques. Entonces, como Pablo se sienta con Jacques, nos hemos parado con él y, hablando, hablando, nos ha contado que hace dos años estuvo estudiando en el instituto y que estaba contigo en clase. Nos contó que por lo visto los padres de Anne tuvieron muchos problemas y se divorciaron durante el curso y que ella lo pasó muy mal y como no tenía hermanos, se apoyó mucho en él y en sus tíos, es decir, en los padres de Jacques.

Edmond se quedó callado muy reflexivo. Mientras Alice miraba a Olivia y a su hermano alternativamente, también pensativa.

Olivia aprovechó para contar la segunda parte.

—También nos ha hablado de un accidente que tuvo ese mismo año.

Los dos hermanos le miraron muy atentos.

—Nos ha contado que acababa de sacarse el carnet y que le pidió el coche a su padre e invitó a dos amigos suyos para ir a... no me acuerdo qué pueblo... Entonces de repente un camión que venía en sentido contrario se les echó encima y él no lo pudo evitar porque no tenía arcén. Sus dos amigos murieron en el acto y él estuvo en coma un mes. Luego tuvo que hacer rehabilitación durante un tiempo, pero aparte de físicamente, él se quedó muy afectado moralmente y entró en una tristeza muy profunda, hasta que por fin alguien le ayudó a salir de ella. Por lo visto el conductor del camión estaba bebido y después del juicio, tuvo que ir a la cárcel... En fin, una historia bastante triste. De hecho, cuando nos la contó, se le saltaron las lágrimas...— dijo Olivia, con un nudo en la garganta, al recordar el mal rato de su amigo.

Edmond y Alice permanecían con los ojos bajos. Olivia se dio cuenta de que estaban tocados por la historia que les acababa de contar.

El joven, por fin, levantó la mirada y le preguntó con un tono algo melancólico:

—¿Era eso lo que querías decirme?

Olivia dudó por un momento, pero luego respondió:

—Sí. Edmond, yo sabía que Jacques no te caía bien, y quería que supieras que no es tan malo como crees.

—¿Querías que lo supiera? — repitió el joven. Y emitiendo una leve sonrisa le dijo —Llevaba yo razón: él te gusta. No puedes negarlo.

Olivia tragó con dificultad y luego le contestó:

—No. No te lo niego.

Él asintió en señal de aprobación, y Alice la miró muy sorprendida.

FIN DEL LIBRO PRIMERO

LECCIÓN SEGUNDA

**LO IMPORTANTE ES
DESPERTAR LA CONCIENCIA
AQUÍ Y AHORA**

CAPÍTULO I
“HE ESTADO PENSADO EN ALGO QUE ME DIJISTE AYER”

Después de aquella conversación, Alice habló aquella misma tarde con sus amigos y les explicó todo. Luego les preguntó si habían contado aquello a alguien más, y Camille y Gisèle reconocieron que se lo habían dicho a Pablo, pero a nadie más.

Así, cuando la clase terminó, todos despidieron a Jacques como a cualquier otro compañero de clase.

Olivia se sentía contenta y Pablo también.

—¿Lo ves, Jacques? —dijo Pablo— Era necesario aclarar esto.

Jacques se rio:

—Bueno, en realidad estabais vosotros más preocupados que yo, porque sinceramente yo no sabía nada de ese malentendido y aunque me parecía un poco rara la forma en que actuaban, simplemente pensé que me veían como un repetidor y se sentían ajenos a mí. Realmente no me estaba afectando. Pero, en fin, ¡supongo que será mejor así!

—¡Pero estaban hablando mal de ti! — dijo Pablo— ¿Es que eso te da igual?

—Sólo eran malentendidos, Pablo. —contestó Jacques—Y además ya está todo aclarado. ¡No le demos más vueltas!

Olivia lo miraba satisfecha y él le sonrió también.

—Bueno, yo me voy —dijo Pablo— ¡Os dejo, chicos! ¡Hasta mañana!

—¡Hasta mañana! —respondieron los dos.

—¿Te acompaño hasta tu casa? —dijo Jacques a Olivia.

—Vale. Pero no es mi casa.

—Bueno, es tu casa temporal, ¿no?

—Sí, claro— contestó ella.

Los dos se pusieron en camino.

—Entonces, Edmond se lo ha tomado bien, ¿no? — le preguntó Jacques a la muchacha.

—Creo que sí. —dijo ella — Creo que siente haber pensado mal de ti. No me lo ha dicho con palabras, pero sus gestos, sí.

Jacques se rio haciendo un gesto de un lado para otro con la cabeza.

—¡Mira que creer que Anne era mi novia! — exclamó.

Olivia sonrió.

—Oli, tú también lo creíste. — dijo el joven, riéndose.

Ella se quedó un poco cortada y contestó con timidez:

—Pues... la verdad es que sí.

Él continuó riéndose.

—Oye, Jaime, he estado pensando en algo que me dijiste ayer, y tengo una sospecha y me gustaría ver si estoy en lo cierto o no.

—Bueno, venga, dime, ¿qué es?

—Ayer me dijiste que dejaste de soñar conmigo hace dos años. ¿Fue a raíz del accidente?

—Sí. Desde entonces se acabó. Creo que fue el impacto que me produjo la muerte de mis amigos.

—Comprendo. —respondió ella.

Los dos se quedaron callados unos momentos.

—Pero Jaime, luego me dijiste que al principio no sabías si aquellos sueños eran reales o producto de tu mente, pero que después alguien te dijo que aquello no eran sólo sueños y que un día te encontrarías conmigo fuera de los sueños. Dime, ¿quién te lo dijo?

Él sonrió de nuevo.

—¡Ah! ¡Sigues siendo tan curiosilla como cuando eras pequeña! — dijo.

Olivia lo miró sorprendida y luego sonrió.

—¿No me lo puedes decir? — insistió.

Él le miró sonriente, pero fijamente y luego le contestó:

—¿No me has dicho que tienes una sospecha? ¡Dime quién crees tú que fue!

—Yo creo que fue el profesor Ange. — dijo Olivia.

Él se rio.

—¿Y qué te hace pensar que fue él? — preguntó.

—¿No fue él? — dijo la joven, pensativa.

—Sí. — Sí fue él.

Olivia sonrió.

—¡Lo sabía! — exclamó — ¡El profesor no es como los demás! ¿A que no?

Él se rio de nuevo.

—No. No lo es.

Ella caminó muy contenta.

—Dime, ¿hace mucho tiempo que le conoces? — le preguntó al joven.

—Pues la verdad es que lo conozco desde que me desperté del coma. Pero por entonces, él no era el profesor Ange, sino un fisioterapeuta al que llamaban Christian.

Olivia miró asombrada a Jacques.

—¿Fue él quien te ayudó en la rehabilitación y a salir de la pena por... por lo de tus amigos?

—Sí. Fue él. — contestó el joven, sonriendo.

—¿Y entonces él era fisioterapeuta? ¡Pero cuántas profesiones tiene!

—Él puede hacer lo que quiera. Tiene esa capacidad.

La joven se quedó admirada y luego le preguntó:

—¿Pero cuál es su verdadero nombre?, ¿Ange o Christian?

—Su verdadero nombre es Botan.

—¡Ah!... ¡Es cierto! ¡Me lo dijo el primer día! Bueno, el primer día de clase.

Los dos caminaron callados pensativos.

—Oye, Jaime, ¿por qué crees que nos está ayudando?

—Pues... no lo sé exactamente. En mi caso, creo que se ha dado cuenta de que yo necesitaba encontrar una respuesta a muchas cosas. Pero una respuesta de tipo más bien transcendental. Creo que es eso.

—Sí. Tal vez sea eso. Porque a mí me pasa igual.

Continuaron andando reflexivos.

—Pero, en cuanto a nosotros, — dijo Olivia — ¿por qué crees que nos hemos visto en sueños desde pequeños?

—Tampoco lo sé. Se me ocurre que tal vez nos conociéramos de una existencia anterior.

Olivia se quedó pensando y luego sonrió.

—¡Sí, puede ser que sea eso! —exclamó.

Jacques sonrió también.

Por fin llegaron al portal de la casa.

—¡Así que aquí es donde vivís! —exclamó Jacques.

—Sí. ¿Tú vives cerca de aquí?

—Sí. En la calle Garibaldi. A unos cinco minutos de aquí.

—¡Ah! Creo que me suena esa calle. La verdad es que todavía no conozco muchas calles. Pero me han dado un mapa por si quiero ir sola a algún sitio. Y también me compraron un móvil, por si alguna vez me perdía.

—Yo te enseñaré Lyon, si quieres. — dijo él.

Ella sonrió.

—Vale. —contestó.

Jacques la miró muy contento.

—¡Hola! —escucharon los chicos, detrás de ellos.

Olivia miró, y vio a Ferdinand con Pierre.

—¡Hola! —dijo Pierre, muy contento, al reconocer a Jacques.

—¡Hola Ferdinand! ¡Hola Pierre! —contestó Olivia —Mira Ferdinand, éste es Jacques. Él está en mi clase.

Ferdinand y el joven se saludaron.

—Creo que me suena tu cara. —dijo Ferdinand.

—Sí, es posible. Es que yo fui compañero de Edmond varios años. No estábamos especialmente relacionados, pero a mí también me suena haberle visto a usted por el instituto en alguna ocasión.

—¡Ah! ¿Fuiste compañero de Edmond?

—Sí, Ferdinand. —dijo Olivia —Lo que pasa es que tuvo un accidente y no pudo continuar el instituto hasta este año.

—¡Vaya! —exclamó Ferdinand — ¡Lo siento, chico! ¿Pero ya estás bien?

—Sí, gracias. —respondió Jacques —Estoy perfectamente.

—Me alegro —contestó Ferdinand sonriendo y asintiendo con la cabeza.

Pierre tiró del brazo a Olivia y le dijo al oído:

—Papá no sabe que Alice no quiere que hablemos con Jacques.

Olivia lo miró divertida y le dijo al oído:

—No te preocupes. Ya no le molesta que hablemos con él.

—¡Ah, vale! —exclamó Pierre en voz alta.

—Pierre, ¿no sabes que no debes hablar de esa forma delante de otras personas? —le dijo su padre —Es de muy mala educación.

—Perdón papá, pero es que no quería que Jacques se enterara de lo que le estaba diciendo a Olivia.

—¡Pierre! — le regañó el padre, algo avergonzado.

Olivia sonrió y Jacques también.

—No se preocupe. No tiene ninguna importancia. —dijo Jacques — Pierre es un buen chico. Se nota.

Pierre sonrió, contento.

—¡Anda, granuja! —le dijo su padre —¡Luego hablamos! Bueno, Jacques, me alegro de conocerte —dijo, dándole de nuevo la mano.

—Gracias, lo mismo digo. —contestó el joven.

—¡Vamos Pierre! —dijo Ferdinand.

—Papá, yo me quedé con Olivia y con Jacques. —dijo el niño.

El padre lo miró y le dijo:

—No, Pierre. Tienes que terminar tus deberes. ¡Vamos ahora mismo a casa!

Pierre puso cara de desilusión y Olivia sonrió.

—Anda, Pierre, sube y ve preparando una merienda para ti y para mí, ¡que vengo con un hambre!

—Vale. —dijo el niño contento.

Y el padre y el hijo se metieron en el portal.

—¡Vaya! ¡Parece que te ha cogido mucho cariño!, ¿no? —dijo Jacques.

—¡Sí! ¡Y yo a él!

El joven sonrió y le dijo:

—Bueno, me voy. Nos vemos mañana, ¿no?

—Sí. ¡Hasta mañana, Jaime!

—¡Hasta mañana, Oli! — dijo Jacques, en español.

Olivia se rio y luego se metió en el portal.

CAPÍTULO II

“¿QUÉ TE PASA, EDMOND?”

Aquella noche, durante la cena, Olivia reparó en que Alice parecía de muy buen humor. Y así se lo dijo, cuando recogían la cocina.

—¡Pareces muy contenta!, ¿no? —dijo Olivia —¿Qué te ha pasado?

—¿Yo? No sé... —dijo Alice, un poco nerviosa —Estoy normal. Bueno, estoy bien, ¿es que no puedo estar de buen humor?

—¡Claro que sí! —dijo Olivia.

Alice puso en marcha el lavavajillas.

—Hoy os habéis entretenido más, ¿no? —dijo Olivia.

—¿Eh? —Alice miró sorprendida a Olivia, —¿Lo dices porque he llegado un poco más tarde del instituto?

—Sí. —contestó Olivia

—Sí, es que... hemos ido a la biblioteca.

—¡Ah! —contestó Olivia, dándose cuenta de que la otra muchacha se sentía incómoda con la conversación. —Bueno, me voy a estudiar.

—Sí, yo también. —dijo Alice.

Después de dos horas de estudio, Olivia se dirigió a la cocina para beber un poco de agua.

Al pasar por el salón, vio a Ferdinand y Christine viendo la televisión. La muchacha los saludó desde la puerta y Christine le dijo:

—Estamos viendo una película. ¿Quieres verla?

—¡Oh, no! Todavía tengo que estudiar un poco más. Sólo me he levantado para despejarme un poco.

Christine sonrió.

—Eres muy responsable.

Olivia se rio.

—Bueno, estoy aquí para estudiar, ¿no?

En ese momento llegó Edmond de la calle. Olivia lo miró desde donde estaba, y vio que el joven venía bastante cargado de alcohol.

—¡Edmond! —lo llamó Ferdinand.

El joven se acercó, tambaleándose un poco y muerto de risa.

—¿Qué pasa, papá?

Su padre se levantó claramente enfadado y su madre lo miró con un gesto de decepción.

—¡Ya empezamos otra vez! — le dijo Ferdinand en un tono fuerte —¿Se puede saber qué te pasa? — le dijo Ferdinand en un tono fuerte.

—¡Sólo he bebido un poquito, papá! —le contestó su hijo, riéndose y poniéndole la mano en el hombro.

Olivia pensó que debía quitarse de en medio y dijo:

—Bueno, yo me voy a estudiar. ¡Buenas noches!

—¡Espera Olivia! —dijo Edmond, —¡Yo también me voy a estudiar!

—¿Tú, estudiar? —le dijo su padre —¡Lo que tienes que hacer es acostarte y mañana hablaremos!

Y lo cogió del brazo y lo acompañó hasta su cuarto, ante la mirada cohibida de Olivia.

—Olivia, ven un momento, por favor. —dijo Christine.

La muchacha entró en el salón y vio una mirada de desánimo en la mujer.

—Christine, no te preocupes. —dijo la joven —Seguro que mañana cuando se dé cuenta, se arrepentirá y no volverá a beber tanto.

—Tú no lo entiendes, Olivia. — le dijo Christine —No es la primera vez. Es cierto que hacía tiempo que no había vuelto a beber, pero algo le ha tenido que pasar. Hace casi dos años estaba como amargado y le dio por beber y muchas noches llegaba así. Ferdinand tuvo que regañarle fuertemente y ponerlo entre la espada y la pared, porque estuvo a punto de perder el curso. Parece que reaccionó y lo superó, pero ahora no sé lo que le habrá pasado, que ha vuelto a las andadas. Lo he notado en estos últimos días de nuevo más sombrío y temo por él, porque mi hijo no es mala persona, pero tiene demasiado orgullo y... no sé si esta vez...—

—Tranquila Christine. Seguro que ha sido algo aislado. Quizás se ha ido de celebración con algunos amigos...—

—¿De celebración, un martes? ¡Me extraña!

—Si quieres yo puedo hablar con él.

—¿Tú querrías hacer eso?

—Sí. Al menos puedo intentarlo.

—Sí, Olivia. Habla con él. Quizás contigo se desahogue. A nosotros no nos cuenta nada. Y con Alice, me parece que cada vez habla menos.

Olivia pensó: “¡No sé yo, pero en fin, por intentarlo...!”

—Sí. No te preocupes. — dijo.

—Gracias, Olivia. —dijo Christine, sin perder el gesto de preocupación.

La joven se fue a su cuarto y se puso a estudiar. Sin embargo, no lograba concentrarse. Al cabo de un cuarto de hora, se dijo: “Voy a acostarme y mañana me levanto un poco antes para terminar esto”.

La muchacha dejó el libro tal cual estaba y se acostó.

Aquella noche soñó que salía del instituto con Jacques y se encontraron con Edmond. Entonces éste se acercó a ellos y comenzó a disculparse con Jacques, confesándole que había pensado muy mal de él. Jacques le respondió que no se preocupase y que todo estaba olvidado. Luego apareció el profesor Ange y apartando un poco a Edmond, le dijo algo en voz baja, de manera que Olivia no lo escuchó. El joven se quedó pensativo y luego respondió que sí, que estaba dispuesto.

Olivia se despertó y recordó el sueño. Se dijo: “¡Qué sueño tan raro!”.

En ese momento sonó el despertador. “¡Oh! ¡Ya es la hora! ¡Tengo que estudiar!”

Así que se levantó, fue al baño, y al regresar a su cuarto, le pareció escuchar un llanto. Se quedó quieta para escuchar mejor y se dio cuenta de que venía del otro cuarto de baño. Era Edmond.

Olivia dudó qué hacer, pero al final se acercó a la puerta y llamó suavemente y dijo en voz baja:

—Edmond, ¿estás bien?

El joven abrió la puerta. Tenía los ojos rojos de haber llorado.

—¿Quieres entrar al baño, Olivia?

—No. Es que te he oído. ¿Estás mejor?

—Sí, supongo que sí. —dijo él, en un tono apagado.

La joven lo miró con compasión y le dijo:

—¿Qué te pasa, Edmond? ¿Es por lo que te dije ayer?

Él suspiró y le contestó:

—Olivia, tú también te has dado cuenta: ¡soy la peor persona que existe en este mundo!

La muchacha lo miró sorprendida y viendo que los demás estaban aún acostados, y podían despertarlos, lo cogió de un brazo y lo llevó a su cuarto, diciéndole:

—Ven, Edmond. Vamos a hablar.

El joven entró sin rechistar y cuando Olivia cerró la puerta, le dijo que se sentara en la silla. Él obedeció, dócil como un niño pequeño.

—¿Por qué dices eso, Edmond?—le dijo ella— ¿Por qué crees que eres la peor persona del mundo?

—Tú sabes que es así. —le respondió el joven— Desde que has llegado me he portado como un idiota contigo. Debes de odiarme, y no me extraña. No merezco nada.

—Pero Edmond, —le dijo Olivia— ¿a qué viene eso? ¿Por qué ahora de repente piensas esas cosas?

El joven se quedó pensando y, poco a poco, empezó a nublarse su gesto, hasta que se puso a llorar.

Olivia, que no estaba acostumbrada a ver a un joven de su edad llorando, se sintió compungida y se acercó a él, y agachándose le cogió una mano.

—Edmond, ¿Qué te pasa? ¡Por favor, dímelo! ¡Haré lo que pueda para ayudarte!

Él la miró, intentó reponerse un poco y luego le respondió más tranquilo:

—Está bien. Es por Anne. Durante todo este tiempo creí que me había dejado por Jacques, pero cuando me contaste ayer que eran primos, entonces me pregunté cuál fue el motivo por el que me dejó.

—¡Entonces erais novios, de verdad! —exclamó ella.

—Estuvimos saliendo durante algo más de una semana. Yo creí que ella sentía lo mismo que yo. Yo la quería... Todavía la quiero... Pero un día me dijo que lo sentía, pero que se había dado cuenta de que lo nuestro no podía ser. Fue cuando empecé a verla con Jacques y por eso creí que él era la razón.

—¡Lo siento mucho, Edmond! — dijo ella.

—Después de que ayer me contaste todo aquello acerca de Jacques, estuve pensando y al final me decidí por ir a buscarla para hablar con ella. Fui a la facultad y la esperé hasta que salió. Entonces le pregunté la razón por la que había cortado conmigo. y ella... me dijo que realmente había sentido algo muy fuerte por mí al principio, pero que luego, cuando estuvimos saliendo...— el joven se calló, y dejó escapar un ligero llanto.

—¡Oh, Edmond! —exclamó Olivia, acariciándole la cabeza, pensando que Anne se había cansado de él. — lo siento, lo siento mucho.—

El joven se repuso un poco y continuó:

—Me dijo que cuando estuvimos saliendo, se dio cuenta de que yo tenía un carácter muy fuerte, que tenía demasiado orgullo y era muy intransigente y además enseguida reaccionaba cuando alguien me decía algo que no me gustaba...— el joven hizo otra pausa, pero esta vez no lloró, sólo se quedó con la mirada fija, y luego continuó desahogándose con Olivia— Me dijo que ella había visto actuar a su padre de esa forma desde que era pequeña, y que él le había hecho la vida imposible a su madre,

y ella no quería volver a pasar por todo el sufrimiento que su madre había pasado. Por eso, antes de llegar a ese extremo, había decidido no seguir adelante conmigo.

Olivia lo miró y se quedó callada.

—Lleva razón. —dijo Edmond —Lleva toda la razón. Hizo bien en cortar conmigo. Soy una basura. Sólo sirvo para hacer daño. Fíjate el daño que le he hecho a Anne. Y a Jacques... y a mis padres y a mis hermanos... y a ti... y a mis amigos... —

—Bueno, Edmond, honestamente creo que por un lado está bien que te des cuenta de tus errores. Pero lo que no estoy de acuerdo contigo es en que te quedes ahí, pensando “¡Ay qué malo soy! ¡No sirvo para nada!”. Porque así, ni arreglas nada, ni eso te conduce a nada. En todo caso a nada bueno.

—¿Y qué puedo hacer? ¡Si soy así, no puedo remediarlo!

—¿De verdad te crees lo que acabas de decir? —le dijo Olivia, mirándolo fijamente —¿De verdad te lo crees?

Edmond le miró sorprendido.

—¿De verdad te crees que no puedes cambiar?— insistió ella —¿O es que en realidad no quieres cambiar?

—Bueno, yo... ¡Sí! ¡Claro que quiero cambiar! ¡Sí, quiero cambiar! —dijo el joven, con un gesto que mostraba que era consciente de lo que estaba diciendo— Sí. Pero, ¿cómo? Quiero decir... ¿qué puedo hacer? ¡Por dónde empezar!

Olivia sonrió contenta y se levantó y le dijo:

—¡Ya estás empezando! ¡El primer paso es querer!

Él sonrió levemente.

—Vale, ¿pero después? —dijo.

—¡Tienes que aprender a conocerte a ti mismo!

—¿A conocerme a mí mismo? repitió el joven — ¡Pero yo ya me conozco a mí mismo!

—¿Estás seguro? Si te conoces a ti mismo, dime, cuando hablabas con Anne, ¿eras consciente de todos los pensamientos que pasaban por tu mente?

El joven se quedó pensando.

—¡Hombre... pues no!

—¡Ah! ¿Acaso eras consciente de los sentimientos que tenías?

—Pues... me sentía... no sé, pero luego me sentí muy mal.

—Eso es muy abstracto. Me refiero si cuando ella te hablaba te diste cuenta en ese momento de si sentías por ejemplo, tristeza, orgullo herido, rabia, despecho... no sé, algún sentimiento.

—Bueno... en ese momento... —

—Entonces, ¿te conoces a ti mismo o no?

El joven suspiró.

—Pues parece que no. —dijo.

La muchacha le sonrió y le contestó:

—No te deprimas, no eres el único. A la mayoría de los seres humanos, nos ocurre lo mismo. Mira, yo he estado estudiando un poco sobre esto y me he dado cuenta de que en nosotros no existe una unidad psicológica. Todos tenemos muchos defectos de tipo psicológico, tales como el orgullo, la impaciencia, la ira, el odio, el despecho, la pereza, deseos de muchos tipos, y muchos más. Cada defecto encierra... digamos un trocito de nuestra esencia, o si quieres puedes llamarla nuestra conciencia, es decir lo que realmente somos nosotros. Entonces para liberar nuestra esencia, es

necesario acabar con cada defecto psicológico que al tener atrapada nuestra conciencia, nos la duerme. Por eso hacemos las cosas de manera tan inconsciente, porque tenemos la conciencia dormida. Cuando uno va despertando la conciencia al ir acabando con cada uno de esos defectos, se va volviendo cada vez más consciente y comete menos errores, ¿comprendes?

—Sí, creo que sí.

—Entonces el primer paso para acabar con esos defectos, que en su conjunto es lo que llamamos el Ego, es conocerlos. Por ello debemos estar atentos a pensamientos, sentimientos y actos, pues así es como se manifiesta el ego en nosotros.

—Comprendo. ¿Y cuál es el siguiente paso?

—Pues..., mira empieza con esto que te he dicho. Experimenta hoy, y esta noche te explico más cosas. Además, mira, tengo este libro.

Olivia cogió el libro de Jacques, que lo tenía sobre la mesilla y se lo enseñó.

—Todavía no lo he leído entero. Pero si quieres, lo podemos compartir.

Edmond lo cogió y empezó a ojearlo.

Luego miró a la muchacha y le sonrió.

—Olivia, eres una chica magnífica. Siento no haber sabido darme cuenta antes. Perdona todas las cosas que te he dicho y que te hayan molestado.

La joven sonrió también y le contestó:

—No sé de qué me hablas. Yo sólo sé que eres mi hermano adoptivo y que me alegro de que sea así.

—Gracias, Olivia. —respondió él. —Bueno, está bien. Acepto tu oferta de compartir el libro. Pero ahora será mejor que nos vayamos a desayunar, pues se ha hecho la hora de prepararse para ir a clase.

Ella asintió y el joven se fue a su dormitorio.

CAPÍTULO III “VOY A COMPARTIR TU LIBRO CON EDMOND”

La mañana transcurrió con normalidad. Durante el descanso, Olivia y Jacques se fueron a pasear por el parque.

La joven no le contó a él nada de la conversación con Edmond, pero sí le comentó acerca de su libro:

—Jaime, ¿sabes? Voy a compartir tu libro con Edmond.

—¿De veras? ¿Está interesado? ¡Estupendo! ¡Me alegro mucho! —dijo él.

—Sí, yo también. —dijo Olivia.

Los dos caminaron en silencio y Olivia le preguntó:

—Tú ya sabías salirte del cuerpo cuando eras pequeño, ¿no?

—La verdad es que lo hacía a veces. Pero no siempre que soñaba contigo lo había hecho de forma consciente.

—Me gustaría recordar más sueños. —dijo Olivia.

—Sí. Sería estupendo.

Los jóvenes continuaron paseando y luego volvieron a clase.

Cuando salieron a mediodía, Olivia se quedó sorprendida cuando vio a Edmond, esperando afuera. Olivia miró a Jacques y éste la miró a ella y le sonrió.

—¿A qué habrá venido? —dijo la joven, recordando su sueño.

—¡Vamos a ver! —respondió él, sin dejar de sonreír.

Entonces Edmond los vio y se acercó a ellos.

—Hola, Olivia. Hola Jacques. —saludó.

—¡Hola, Edmond! —dijo Jacques, dándole la mano —¡Me alegro de verte!

—Sí. —contestó Edmond —Precisamente he venido porque... ayer me contó Olivia lo del accidente que tuviste, y quería decirte que lo siento... Bueno, en realidad lo que ocurre es que durante varios años te he juzgado mal y...

—Gracias Edmond, por tu apoyo. —le interrumpió Jacques, sonriendo — Pero estoy contento de verte, de verdad. Oli me dijo que estaba hospedada en tu casa. Y no sabía que Alice era tu hermana.

—¡Euh! ¡Bueno, sí!, pero... —dijo Edmond.

Jacques le puso una mano sobre el hombro y le dijo:

—Quizás la vida nos está diciendo que es más fácil ser amigos, ¿no crees?

Edmond lo miró y luego miró a Olivia y asintió con la cabeza.

—Sí, es posible. —contestó.

La muchacha se rio contenta y los otros se rieron también.

—¿De qué os reís? —dijo Alice, que había llegado por detrás con el resto de la pandilla y con Pablo. —¿Y qué haces tú aquí, Edmond?

Su hermano la miró y le contestó:

—Es que pasaba por aquí, y me he acercado para hablar con Jacques.

—¿Pasabas por aquí? ¡Pero si la facultad no está cerca de aquí!

—¿Eh? —Edmond se aclaró la voz y dijo— Bueno, pero es que tenía que hacer algo cerca de aquí. ¡Pero Alice, deja ya de hacerme tantas preguntas! ¡Siempre tan... ¡

Se calló y miró a Olivia, como si se hubiera dado cuenta de que estaba empezando a exaltarse.

Olivia le sonrió.

Pablo, que había permanecido como observador, intervino:

—¡Así que tú eres el hermano de Alice!

Edmond lo miró con curiosidad.

—Sí. ¿Y tú quién eres? A los demás los conozco de vista, pero a ti, no.

—Es Pablo. —dijo Olivia.

—¿Pablo? ¡Ah, ya! ¡El chico español! ¡Sí, he oído hablar de ti! ¡Mi hermana habla a menudo de ti!

—¡Edmond! —exclamó Alice, sonrojándose.

Pablo la miró y sonrió.

—¡Espero que bien! —dijo.

Alice parecía no saber dónde meterse, de la vergüenza.

Edmond se dio cuenta y contestó:

—Sí, bueno, en realidad siempre está hablando de todos vosotros. — dirigiéndose al resto de la pandilla.

Alice se recompuso y miró aliviada a su hermano y luego a Olivia.

En ese momento el profesor Ange salió del instituto y Edmond se le quedó mirando sorprendido.

Olivia se dio cuenta y miró al profesor y éste le sonrió y se acercó a ellos.

—¿Qué hay chicos? —dijo —Así que tenemos visita, ¿no?

—Sí, profesor. —respondió Alice —Es mi hermano Edmond.

El profesor lo miró sonriendo.

—Hola Edmond. ¡Sé bienvenido!

Todos los chicos, a excepción de Jacques, le miraron extrañados.

Olivia pensó: “¿Por qué le da la bienvenida? ¿Será que el sueño que he tenido...?”

Edmond también parecía bastante desconcertado y respondió:

—¡Euuuhh, gracias! Pero... — se quedó callado, pensativo.

Jacques miró hacia el suelo, sonriéndose. A Olivia le pareció que se estaba divirtiendo.

—Bueno, nosotros nos vamos. —dijo Michel.

—Sí. —ratificó Guillaume.

—Sí. —dijeron el resto de la pandilla.

Y se marcharon todos, menos Jacques, Olivia, Edmond y el profesor. Edmond miraba sin cesar al profesor, con el ceño fruncido en señal de estar cavilando.

El profesor se rio y le dijo:

—No te devanes los sesos. Es cierto lo que estás pensando.

—¿Eh? —exclamó Edmond, sorprendido.

—Sí. Pero lo realmente importante es ¿seguro que estás despierto? ¿Seguro que estáis los tres despiertos?

Jacques sonrió y dio un salto.

Olivia y Edmond lo miraron sorprendidos.

—Bueno, ahí tenéis una forma de verificar si estáis despiertos o dormidos. — dijo el profesor.

—No entiendo. —dijo Olivia —¿Por qué has saltado, Jacques?

—Si estuviera en el sueño, fuera del cuerpo, al saltar, flotaría. Pero si estoy en el mundo de la tercera dimensión, al saltar, vuelvo a caer, debido a la ley de gravedad.

—¡Oh, entiendo! —exclamó Olivia.

Edmond los escuchaba asombrado y el profesor sonreía.

—Bueno, Edmond, de nuevo, ¡bienvenido a la senda del autoconocimiento!

Olivia comprendió por fin las palabras del profesor y se puso muy contenta.

—Gracias. —respondió Edmond, aún con cara de desconcierto —Pero no entiendo muy bien qué es lo que está pasando.

—Has llamado a la puerta y se te ha abierto. — respondió el profesor — Estás empezando a plantearte el porqué de tu vida y sientes que necesitas respuestas.

—Sí, es cierto, pero... — Edmond se quedó callado y miró a los otros dos jóvenes.

—Tranquilo, Edmond. No te sientas extraño. —dijo Jacques —Nosotros estamos igual que tú.

—Sí, es verdad. —añadió Olivia.

Edmond los miraba atentamente y dijo:

—¡Qué clase de misterio es éste! ¡Yo, que siempre he sido un escéptico, ahora me encuentro con esto! Pero... está pasando realmente. Yo he soñado esta noche con vosotros y con usted. Y ahora algo se está repitiendo. ¡La verdad, no sé qué pensar de todo esto!

Jacques y Olivia se rieron y el profesor le dijo:

—Anda, ven conmigo. Te explicaré algo.

—Está bien. — respondió Edmond.

Y los dos se fueron, dejando a Jacques y a Olivia, muy animados.

—¿Te acompaño a casa? —dijo el joven.

—Sí, vale. —respondió Olivia.

Durante todo el trayecto estuvieron hablando de lo que había pasado y del sueño que los dos habían tenido. Al parecer aquel sueño había sido muy real.

CAPÍTULO IV
“UNA OPORTUNIDAD ASÍ NO SE TIENE SIEMPRE”

Durante la comida, Ferdinand comentó:

—Este sábado tengo que ir a Narbonne. He pensado que podíamos irnos todos si queréis y pasamos allí el fin de semana. Podemos ir a la playa, si os apetece.

—¡Sí, papá! ¡Hurra! —gritó Pierre.

Los demás se rieron.

—¿Cuándo tienes que estar allí? —preguntó Christine.

—El sábado temprano. Pero a medio día habré terminado. Lo que podemos hacer es irnos el viernes por la tarde, cuando terminéis las clases, y dormimos allí. ¿Qué os parece? Aparte de Pierre, ¿quién se apunta?

—Yo, desde luego. —dijo Christine.

Ferdinand sonrió.

—¿Alguien más? —dijo él — ¿Olivia?

—¡Sí, Olivia! ¡Dí que sí! —exclamó Pierre.

La joven le respondió:

—Pues... me gustaría, claro que sí, pero seguramente tendré que estudiar.

—Llévate los libros. Seguro que puedes coger un rato para ello. —dijo Christine.

—En fin, no sé... Pero ¿cuándo volveríamos?

—El domingo por la tarde. —respondió Ferdinand.

—Bueno, está bien. Una oportunidad así, no se tiene siempre. —dijo Olivia.

—¡Bien! —volvió a gritar Pierre.

Olivia se rio y Ferdinand asintió y dijo:

—Bien, ya somos cuatro. Alice, tú también vienes, ¿no?

—No, yo no. contestó su hija —Tengo planes para el fin de semana con mis amigos.

—¿Ya? —exclamó Christine —¿Alice, qué rápido hacéis los planes tus amigos y tú! ¿No quieres cambiarlos para otro fin de semana? ¡Mira que a ti te encanta ir a la playa!

—Sí, es verdad, pero no puedo cambiar los planes. Lo siento.

—¡Vaya! —exclamó su padre, algo defraudado.

—Edmond, ¿tú sí vienes? —preguntó Olivia.

El joven la miró y tras pensar unos segundos, contestó:

—Vale. Yo también me apunto.

Sus padres lo miraron sorprendidos, pero luego Ferdinand exclamó:

—¡Estupendo! ¡Entonces seremos cinco!

Christine miró sonriente a su hijo mayor y luego miró a Olivia.

Después de comer, mientras Christine y Olivia recogían la cocina, la mujer le dijo a la muchacha:

—¡No sabes la alegría que me ha dado cuando Edmond ha dicho que venía con nosotros! Hacía tiempo que no viajaba con nosotros a ningún sitio... Y después de lo de anoche, me ha sorprendido mucho más. Olivia, ¿has hablado con él?

—Sí. Hablé con él esta mañana, antes de desayunar.

—¡Ah! ¡Pues has logrado un cambio en él muy grande! ¡No sé lo que habréis hablado, pero el resultado ha sido muy positivo!

Olivia sonrió y pensó: “El cambio lo está haciendo él. La historia de Anne y de Jacques le ha sacudido muy fuertemente. Y eso le ha hecho plantearse las cosas. Y además estoy segura de que la conversación con el profesor, también ha debido de hacer su efecto...”

—Olivia. —dijo Christine, que había estado silenciosa, mientras la muchacha estaba metida en sus pensamientos.

—¿Sí? Dime—respondió Olivia.

—No sé cómo preguntarte esto, —empezó a decirle Christine —pero... en fin, si no quieres, no me respondas, pero ¿hay algo entre Edmond y tú?

—Si te refieres a que si hay alguna relación romántica, te diré que no. —contestó— Pero creo que estamos haciéndonos amigos. Te confieso que los primeros días no me cayó muy bien, pero ahora nuestras relaciones, que insisto que son puramente amistosas, van mucho mejor.

—¡Está bien! ¡No hay nada de malo en que os gustéis, pero en fin, siempre es mejor ser prudentes, ya que estás bajo nuestra tutela!

—Claro. Lo comprendo. Pero estate tranquila. Somos como hermanos adoptivos.

—Bien, me alegro de aclarar esto. —dijo Christine.

—¿Aclarar, qué? —preguntó Ferdinand, entrando por la puerta.

—Nada, querido. Son cosas de mujeres.

—¡Oh, de acuerdo!— respondió él —Pero Chris, ¿no te ha parecido sorprendente que Edmond se haya apuntado al viaje?

—Sí. Se lo acabo de decir a Olivia.

—¡Y más, después del espectáculo de anoche!... replicó Ferdinand —¡Espero que esto signifique que no va a volver a las andadas!

—Tal vez Edmond quiere cambiar. Démosle una oportunidad. —dijo su mujer.

—Sí. Espero sinceramente que sea así. —respondió Ferdinand.

Por la tarde, cuando Olivia y Alice regresaban al instituto, ésta le dijo a Olivia:

—¡Qué pena que hayas decidido ir con mi familia a Narbonne! Este sábado por la tarde había quedado con Camille y con Gisèle para ir a ver una médium que habla con los espíritus de los difuntos.

Olivia se quedó asombrada.

—¡Alice! ¿Hablas en serio?

—Claro que sí. Esta tarde se lo vamos a decir a los chicos para que vengan con nosotras. También se lo diremos a Pablo. —dijo, mirándola de reojo.

—¡Pero qué cosas más raras os gustan! —exclamó Olivia, sin salir de su asombro —Y además, ¿con quién queréis hablar?

—Pues yo voy a hablar con mi abuela. Bueno, con la madre de mi padre, que es la que se murió. Y Gisèle y Camille, también quieren hablar con algún familiar.

—Pero, ¿no os da miedo?

—No, claro que no. —dijo Alice.

—Pues, no sé... pero a mí no me da buena espina eso. —dijo Olivia.

—¡Ya estamos! —exclamó Alice, en un tono de enfado —¡Siempre me estás llevando la contraria!

—¿Eso hago? —dijo Olivia, sorprendida— Perdona, no me había dado cuenta. Pero es que no me gusta eso de los médiums y el espiritismo.

—Será que eres más miedosa que yo. —dijo Alice, con intención.

—Será eso. —contestó Olivia.

Cuando llegaron al instituto, las chicas vieron que los otros chicos de la pandilla ya estaban allí. También estaba Pablo.

Alice se dirigió rápidamente hacia ellos, seguida de Olivia.

—Bueno, ¿se lo habéis dicho? —preguntó Alice a las otras dos muchachas.

—Sí— respondió Camille.

—¿Y qué? Vais a venir, ¿no? —dijo Alice.

—Bueno. —respondió Michel.

—De acuerdo. —dijo Guillaume.

—Conmigo no contéis. —dijo Pablo.

Alice lo miró sorprendida.

—¿No? ¿Por qué?

—Yo no voy. A mí esas cosas no me gustan nada. —dijo.

—¿Te da miedo? —preguntó Alice.

—Sí. Me da mucho miedo.

Los otros chicos se quedaron sorprendidos por la sinceridad con la que contestó y luego se rieron.

—Me da igual que os riais. —dijo Pablo —Yo no voy. Así que conmigo no contéis.

Alice se quedó callada. Parecía muy contrariada.

Olivia se sonrió para sus adentros.

—Mirad, por allí viene Jacques. —dijo Guillaume — ¿Le decimos a él si se quiere venir?

—Vale— respondió Michel.

Todos miraron a Jacques, mientras se acercaba. Éste se quedó un poco sorprendido, pero les sonrió.

—¿Qué hay, chicos?

—¡Hola, Jacques! —saludaron todos, menos Alice, que se había quedado muy seria y pensativa.

—Oye, Jacques, ¿te apetece venir con nosotros el sábado a una sesión de espiritismo? —preguntó Guillaume.

El joven los miró extrañado.

—¿Estáis hablando en serio?

—Sí, por supuesto. —dijo Camille.

—Ya veo. — contestó él, mirando a Olivia. — La verdad es que no. No me interesan ese tipo de actividades.

—¡Tú eres de los míos! —exclamó Pablo, riéndose.

Jacques le sonrió, pero luego volvió a mirar a Olivia.

—Oli, ¿tú piensas ir?

—No. Yo tampoco voy.

—Es que ella se va de viaje con mis padres y con mis hermanos. —intervino Alice.

—Pues sí, es cierto. —admitió Olivia — Pero a mí tampoco me gustan esas cosas.

Alice resopló, con fastidio.

—Bueno, pues entonces iremos nosotros. —dijo Guillaume.

—La verdad es que con tantos echándose atrás, ya se me han quitado las ganas. —replicó Alice.

—¿Qué? ¿Tú tampoco quieres venir? —exclamó Guillaume.

—¡Pues no! ¡Ya está! ¡Ya no me apetece!

—¡Pero Alice! —protestó Camille.

—Id vosotros, si queréis. Yo ya no quiero ir. —dijo Alice.

Olivia tuvo que aguantarse la risa, pero al mirar a Jacques vio que él estaba serio, mirando hacia abajo, como pensando en algo.

—¡Pues vaya! ¡Así, yo tampoco voy! —exclamó Gisèle.

—¡Entonces, yo tampoco! —dijo Michel.

Camille y Guillaume se miraron y él dijo:

—Lo siento Camille, pero me parece que el plan se ha venido abajo.

—Ya lo veo. —respondió ella —Bueno, pues nada. ¡No vamos nadie!

Olivia se sintió realmente aliviada por sus amigos y vio que Jacques también suspiraba.

La profesora apareció por el pasillo y todos se metieron en clase.

En la pausa de cinco minutos, Jacques le pidió a Olivia salir al pasillo.

—¡Menos mal que al final no van a ir a esa sesión! —dijo ella.

—Sí. La verdad es que no era muy buena idea. —respondió él.

—Jaime, yo no sé qué es lo que realmente pasa en esas sesiones, pero a mí me dan muy mala espina.

—A mí también. Si te parece, luego vamos a preguntarle a Botan sobre eso, ¿quieres? Tal vez él sepa algo.

—Sí. Me parece muy bien. —respondió Olivia.

Jacques la miró sonriendo y le dijo:

—¡Así que te vas de viaje este fin de semana!

—Sí. —dijo ella —Vamos a ir a Narbonne.

—¡Ah! Pues yo quizás también viaje.

—¿Sí? ¿A dónde?

—No lo sé aún. Es Botan quien me lo dirá a última hora. Me ha dicho que como le he cogido un poco de miedo a conducir, que nos vamos a ir los dos a un sitio, pero no me ha querido decir dónde. Sólo que será un lugar al que estoy ligado con mi pasado. No sé si se trata de Perouge, que es el pueblo al que iba a ir con mis amigos cuando tuvimos el accidente... Aunque tal vez se refiera a un sitio más lejano, a Grenoble, de donde son mis abuelos paternos... no sé. En fin, vamos a ver cómo se me da. Para mí es un reto, desde luego.

—¡Seguro que saldrás bien de la prueba! —le animó ella.

—Sí. Llevas razón —contestó el joven —¡Es toda una prueba contra mí mismo!

—¿Y cuándo os vais?

—Tampoco lo sé. Cuando él me diga.

—Nosotros nos vamos el viernes, cuando salgamos de clases. No sé si es buena idea haber aceptado, porque supongo que tendremos que estudiar bastante. Pero a Pierre le hacía mucha ilusión, y a mí me apetecía conocer Narbonne. Edmond también se ha apuntado. Y sus padres están muy contentos.

—Me alegro. —dijo Jacques, mirándola complacido.

El profesor de la siguiente clase llegó y los chicos entraron en la clase.

CAPÍTULO V

“¡MENOS MAL QUE LOS CHICOS NO VAN A IR!”

Al salir de clase, Olivia y Jacques vieron al profesor Ange en la entrada del instituto. Ella le dijo al joven:

—Vamos a preguntarle al profesor acerca del espiritismo.

—Sí. —respondió él.

Se acercaron al profesor y le saludaron:

—Hola profesor. —dijo Olivia.

—Hola Botan. —saludó Jacques.

—¡Hola muchachos! —respondió el profesor — Cuando llega la muerte, lo que realmente muere es el cuerpo físico, otro cuerpo que todos tenemos que es el cuerpo vital, y la personalidad. El cuerpo físico es evidente que se va descomponiendo poco a poco. El cuerpo vital, que es la parte tetra-dimensional de nuestro cuerpo físico, el que le da la vitalidad, también va desapareciendo, aunque más lentamente. Si a una persona le cortan una pierna, o pierde una mano, es muy posible que siga sintiendo sensaciones en ese órgano que ya no tiene. Esas sensaciones provienen de la parte vital del órgano, que aún sigue estando ahí, ¿comprendéis?

Los chicos asintieron.

—En cuanto a la personalidad,— continuó el profesor — ésta se ha creado en los primeros años de la infancia en base a lo que se ha visto y aprendido de quienes están alrededor, es decir con los padres, los hermanos mayores, los amigos, el colegio, etc... La personalidad va de acuerdo a la época y al lugar donde se vive. No es lo mismo una personalidad actual, que otra personalidad del siglo dieciocho, como tampoco es lo mismo una personalidad de alguien que vive en Francia, y otra personalidad de alguien que vive en Tanzania. Como veis, la personalidad se crea en los primeros años, luego se robustece con las experiencias, pero cuando llega la muerte, también muere. Puede tardar más o menos, dependiendo de lo robustecida que haya estado en vida, pero finalmente muere. Los fantasmas que a veces se ven, suelen ser personalidades de difuntos, que en vida fueron muy robustecidas. Normalmente son inofensivas. Es más el susto que uno puede darse, que lo que realmente pueden hacer. La personalidad puede tardar más en desaparecer si después de muerta la persona, los familiares y amigos la alimentan mediante visitas frecuentes al cementerio, o queriendo hablar con ellas por ejemplo a través de fotos o también a través de invocaciones como en las sesiones de espiritismo.

—Entonces, ¿en esas sesiones lo que acuden son las personalidades de los fallecidos? — preguntó Olivia.

—Entre otras cosas, sí —respondió el profesor —Pero no es todo. Os he dicho que en el momento de la muerte, mueren el cuerpo físico, el cuerpo vital y la personalidad. Sin embargo hay algo que sí continúa viviendo. Se trata del ego y de la esencia o conciencia. El ego, todo el conjunto de defectos psicológicos, los diferentes yoes, continúan más allá de la muerte en la quinta dimensión. La muerte es como el sueño. La única diferencia es que durante el sueño, nos movemos en la quinta dimensión, pero hay una atadura al cuerpo físico: el cordón de plata, que puede extenderse de forma infinita. Durante la muerte, ese cordón es cortado por el ángel de la muerte. Al igual que durante el sueño la mayoría de los humanos no son conscientes

de que están durmiendo, durante la muerte ocurre lo mismo, es muy común no darse cuenta de que uno ha muerto. Pero continuando con lo que os decía acerca de que lo que no muere es el ego y la esencia, ésta, la conciencia, más exactamente la conciencia que quede sin atrapar por el ego, puede permanecer en dimensiones superiores, aguardando que se le vuelva a dar un nuevo cuerpo físico. Mientras tanto el ego, va de aquí para allá, visitando los lugares donde vivía o donde trabajaba, sin darse cuenta de que el cuerpo ya murió. Sigue soñando. En las sesiones de espiritismo, cuando se invoca a algún difunto, puede aparecer también algún yo de ese difunto, o de otros fallecidos. En el caso de un médium, éste es poseído por ese yo, por ese defecto. Por supuesto, el médium pierde la conciencia, se le duerme totalmente, pues ha dejado la puerta abierta para esa posesión.

—O sea que no es el familiar al que teóricamente se ha invocado. —dijo Jacques.

—No tal y como se le recuerda. Cuando un familiar o un amigo muere, la personalidad ya no existe, ese abuelo, esa madre, ese esposo, ese hijo... ya no existen. Ya sólo continúan sus defectos psicológicos y su conciencia. Como os decía, cuando se les invoca, acudirán uno o varios yoes que pueden ser del fallecido o de otro fallecido que nada tiene que ver.

—Pero si el médium invoca por ejemplo a Jesucristo o a Buda o a algún Maestro espiritual, ¿Qué pasa? —preguntó Jacques.

—En ningún caso un Ser consciente poseería el cuerpo de otra persona. El cuerpo físico es un templo para la manifestación del propio Ser. Si alguna entidad posesiona el cuerpo de un médium, podéis estar seguros de que nunca puede ser un Maestro espiritual verdadero, porque un Maestro espiritual, nunca dormiría la conciencia de nadie, puesto que él anhela el despertar de todos los seres.

—Entonces el caso de las canalizaciones o chaneling en las que se supone que alguien, sea un ángel, un extraterrestre, o un maestro da un mensaje a través de otra persona, sería lo mismo, ¿no? —preguntó Jacques.

—Así es. Pues todo Maestro despierto, utiliza su propio cuerpo para dar el mensaje que tenga que dar, nunca utilizaría el cuerpo de otro. En este caso, el canalizador es otro médium. Estas personas, en existencias posteriores, tendrán que pagar un precio por haber prestado su cuerpo a entidades ajenas, pues como os he dicho antes, el cuerpo es un templo sagrado para el propio Dios interno.

—Profesor, ¿y qué me dice de un juego que ahora he visto que venden que se trata de la tabla ouija? —inquirió Olivia.

—Es más de lo mismo. Los participantes que invocan a supuestos espíritus, dejan la puerta abierta a que el ego de algún difunto se manifieste a través de ellos. Pero también pueden ser yoes propios de los participantes. Todo este tipo de prácticas puede tener consecuencias negativas. En muchos casos, al dejar ese pasaje abierto a la manifestación de esas entidades egoicas, ajenas o propias, pueden afectar a la mente y al cuerpo tarde o temprano. Incluso en existencias posteriores.

—¡Vaya! exclamó Olivia — ¡Menos mal que los chicos no van a ir!

El profesor sonrió y dijo:

—Jacques, has hecho bien pidiendo por tus compañeros.

Olivia no entendió por qué había dicho eso y miró a Jacques sorprendida.

Éste sonrió, pero no dijo nada. Sin embargo el profesor le aclaró a la muchacha:

—Cuando vuestros compañeros han dicho que iban a ir a ver la médium, Jacques ha estado pidiendo a su Dios interno que los protegiera de todo mal, y que si aquello podía perjudicarlos, que los ayudara. —explicó el profesor.

Olivia se asombró y le preguntó al joven:

—¿Es verdad? ¿Estuviste pidiendo por ellos?

Él volvió a sonreír y respondió:

—Sí, es cierto. No estaba seguro de que aquello pudiera hacerles daño, y como no sabía qué hacer, resolví pedir ayuda a mi Padre Interno, para que si él veía que era peligroso o perjudicial para ellos, los ayudase. Entonces, como por arte de magia, todos empezaron a sentirse desilusionados de aquello y lo dejaron. Por eso deduje que, efectivamente, esa historia del espiritismo no debía de ser muy aconsejable.

Olivia sonrió, mientras recordaba que al hablar con los chicos, lo vio muy serio y concentrado en algo.

—Profesor, muchas gracias por explicarnos esto. Ya lo veo más claro. —dijo Olivia.

El profesor sonrió.

—Lo importante es despertar la conciencia aquí y ahora. Cuanto más despierta se tenga la conciencia, más consciente se estará durante el sueño, y durante el proceso de la muerte. Es vital eliminar el ego, y liberar la esencia. Utilizad la vida como gimnasio psicológico para entrenaros psicológicamente, para auto-descubrirlos, para auto-conocerlos y para ver al ego en acción. Así podréis disolverlo, si no os olvidáis de pedir a vuestra Madre Divina que lo saque de vuestra psiquis y lo desintegre. Cuanto más despiertos de conciencia estéis en vida, más conscientes seréis del tránsito de la muerte.

—Entonces la muerte no es tan terrible, ¿no, profesor? —dijo Olivia.

—No. Este cuerpo es sólo una vestidura. La conciencia está mucho más allá. Si lograrais recordar vuestras existencias anteriores, veríais que ésta es sólo una más. Pero si estamos aquí, es para aprender. Para que la conciencia adquiriera experiencia. Si uno se identifica con la vida tal cual parece, se habrá perdido el tiempo inútilmente. Lo importante es utilizar ese gimnasio psicológico y trabajar sobre sí mismo para morir en el ego y despertar la conciencia.

Olivia y Jacques se quedaron reflexivos.

—Bueno, muchachos, os dejo. Ya nos veremos mañana. —dijo el profesor – Olivia, el viaje del próximo fin de semana te ayudará a comprender muchas cosas. ¡Ah! Y te aconsejo que te lleves calzado de montaña. En fin, ¡hasta mañana!

Los muchachos se despidieron también, pero Olivia se quedó asombrada. Luego sonrió y dijo:

—¿Cómo no? ¡También sabe que me voy de viaje este fin de semana! Lo que no entiendo es que si vamos a la ciudad y a la playa, ¿por qué me dice que me lleve calzado de montaña?

Jacques la miró divertido.

—¡Me parece que esta vez sólo ha acertado a medias! —dijo Olivia, con gesto de frustración.

—No sé, pero si yo fuera tú, me llevaría calzado de montaña, por si acaso. —dijo Jacques.

CAPÍTULO VI “ME GUSTARÁ CONOCER OTROS SITIOS DE FRANCIA”

La jornada del jueves transcurrió con normalidad. La amistad entre Olivia y Jacques fue reafirmando. En los ratos que pasaban juntos hablaban entre otras cosas acerca del trabajo psicológico y sus diversos detalles, y Olivia se sentía cada vez más entusiasmada con ese trabajo.

El viernes llegó y al medio día Ferdinand les dijo a todos:

—Siento defraudaros, pero finalmente no vamos a ir a Narbonne. La reunión que tenía, la han cambiado.

—¡Oh, vaya! — exclamó Pierre, con desilusión — ¡Con lo bien que nos lo íbamos a pasar en la playa!

Olivia le sonrió con ternura y pensó: “Es una pena. Yo también me había hecho la idea”.

—Sí. La verdad es que es una pena. — dijo Christine — Ya todos estábamos bastante contentos con la idea.

—Bueno, ya iremos otro día. —respondió Ferdinand — De todas formas, sí voy a tener que viajar, porque la reunión no se ha anulado. Sólo es que se va a realizar en otra ciudad.

—¡Ah! ¿Pero dónde, entonces? —dijo Christine, mientras los chicos miraban expectantes.

—Pues... el caso es que todavía no lo sé. Estoy esperando una llamada en la que me digan dónde. Tal vez sea en Montpellier o en Marseille. En todo caso, como imagino que no será mucho más lejos que Narbonne, el viaje puede continuar, si queréis. Sólo cambiará el lugar.

—¡Sí, mamá! ¡Vamos! —exclamó Pierre, ilusionado de nuevo.

—Está bien. Pero no sé si Olivia o Edmond seguirán interesados.

—Por mí, está bien. —dijo Olivia —Me gustará conocer otros sitios de Francia, sean los que sean. Además, de momento no tengo mucho que estudiar para el lunes, pues no sé por qué, pero parece que los profesores se han puesto de acuerdo para dejarnos descansar el fin de semana. A ver si esta tarde tenemos la misma suerte.

—¡Ah, estupendo!— contestó Ferdinand — ¿Y tú Edmond? ¿Qué dices?

—A mí también me da igual que vayamos a otro sitio. —dijo Edmond —Tengo ganas de salir un poco.

—Está bien. Entonces tened vuestro equipaje listo, y saldremos en cuanto lleguéis a casa. — dijo Ferdinand— Alice, ¿estás segura de que no quieres venir con nosotros?

—Sí. Estoy segura. Mis amigos y yo tenemos planes.

—Como quieras. —respondió Ferdinand.

De camino al instituto, Olivia le preguntó a Alice:

—Oye Alice, ¿Vais a ir por fin a ver a la médium?

—¿Qué? ¡Ah, no! ¡Ya desechamos ese plan!

—¿Y entonces, qué vais a hacer?

Alice la miró nerviosa y contestó:

—Pues... no sé, ya veremos, ¿por qué lo quieres saber?

—Es que como le has dicho a tu padre que ya tenías planes.

—Bueno, ¿y eso a ti qué más te da?

—¡Oh! ¡Vale! ¡Perdona! —exclamó Olivia, desconcertada por el tono de Alice.

Alice se quedó pensativa y dijo:

—Bueno... es que... la verdad es que no me apetecía ir de viaje. Prefiero quedarme en casa. Pero no lo quería decir porque si no, empiezan a insistir para que me vaya con vosotros. Y no tengo ganas.

—Pero Alice, te vas a quedar sola. ¿Quieres que me quede contigo? —dijo Olivia.

—¡No! —dijo Alice muy apurada.

Olivia la miró sorprendida y la otra chica se dio cuenta.

—En fin, lo que quiero decir es que no te molestes. No me importa quedarme sola. Me apañó muy bien. Además seguro que los chicos y yo vamos a quedar. No te preocupes, de verdad. Gracias de todas formas, pero no hace falta. Además a ti sí te hace ilusión conocer otros sitios de Francia, ¿no?

—Sí, es verdad. Bueno, entonces me iré, pero si de aquí a que salgamos te lo piensas mejor, dímelo.

—Vale, gracias. Pero no. Ya lo tengo decidido.

—Está bien.

Olivia pensó: “Me parece que Alice se trae algún secreto. No sé lo que será, pero está muy rara desde hace un par de días.”

Una vez en el instituto, las chicas vieron a Jacques y a Pablo hablando y riéndose.

Alice le dijo a Olivia:

—¿Qué estarán hablando, que se ríen tanto? ¿Nos acercamos?

A Olivia le pareció extraño que Alice le preguntara si se acercaban, porque estaba acostumbrada a ver a su amiga ir directamente y sin preguntar, a meterse en la conversación de los chicos.

—Bueno. —respondió Olivia.

Los muchachos las miraron muy sonrientes y ellas también sonrieron.

Entonces Alice dijo:

—Olivia se estaba preguntando que porqué os reíais tanto.

Olivia miró asombrada a Alice.

—Aunque Olivia se preguntaba que porqué noh reíamoh tanto, ¿no? (*Así que Olivia se preguntaba que porqué nos reíamos tanto, ¿eh?*)— dijo Pablo, en español.

Jacques sonrió y Olivia tuvo que morderse los labios para no reírse.

—Me gúele a mí, que quien se lohtaba preguntando era mademoizelle Alicia, ¿mequivoco, Olivia? (*Me huele a mí, que quien se lo estaba preguntando era la señorita Alicia, ¿me equivoco, Olivia?*)—

La muchacha no pudo reprimirse más y se rio, y Jacques también.

Alicia los miraba sin comprender nada y preguntó:

—¿Es un chiste en español?

Y Olivia tuvo que volver a aguantarse la risa.

Pablo se rio y contestó:

—Zí. Un shihte pa partirze de la riza. (*Sí, un chiste para partirse de risa*)

—No seas malo, Pablo. —le dijo Jacques en español, sonriendo. Y continuó en francés – Alice, nos reíamos porque estábamos hablando español. Yo me reía por su acento del sur de España, y él se reía por mi español con acento francés.

—Sí. Hacemos un buen dúo. —añadió Pablo, divertido.

Alice sonrió.

—¡Me encantaría aprender español! —exclamó entusiasmada.

—Bueno, Olivia te puede enseñar un poco. —contestó Pablo.

Alice hizo un gesto de desilusión y respondió:

—Sí, claro.

Pablo sonrió y le dijo:

—Pero si quieres aprender a hablarlo como se habla en Cai, (Cádiz) yo soy el más indicado para enseñarte.

La muchacha lo miró y sonrió con timidez.

Olivia pensó: “¿A Alice le está empezando a gustar Pablo o es mi imaginación?”

Camille y Gisèle llegaron en ese momento.

—¡Hola! —saludaron.

—¡Hola! —dijeron los demás.

Jacques se acercó a Olivia y le dijo en voz baja:

—¿Cuándo os vais?

La muchacha y él se separaron un poco de los demás y le contestó:

—Esta tarde. Pero al final no sé dónde vamos, porque la reunión de Ferdinand ya no es en Narbonne. Estaba pendiente de que se lo dijeran cuando salimos de casa, así que yo estoy como tú, que no tengo ni idea de a dónde nos va a llevar Ferdinand.

—¡O sea que puede ser que vayas a algún sitio con montaña! —dijo Jacques.

La muchacha lo miró asombrada. No se había dado cuenta de ello.

—¡Es cierto! —dijo, sonriendo.

Él se rio y ella también.

Uno de los chicos del otro grupo dijo:

—¡Por ahí viene el profe! ¡Vamos!

Y todos se fueron a clase.

A la salida del instituto, Jacques le dijo a Olivia:

—Hoy no puedo acompañarte porque he quedado con Botan, pero te deseo un buen viaje. ¡Y pásatelo bien!

—Gracias. Lo mismo para ti. —dijo Olivia.

Él la miró sonriente y luego le dio un abrazo. La muchacha lo abrazó también, muy contenta. Después se separaron y cada uno marchó por su lado, mirando hacia atrás y diciéndose adiós con la mano.

Cuando Olivia llegó a casa, Ferdinand y Christine estaban hablando en el salón.

—¡Hola Olivia! —saludaron.

—¡Hola! ¿Nos vamos? —inquirió la joven.

—Edmond aún no ha llegado. —dijo Christine - Pero queríamos decirte que finalmente a Ferdinand le han dicho que la reunión es en Carcassonne. Eso está un poco más lejos. Algo más de cuatro horas de viaje. Y no hay playa. Entonces, ¿sigue apeteciéndote? Porque vamos a llegar muy tarde. No te sientas comprometida. Si no te apetece, dilo sin problemas.

—Yo no tengo ningún problema. Otra cosa es que Ferdinand prefiera ir solo en tren o algo así. Por mí, desde luego, no os molestéis.

—Bueno, sinceramente, a mí me apetecía salir con la familia este fin de semana y vi en esto la oportunidad. —dijo Ferdinand. — Así que si a vosotros os sigue apeteciendo, ¡estupendo! Pierre y tú podéis dormir en el coche.

Olivia sonrió:

—Ferdinand, yo estoy acostumbrada al horario español. No tengo ningún problema en llegar tarde. Además, a lo mejor mañana no nos hace falta madrugar, ¿no?

—¡Claro que no! —dijo Christine —Pues entonces, nos vamos. Ya verás, Olivia, Carcassonne te va a encantar. Es una ciudad preciosa.

—¡Qué bien! —exclamó ella, sonriendo.

En cuanto llegó Edmond, éste dijo estar de acuerdo en el cambio de planes, y enseguida salieron los cinco de viaje, dejando a Alice en casa, como ella quería.

Cuando llegaron a Carcassonne, todos estaban bastante cansados, pero se alegraron, al atravesar la ciudad en busca del hotel que Ferdinand había reservado antes de salir.

Cuando Olivia se acostó, cayó rendida de sueño.

CAPÍTULO VII

¿VOSOTROS YA CONOCÍAIS CARCASSONNE?

Al día siguiente Olivia se despertó algo más tarde de las ocho. Se levantó y se arregló para ir a desayunar.

Christine y Pierre ya estaban en el comedor del hotel, tomándose un buen desayuno.

—¡Buenos días, Christine! ¡Buenos días, Pierre! —saludó Olivia.

—¡Buenos días, Olivia! —respondieron ellos.

—Siéntate y pide lo que te apetezca. —dijo Christine.

—Gracias. —respondió Olivia.

—Ferdinand se fue hace un rato a su reunión. —explicó Christine —A medio día cree que habrán terminado. Olivia, ¿tienes que estudiar?

—No. dijo ella sonriente —Desde luego me parece muy raro, pero para las clases del lunes no tengo que estudiar. Y para las del martes, ya lo haré el lunes por la tarde.

—¡Qué suerte has tenido! ¡Ni que estuviese hecho a posta! —exclamó Christine.

—Pues sí. Eso pienso yo. —contestó la muchacha.

—¿Vamos a enseñarle Carcassonne a Olivia, mamá? —intervino Pierre.

—Claro que sí, cariño. —respondió su madre, sonriendo.

—¿Vosotros ya conocíais Carcassonne? —preguntó Olivia.

—Sí, hemos venido un par de veces en las fiestas. Bueno, Edmond no vino con nosotros. Ésta es la primera vez que viene.

—¡Ah!

—¡Qué dormilón es Edmond! —exclamó Pierre — ¿Cuándo se va a levantar? ¡Si se levanta muy tarde no nos va a dar tiempo de enseñarle todo a Olivia!

Christine y Olivia sonrieron.

Justo en ese momento entró en el comedor el hermano dormilón.

—Buenos días a todos —saludó él.

—¡Buenos días, Edmond! —respondieron los demás.

El joven miró a Olivia mientras se sentaba, y luego se dirigió a su madre:

—¿Ya tenéis hecho algún plan?

—Tu padre estará libre a partir de mediodía. ¿Tienes mucho que estudiar, Edmond?

—No. No te preocupes por eso.

—Bueno, está bien. Entonces, si queréis, cuando terminemos de desayunar, nos iremos a dar una vuelta por la zona antigua. Luego tu padre nos llamará y quedaremos en un restaurante que ya conocemos para comer. Y por la tarde seguiremos viendo la ciudad. ¿Os parece bien?

Olivia asintió con la cabeza y Edmond contestó con aire pensativo:

—Sí.

Un rato después, los cuatro salían del hotel y se dirigían hacia la ciudadela. El castillo era realmente magnífico y a Olivia le pareció un castillo de cuento. Y cuando se metieron en la ciudad antigua, la muchacha pensó que aquello daba la sensación de meterse en el medievo.

La joven estuvo haciendo fotos y grabando en video con su móvil, por aquí y por allá.

—¡Es para enseñárselo luego a mi familia! —explicó, muy entusiasmada.

Sin embargo, a pesar de que la visita estaba resultándole muy agradable, se dio cuenta de que Edmond marchaba con aire muy pensativo. Así que se acercó a él y le preguntó:

—Edmond, ¿no te gusta el paseo?

Él la miró y le sonrió levemente.

—Sí, claro.

—¿Estás preocupado por algo?

El joven pareció dudar un poco y luego contestó:

—No. No es nada.

Olivia no se quedó convencida, pero no insistió.

A mediodía se reunieron con Ferdinand y almorzaron en un restaurante situado en la ciudadela.

—Papá, ¿qué habéis pensado hacer mañana? —preguntó Edmond.

—¿Mañana? Pues no hemos planeado nada en particular. Supongo que seguiremos viendo Carcassonne.

El joven se quedó pensativo y luego dijo:

—¿Qué os parece si mañana vamos a otro sitio?

—¿A otro sitio? ¿Dónde quieres ir? —inquirió su padre

Edmond volvió a quedarse pensativo y después respondió:

—He visto en el hotel unos folletos acerca de un lugar que me gustaría conocer.

—¿Sí? ¿Qué lugar es ése?

—Se trata de Montsegur.

—¿Montsegur? ¡Ah, claro! ¡Te refieres al castillo de Montsegur! ¡El famoso castillo cátar! —dijo su padre.

—¿Lo conoces, papá? —preguntó el joven.

—Pues no. Nunca he ido. ¿Y tú, Chris?

—No, yo tampoco. He oído hablar, pero nunca he ido a verlo.

—¿Y está muy lejos? —preguntó Ferdinand.

—Me parece que está a algo más de una hora de aquí. —contestó Edmond.

Ferdinand sopló un poco mientras pensaba.

—Edmond, creo que es mucho viaje para un día. Ten en cuenta que tenemos que volver a Lyon. Vamos a estar todo el día de viaje. Me parece demasiado. No. Creo que será mejor dejarlo para otra vez.

Edmond asintió con desilusión.

Olivia se dio cuenta de ello y se quedó pensando: “¿Por qué querrá Edmond ir a ese sitio? ¿Será sólo un capricho o será algo más? Ha estado muy callado toda la mañana. ¿Qué le pasará?”

Después de comer, continuaron paseando.

En un momento dado Edmond se acercó a su padre y le dijo:

—Escucha, he pensado que si queréis, podemos hacer una cosa. Déjame el coche y me iré yo solo a Montsegur. Vosotros podéis quedaros aquí y luego vuelvo a mediodía, para regresar a Lyon por la tarde. ¿Qué dices?

Ferdinand lo miró intrigado.

—Pero Edmond, ¿por qué tienes tanto empeño en ir?

—Es que... me ha llamado mucho la atención. No tenéis que sacrificaros todos. Puedo ir yo sólo. Si me dejas el coche, claro.

Ferdinand miró a su mujer y le dijo:

—¿Tú qué dices?

—Pues no sé. —contestó ella —La verdad, no me hace mucha gracia que vaya él sólo.

—Mamá, tengo el carnet desde hace más de un año.

—Sí, ya lo sé. Pero nunca has cogido el coche por carretera solo. No me hace gracia.

—Lo siento Edmond, pero no puede ser. —dijo Ferdinand.

—Está bien. No pasa nada. —contestó el joven.

Olivia escuchó la conversación sin decir nada, pero cada vez le resultaba más intrigante el empeño de Edmond.

Después de caminar un rato, se decidió y se acercó al joven para preguntarle:

—Edmond, ¿por qué tienes tantas ganas de ir a ese castillo?

El joven la miró y le dijo:

—No importa. Seguro que es una tontería.

La muchacha vio que él no quería hablar, pero insistió un poco más.

—Anda, dímelo. Puedes confiar en mí. —dijo.

Él se quedó pensativo y finalmente respondió:

—Es que... esta noche he tenido un sueño muy extraño. Y quería comprobar algo.

—¿Un sueño? —Olivia se quedó pensando.

—Pero no me hagas caso —contestó él —Era solo un sueño. No tiene importancia. —concluyó Edmond.

Y luego se separó de ella, como dando por zanjado el tema.

Aquella noche, mientras Olivia se ponía el pijama, volvió a recordar el empeño de Edmond y se dijo: “¿Qué clase de sueño habrá tenido que le ha impactado tanto?”

Luego se acostó y pensó: “Bueno, será mejor no darle más vueltas a eso.”

Se relajó y empezó a observar cómo le venía el sueño con la intención de poder meterse en él de forma consciente.

CAPÍTULO VIII “TAMBIÉN QUIERO COMPROBAR ALGO”

En la madrugada Olivia tuvo unos extraños sueños:

Se vio a sí misma vestida con ropa de la época medieval. Estaba en una pequeña villa amurallada junto a un pequeño castillo en la cima de una montaña. Ella era hija de un mercader que a la vez era creyente cátaró.

La villa llevaba varios meses asediada por soldados enviados por la inquisición. La muchacha estaba asustada, pero su padre le decía que no debía tener miedo, pues el cuerpo era sólo una vestimenta para el alma y que ésta volvería a tener otro cuerpo.

Luego vio a Jacques, el cual era zapatero artesano y que también era creyente. Ellos se conocían de toda la vida. También vio a Anne. Ella estaba muy pálida y muy débil.

Desde el interior de la villa se podía ver una humareda muy grande, como si hubiese un fuego fuera de las murallas.

Entonces Olivia se despertó sobresaltada.

Encendió la luz y se sentó en la cama. “¡Virgen del Pilar! —exclamó —¿qué ha sido ese sueño?”

La muchacha se quedó pensando y se dijo: “Un castillo medieval... ¿Será el castillo que quería ver Edmond?”

Olivia volvió a tumbarse, miró el reloj y vio que eran las seis.

La muchacha se dio la vuelta para volver a dormirse, pero no podía dejar de pensar en el sueño tan extraño que había tenido. Empezó a dar vueltas y vueltas... y al final se volvió a sentar, encendió la luz y miró el despertador. Ya eran las seis y media.

Entonces se levantó y fue a su maleta para buscar el libro de Jacques. Pero al buscarlo, se encontró el calzado de montaña. La joven se quedó parada.

“¡No me lo puedo creer! ¡El profesor me advirtió que me trajera calzado de montaña...! ¿sería para ir a ver el castillo?”

La muchacha tuvo un impulso, y sin pensar, cogió el móvil y llamó a Edmond.

El joven tardó un poco en contestar.

—¿Olivia?

—Sí, Edmond, perdona que te haya despertado.

—¿Qué hora es?

—Son las siete menos veinticinco.

—¡Ah!

—Lo siento, Edmond.

—No te preocupes. En realidad te lo agradezco porque estaba teniendo una pesadilla horrible.

Olivia se quedó callada.

—Bueno, ¿ocurre algo? —preguntó el joven —¿Por qué me llamas tan temprano?

—Edmond, ¿todavía quieres ir a ese castillo?

Esta vez fue él quien se quedó callado.

—¿Edmond? —dijo la joven —¿sigues ahí?

—Sí. Estoy aquí. Es que me ha sorprendido que me hayas llamado para preguntarme eso.

—Bueno, pero ¿sigues queriendo ir? —preguntó Olivia.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque yo quiero ir contigo.

Edmond volvió a quedarse callado.

—Bueno, ¿qué dices? —dijo Olivia.

—¿Por qué quieres ir? —le preguntó él.

—Porque yo también he tenido un sueño muy extraño. Y también quiero comprobar algo.

—Comprendo. —respondió él— El problema es que ya sabes que mi padre no me deja el coche.

Olivia le dijo:

—A lo mejor si yo voy contigo y le decimos que a mí me gustaría ir también, sí te lo deja.

—Sí, puede ser. — dijo Edmond —Al menos podemos intentarlo.

—Algo me dice que te va a decir que sí. —dijo la joven.

—Está bien. —contestó Edmond —Bueno, pues prepárate por si acaso. Voy a llamarlo al móvil y se lo pregunto. Ahora te digo lo que sea, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. —contestó Olivia

Olivia se metió en la ducha rápidamente y se metió el teléfono en el baño. Acababa de salir, cuando sonó el móvil.

—Ha aceptado. —le dijo Edmond —Date prisa. Desayunaremos cualquier cosa por el camino.

—Muy bien. —respondió ella— Dame diez minutos.

Al colgar, Olivia pensó en el profesor y se sonrió.

Eran las siete cuando salían los dos del hotel.

Olivia iba bastante entusiasmada, pero Edmond parecía más bien preocupado.

Una vez que salieron de Carcassonne, la joven le preguntó:

—Edmond, ¿estás seguro de que querías ir? Te noto algo preocupado.

—Sí. Sí quiero ir. Quiero ver algo.

—¿Es por el sueño que tuviste ayer?

—Ayer tuve un sueño, y hoy, otro muy distinto. La verdad es que el de hoy me ha dejado muy... abatido.

—Yo también he tenido un sueño muy extraño e inquietante. Pero como tú decías ayer. Tal vez sólo sean sueños, sin más importancia.

—Olivia, ¿quién es ese profesor que tenéis en el instituto?

—¿Qué profesor? ¡Ah! ¿Te refieres al profesor Ange?

—Sí. Es un hombre muy... no sé cómo decir, pero me parece que no es un hombre corriente.

Olivia se rio.

—¡Así es como yo lo defino! ¡Un hombre que no es corriente!

—El otro día, cuando fui al instituto, me aconsejó que hiciera este viaje. Pero lo más curioso es que mi padre todavía no nos había dicho nada. ¿No es extraño?

—Sí. —contestó ella riéndose.

Edmond la miró y sonrió. Luego le dijo:

—Oye, Olivia, cuéntame cosas de España. ¿Cómo es tu país?

La joven empezó a contarle cosas de su tierra. E incluso, como cogió más confianza le cantó una jota aragonesa.

El joven se rio, y la felicitó por su voz. Por supuesto Olivia se rio también.

Al cabo de una hora se iban acercando a Montsegur y enseguida vieron la montaña con los restos del castillo.

Los dos se quedaron callados. Olivia estaba bastante nerviosa.

Finalmente llegaron al pueblo. Sin embargo, el pueblo no estaba en la cima, como creía Olivia, sino en la falda de la montaña.

Edmond entró en el pueblo y buscó un lugar para desayunar, pues no habían parado en ningún momento.

Finalmente encontraron un hotel con restaurante.

Edmond aparcó y le dijo a Olivia.

—Mi padre me ha dado dinero por si nos hacía falta. Y me ha dicho que tenemos que estar allí antes de las cuatro. Son las ocho y cuarto. Tenemos bastante tiempo. Con que salgamos de aquí sobre las dos y media será suficiente.

—De acuerdo— contestó ella.

Los dos entraron al restaurante para desayunar.

Acababan de sentarse, cuando escucharon decir:

—¿Oli? ¡Edmond!

Los dos miraron hacia atrás y cuál no fue su sorpresa cuando vieron a Jacques y a Anne. Olivia y Edmond se quedaron asombrados, mientras Jacques y Anne, también parecían sorprendidos.

Jacques dio una especie de salto y Olivia comprendió porqué lo hacía. Así que ella se levantó y también saltó, para comprobar si estaba en sueños o no. Entonces se dio cuenta de que Edmond también se había levantado para saltar.

Luego los tres se echaron a reír, ante la mirada asombrada del camarero del restaurante y de Anne.

—¡Hola! —saludó Jacques, el primero.

—¡Hola! —dijo también Anne.

—¡Hola! —saludaron Olivia y Edmond.

—Pero, ¿qué hacéis aquí? —preguntó Olivia.

Jacques se rio.

—¡También vamos a desayunar! —respondió —Ven Anne, siéntate.

Y el joven acercó otra silla a la mesa en la que estaban Olivia y Edmond.

Anne se sentó, algo cohibida, y Edmond también parecía estar muy cortado.

El camarero les preguntó lo que querían y cada uno pidió lo que quiso.

Olivia estaba realmente contenta y Jacques también.

—Bueno, pero ya en serio, — dijo Olivia — ¿Qué hacéis aquí?

—Pues ya ves. Aquí es donde me ha traído Botan.

Olivia lo miró sorprendida.

—¿El profesor también está aquí?

—Sí. Hemos quedado con él dentro de veinte minutos.

—¡Ah! — exclamó Olivia, más contenta, si cabe.

—¿Y vosotros? —preguntó Jacques —¿Cuándo habéis venido?

—Acabamos de llegar —respondió Olivia — Venimos de Carcassonne. La familia de Edmond se ha quedado allí y nos hemos venido los dos.

—¡Vaya! ¿Y cómo se os ha ocurrido venir? —inquirió Jacques.

—Pues... la verdad es que... — Olivia no sabía hasta qué punto Edmond estaba de acuerdo en que les contara lo de los sueños, así que respondió — nos llamó la atención y teníamos curiosidad por ver esto.

Jacques sonrió.

Olivia miró a Anne.

—¿Y tú? ¿También te has animado a venir con Jacques y con el profesor?

—Sí. Jacques me invitó y acepté. —respondió Anne.

Les sirvieron los desayunos, y mientras que Olivia y Jacques comieron con gran apetito, los otros dos parecían no tener mucha hambre.

Olivia se dio cuenta de que tanto Edmond como Anne evitaban mirarse.

Enseguida Edmond dijo, levantándose:

—Voy al coche a mirar algo. Dejadme que os invite, yo pago. Nos vemos afuera.

Y se fue a pagar y luego salió del restaurante.

Olivia comprendió que se sentía violento con Anne.

—¿Y vosotros cuándo llegasteis? —preguntó Olivia.

—Ayer por la noche. —respondió Jacques —Estuvimos haciendo parte de la ruta de los castillos cátaros. Vimos Quéribus, Peyrepertuse y Puilaurens. Y finalmente dejamos éste para hoy.

— O sea que estuviste conduciendo todo el día.

—Bueno, Botan también cogió el coche, pero finalmente he logrado superar ese miedo.

—Me alegro mucho, Jacques. —dijo ella sonriendo.

Anne también sonrió.

CAPÍTULO VIII “¿YO FUI QUEMADA EN ESA HOGUERA?”

Poco después salieron del restaurante y vieron que fuera estaba Edmond hablando con el profesor.

—¡Profesor! —exclamó Olivia.

—¡Hola, Olivia! —le saludó él, sonriente.

—¡Usted sabía que íbamos a venir! —dijo ella, muy contenta.

Él se rio.

—Bueno, vamos a ver qué es lo que aprendemos hoy. —dijo.

El profesor y los chicos se pusieron a andar en dirección al castillo. Empezaron subiendo una rampa de arena hasta llegar a una estela conmemorativa.

Allí pararon y los chicos miraron a su alrededor.

—Allí fue la hoguera, ¿verdad? —dijo Jacques.

El profesor asintió.

Olivia miró el terreno y sintió una especie de nudo en la boca del estómago. Entonces preguntó:

—¿La hoguera?

—Sí, donde fueron quemados los últimos cátaros de Montsegur. —respondió Jacques, mirándola con ternura.

A la joven se le quedó suspendido el aliento.

—¿Quieres decir que los quemaron? —insistió.

—Sí. —respondió Jacques, con melancolía

Olivia miró al profesor que la observaba en silencio, luego miró a Anne, y también parecía afectada. Pero cuando se fijó en Edmond, se dio cuenta de que él estaba pálido mirando fijamente el lugar señalado, con un gesto de sufrimiento extremo.

Luego continuaron subiendo hacia las ruinas del castillo. Todos iban en silencio, y Olivia pensaba: “¿Yo fui quemada en esa hoguera? Y si mi sueño es un recuerdo real, ¿también lo fueron Jacques y Anne? ¿Y tal vez Edmond también?”

Después de subir un poco, encontraron la taquilla donde se compraban las entradas para visitar el castillo, y seguidamente siguieron ascendiendo por un camino bastante empinado y pedregoso. Olivia se alegró de haberse llevado el calzado de montaña y miró al profesor, sonriéndose para sus adentros.

Finalmente llegaron a la cima y desde allí pudieron contemplar las preciosas vistas. Posteriormente entraron al castillo y estuvieron viéndolo.

Un guía estaba explicando la historia a un grupo de españoles. Olivia se acercó a ellos y se quedó escuchando.

El guía explicó que la cruzada albigense, también conocida como la cruzada contra los cátaros, tuvo lugar entre 1209 y 1244 y que fue ordenada por el papa Inocencio III, pues se consideró el catarismo como herejía. Por tanto la inquisición intervino por toda la zona en la que se encontraban los cátaros. La villa de Montsegur, que por entonces estaba situada en la cima de la montaña junto al castillo que la defendía y además estaba amurallada, fue sitiada durante casi diez meses. En el interior se cree que vivían unas 500 personas entre creyentes cátaros y defensores del catarismo y sus familias. Finalmente, el día 16 de marzo de 1244, algo más de

doscientas personas que se negaron a renegar del catarismo, fueron quemados en una hoguera situada un poco más abajo, al lado de donde se encontraba la estela conmemorativa. Algo más tarde, el castillo fue reconstruido y lo que en esos momentos veían, eran los restos de esa reconstrucción.

Olivia se quedó asombrada. Todo se correspondía con su sueño.

Durante la explicación del guía, a Olivia le había llamado la atención un hombre y una mujer jóvenes que llevaban cada uno un niño de meses en una mochila portabebés. Entonces de repente vio que la pareja se fijaba en el profesor y parecieron reconocerlo, porque se acercaron a él muy contentos. La muchacha se preguntó quiénes serían.

Los observó y vio que el profesor les hablaba algo muy sonriente y ellos asintieron.

Después el profesor los dejó y se fue con los otros chicos. Pero Olivia se quedó mirando curiosa a la pareja un poco más, hasta que Jacques la llamó.

Luego todos salieron del castillo y se quedaron por los alrededores bastante reflexivos. Hasta que Jacques, por fin, rompió el silencio:

—Botan, yo creo que si estamos aquí, no es sólo por turismo, ni por curiosidad. Yo he tenido un sueño esta noche y creo que no ha sido un simple sueño. Creo que más bien se trataba de un recuerdo. Y si no estoy equivocado, yo estuve aquí cuando pasó todo aquello.

Todos miraron al profesor expectantes.

—Es cierto, Jacques. Estás en lo cierto. Todos habéis tenido esos sueños, y no eran simples sueños. Eran un recuerdo de una existencia anterior.

Olivia, Anne y Jacques se quedaron pensativos.

Y entonces ocurrió algo que los asombró en sobremanera: Edmond calló de rodillas y se puso a llorar completamente desconsolado.

Olivia miró al profesor, asustada, pero vio que éste observaba en silencio al muchacho arrodillado.

La joven pensó: “¡Virgen del Pilar! ¡Qué fuerte le ha golpeado esto a Edmond! ¡Parece que le ha afectado esto mucho más que a nosotros! ¡Es verdad que no es agradable ese recuerdo, pero al fin y al cabo fue hace mucho tiempo, y ya pasó!... El caso... es que yo no lo recuerdo a él...”

Entonces Edmond empezó a decir, con la voz desgarrada:

—¡Lo siento, Anne! ¡Lo siento! ¡No merezco tu perdón, pero lo siento! ¡Lo siento! ¡No merezco vuestro perdón! ¡No lo merezco, pero lo siento!

Olivia, compungida, miró a Anne y vio que le caían las lágrimas, en silencio.

Entonces el profesor se acercó al joven y le puso la mano en la cabeza y le dijo:

—¡Está bien, Edmond! ¡Tu arrepentimiento es sincero! ¡Está bien!

Edmond se calló y continuó llorando, pero esta vez en silencio.

—Sentémonos aquí y hablemos un poco, con el fin de aprender. — dijo el profesor.

Los cuatro obedecieron en silencio y el profesor comenzó a hablar:

—Bien, todos vosotros fuisteis protagonistas directos en esta historia. Olivia, Anne y Jacques formabais parte de las personas que estaban dentro del castillo. Ciertamente hubo una gran cantidad de personas que fueron quemadas. En el caso de Anne, ella pasó junto a sus padres.

Edmond rompió a llorar de nuevo, pero más silenciosamente.

—Sí, Edmond. Tú la llevaste a la hoguera. —dijo el profesor.

Olivia se quedó asombrada y entonces comprendió la reacción de Edmond. Miró a Anne y vio que también lloraba en silencio, y al mirar a Jacques se dio cuenta de que estaba tan asombrado como ella misma.

—Sin embargo, — continuó el profesor — lo que no recuerdas es que en ese mismo instante, al ver a Anne, a quien tú habías conocido antes y a quien amabas, algo dentro de tu frío corazón se rompió y empezó a manar la sangre ardiente del arrepentimiento más profundo. Dejaste de ser soldado y después de vagar por estas tierras durante varios días roto de dolor y ansioso de perdón, te dedicaste a ayudar a los últimos cátaros, y cuando éstos finalmente desaparecieron, te entregaste por completo a ayudar a pobres y enfermos. Hiciste un gran daño, Edmond, pero luego hiciste mucho bien. Sin embargo, no llegaste a trabajar sobre ti mismo y en existencias posteriores continuaste dejándote arrastrar por el mismo ego que te llevó a hacer el daño, una y otra vez. Aunque también terminabas arrepintiéndote. Y así, has ido repitiendo existencia, tras existencia, los mismos errores, y arrepintiéndote después.

El joven, que lo había escuchado atentamente, suspiró.

—Comprendo. O sea que mientras no trabaje sobre mí mismo, seguiré cometiendo los mismos errores en las siguientes existencias.

—Así es. —contestó el profesor.

Luego el profesor miró a Anne y le dijo:

—Tú también has vuelto a nacer varias veces hasta ahora. En todas esas existencias os habéis conocido, y aunque no con tanto dramatismo, la situación se ha vuelto a repetir. Por supuesto, Anne, tú has vivido mucho más tiempo, pero después, existencia tras existencia, tú también has repetido muchos errores y te has arrepentido por ello.

La joven asintió en silencio y miró a Edmond fugazmente.

—En el caso de Jacques y de Olivia,— continuó el profesor —vosotros lograsteis escapar de la quema con algunos más.

—¿De veras? —dijo Jacques — ¡Vaya! ¡Con razón yo no me vi en la hoguera en mi sueño!

—Yo tampoco. —dijo Olivia.

—No. Vosotros os fuisteis a Quèribus, y Edmond os ayudó.

Edmond miró sorprendido.

—¿De verdad? —dijo.

—Sí. —contestó el profesor — ¿Lo ves Edmond? No todo fue malo.

—Sí, supongo que sí... Pero eso no lo recuerdo.

—Algún día lo recordarás. —dijo el profesor — Y continuando con Jacques y Olivia, durante muchas existencias habéis sido amigos desde pequeños. En ésta, los dos nacisteis en diferentes países, y esa amistad desde pequeños habría sido imposible, si no os hubierais encontrado en sueños. Ésa es la razón por la cual soñabais el uno con el otro. Sin embargo, Olivia no guardó el recuerdo de la mayoría de los sueños, como consecuencia de varios errores que tuvo en su última existencia.

—¡Oh, vaya! —exclamó Olivia.

—Y en cuanto al accidente de Jacques y sus amigos, éstos también habían cometido ciertos errores en una existencia anterior, y su muerte fue una consecuencia de aquellos errores. Sin embargo, los dos tienen ya un nuevo cuerpo. Han vuelto a nacer. Y Jacques los volverá a encontrar.

El joven sonrió.

—Bien,— dijo el profesor —entonces ¿habéis comprendido la necesidad de eliminar los defectos psicológicos para no seguir cometiendo lo mismos errores una vez y otra, más las consecuencias que ello trae?

—Sí. —respondieron todos.

—Bueno, pues creo que hemos aprendido algo, ¿no?

—Sí, claro que sí, Botan. —dijo Jacques.

El profesor miró a Edmond. Éste le sonrió levemente.

—¿Te sientes mejor? Ha sido duro, ¿verdad? —le dijo el profesor.

—Sí. Muy duro. contestó Edmond, mirando a Anne —Pero ha merecido la pena porque he comprendido muchas cosas de mi vida actual.

El profesor asintió.

Olivia sonrió y suspiró.

—Bien, si queréis podemos descender ya. —propuso el profesor.

Los chicos asintieron.

Cuando llegaron abajo, el profesor dijo que tenía que hacer unas gestiones, y que volvería a Lyon por su lado, así que Jacques y Anne podían regresar cuando quisieran a Lyon.

—Pero Botan, ¿cómo vas a volver? — le dijo Jacques.

—Tú no te preocupes por eso. Yo me las arreglo.

Jacques sonrió y exclamó:

—¡Claro! ¡Qué tonto soy!

El profesor se rio y luego se marchó. Pero Olivia, que lo siguió con la mirada, se dio cuenta que algo más allá estaba la curiosa pareja con los bebés que vio en el castillo, y éstos avanzaban hacia el profesor para reunirse con él.

Olivia volvió a preguntarse quiénes serían.

Después los chicos estuvieron hablando entre ellos y decidieron irse todos a Carcassonne y ya comerían allí.

De esa manera, partieron los dos coches hacia Carcassonne. Uno con Edmond y Olivia y el otro con Jacques y Anne.

CAPÍTULO IX “SÓLO SOMOS AMIGOS”

Durante el viaje, Olivia y Edmond estuvieron comentando acerca de todo lo que habían vivido esa mañana.

—Siento que lo hayas pasado tan mal, Edmond. —dijo ella —Pero es verdad que hemos aprendido una lección.

—Sí. Es cierto. —respondió el joven.

—La pesadilla que tuviste esta mañana era por todo eso, ¿verdad?

—Sí. Me vi en el momento... la verdad, prefiero no recordarlo.

—Sí, claro. Perdona.

—No importa. Tú no tienes la culpa.

Los dos se quedaron callados unos momentos, hasta que el joven le preguntó a ella:

—Oye, Olivia, ¿es cierto que tú y Jacques habéis soñado el uno con el otro desde pequeños?

—Sí, es verdad. Pero yo sólo recuerdo dos sueños.

—¡Ahora comprendo porque él te gustaba desde el principio! — exclamó Edmond.

Olivia sonrió.

—La verdad es que la primera vez que lo vi, no me acordaba, pero sí llamó mucho mi atención. Lo que pasa es que Alice me dijo que no me juntara con él, porque era una mala persona. Sin embargo, yo no podía creérmelo.

Edmond sonrió, con melancolía.

—He sido muy injusto con él. Pero afortunadamente tú aclaraste las cosas.

La joven sonrió.

—¿Entonces sois novios? —preguntó Edmond.

Olivia lo miró sorprendida.

—No, claro que no.

—¿Y por qué? Si los dos os queréis, ¿qué os lo impide?

—Bueno... en realidad, sólo somos amigos.

—No entiendo. ¿Por qué sólo amigos?

—En realidad, él no se me ha declarado. Yo creo que él sólo me ve como una amiga. Además el profesor sólo dijo que habíamos sido amigos desde pequeños en todas las existencias. Así que no creo que pueda haber nada más.

—Bueno, tal vez fuisteis amigos de pequeños, pero está muy claro que él te quiere. Yo le he visto mirarte y tratarte.

—Es muy bueno conmigo. Eso es todo.

Edmond se quedó callado, reflexivo.

—Bueno, supongo que algo es algo. Yo también me conformaría con que Anne y yo fuésemos, aunque sólo sea amigos.

—Tal vez ella no te guarde rencor.

Edmond guardó silencio.

Al cabo de un rato, el joven le preguntó a la muchacha:

—Oye, ¿por qué Jacques llama al profesor... en fin, ese nombre tan extraño?

—¿Te refieres a que le llama Botan?

—Sí, eso es.

—Pues tengo entendido que su verdadero nombre es Botan, pero en el instituto le llamamos profesor Ange.

—¿Y por qué?

—Pues... la verdad es que... realmente no lo sé.

—Pero ¿quién es realmente Botan?

—No lo sé. Para mí también es un misterio.

Los dos continuaron el viaje hablando de otras cosas.

Por fin llegaron a Carcassonne. Edmond, aparcó cerca del hotel donde habían pernoctado, y Jacques, lo siguió.

Cuando salieron de los coches, Edmond llamó por teléfono a su padre para informarle que ya estaban allí.

—Jacques, mi padre dice que por qué no comemos con ellos, ¿qué os parece? ¿Os apetece que comamos mejor a nuestro aire y luego nos unimos a ellos, o qué?

—Por mí no hay ningún problema en comer con tu familia. —dijo Jacques—
¿Qué dices tú, Anne?

—Me da igual. —respondió ella.

—Bueno, pues dile que vale. —le dijo Jacques a Edmond.

—Está bien. —contestó Edmond.

Poco después se reunían los dos grupos.

—¡Olivia! — dijo Pierre, nada más verla y corriendo hacia ella —¿Por qué os habéis ido sin mí? ¡Yo también quería ir con vosotros!

La joven sonrió y le contestó:

—Es que nos fuimos muy temprano. Y te habrías cansado.

—¡Pero eso no importa! ¡Yo quería ir!

—Bueno, pues ya iremos otra vez contigo, ¿vale?

—¡Está bien! — respondió él con enfurruñamiento.

Ferdinand saludó a Jacques y le presentó a Christine. A su vez, el joven presentó a su prima.

Luego se metieron en un restaurante y Ferdinand insistió en invitar a Jacques y a Anne.

Durante la comida, Edmond y Anne permanecieron bastante callados, pero Jacques estaba muy animado y Olivia lo miraba contenta.

Después todos se dieron un pequeño paseo antes de partir hacia Lyon.

Jacques hablaba con Ferdinand y por otro lado caminaban Christine, Olivia, Pierre y Anne. Edmond andaba algo más atrás, muy pensativo. En el puente se pararon mientras se asomaban y continuaban charlando.

Entonces Olivia se dio cuenta de que Anne se acercaba discretamente a Edmond y le decía algo en voz baja. Éste la miró atentamente y después pareció emocionarse mientras le respondía algo. Luego ella negó con la cabeza y le volvió a hablar, tras lo cual, Edmond le sonrió con un matiz de agradecimiento y le respondió.

Ferdinand dijo que ya debían volver y todos se dirigieron a los coches, para partir hacia Lyon.

Durante el viaje, Olivia vio que Edmond, de nuevo, estaba muy callado.

A la altura de la salida hacia Valence, Ferdinand se metió en una gasolinera para repostar y estirar las piernas. Jacques lo siguió. Mientras llenaban el depósito de gasolina, los demás salieron de los coches.

Olivia se acercó a Jacques y le dijo:

—Con tanta gente no hemos tenido oportunidad de hablar de lo que ha pasado esta mañana en Montsegur.

—Sí, es cierto. —respondió Jacques. —Estuve a punto de decirte que te vinieras conmigo en el coche hasta Carcassonne, pero no me pareció muy conveniente que Edmond viajara con Anne, después de lo que se habló allí.

—Ya, claro. Oye, ¿Anne está bien?

—Sí. A ella también le ha afectado mucho todo esto, pero ya está mejor.

—He visto que ha hablado con Edmond durante el paseo que hemos dado después de comer.

—Sí. Ella lo ha perdonado. Por otro lado, realmente yo no tenía ni idea de que ellos dos habían estado saliendo durante unos días. Me lo ha contado en el viaje. Estos días de atrás, noté a Anne bastante decaída y sin que yo le dijese nada a Botan, él me dijo que la invitara a venir con nosotros. Y ella aceptó. Creo que todo viene de lo mismo. Me parece que Anne sigue sintiendo algo por Edmond.

—Es posible. —respondió la joven, pensativa.

De pronto Jacques sonrió y le dijo:

—Mira eso. —señalándole a Edmond y a Anne que estaban juntos, un poco más allá de la gasolinera.

Olivia miró y vio que los dos se sonreían mirándose a los ojos y él le cogía la mano a ella.

—Me parece que están haciendo las paces del todo. —dijo Jacques —Me alegro por ellos.

La joven sonrió y contestó:

—Yo también.

Poco después partían de nuevo hacia Lyon, y esta vez Olivia vio a Edmond pensativo, pero con una sonrisa en los labios.

Cuando llegaron a casa, Alice no estaba.

Christine y Olivia prepararon la cena y Alice llegó poco después.

—¿Ya estáis aquí? —dijo.

—Sí, Alice. ¿Cómo has estado? —le preguntó su madre.

—Muy bien, mamá. —contestó, mirando de soslayo a Olivia.

—¿Has salido con tus amigos? —le dijo la madre.

—Sí, claro. —respondió Alice —Y vosotros, ¿os lo habéis pasado bien?

—Sí. Hemos estado muy a gusto, ¿verdad Olivia? —dijo Christine.

—Sí, es verdad. —respondió la aludida.

—Incluso tu hermano y Olivia se fueron esta mañana solos a Montsegur.

—¿Los dos solos? —repitió Alice, extrañada.

—Sí. —contestó Olivia.

—¡Ah! —respondió Alice, mirándola pensativa.

Durante la cena, Edmond parecía realmente contento. Alice lo miraba con aire de estar rumiando algo en su cabeza.

Pero Ferdinand también se dio cuenta.

—Edmond, tengo una curiosidad. Has estado estos días muy callado. Y en el viaje, no digamos. Ayer estabas empeñado en ir a Montsegur y finalmente cuando

fuisteis, resulta que os encontrasteis con vuestros amigos. Y ahora te veo mucho más animado. Me parece muy curioso todo eso.

Edmond sonrió.

—Bueno, ¿qué es exactamente lo que quieres saber? —dijo.

—¿Por casualidad, vosotros habíais quedado con vuestros amigos allí?

—No. No habíamos quedado. —contestó el joven.

—No habías quedado... vale. Pero, ¿tú sabías que ellos estaban allí?

—Pues... la verdad es que... tenía esa sospecha.

—¿Esa sospecha? ¡Eres poco claro!

—Bueno, seguramente no me vais a creer, pero tuve un sueño premonitorio y pensé que podían estar allí.

Olivia y Alice lo miraron asombradas.

—Ya veo —dijo Ferdinand —¡Conque un sueño premonitorio!

—¡Edmond, eso sí que es nuevo! —exclamó Alice —¡Que tú creas en esas cosas!

El joven sonrió y le contestó:

—Pues sí. Ya ves.

Christine sonrió complaciente.

—¿Y qué amigos encontrasteis allí? —se interesó Alice.

—A Jacques y a Anne. —respondió Pierre, queriendo meterse en la conversación.

Alice se quedó más asombrada aún.

—Anne es la novia de Edmond. — dijo Pierre.

Todos lo miraron sorprendidos, y Olivia tuvo que reprimirse la risa.

—¡Eh, Pierre! —exclamó Edmond, bastante turbado —¿De dónde sacas eso?

—Pues yo os he visto que os dabais la mano y os mirabais mucho, como dos novios. —contestó el chiquillo.

Ferdinand y Christine se miraron y sonrieron.

—Pierre, ¡no deberías de estar espiando a la gente! — le regañó su hermano.

—Bueno, ¿pero, a que es verdad? —rebatía Pierre.

Edmond resopló y luego respondió:

—¡Está bien! ¡En esta casa no se pueden tener secretos con un niño tan chismoso! Es cierto, Anne y yo estamos empezando una relación.

Los demás se rieron y le felicitaron.

—¡Bueno, calma, calma! ¡Sólo vamos a ver cómo nos va! — exclamó él, reprimiendo una sonrisa.

Olivia se sintió contenta por él.

CAPÍTULO X

¡AHORA YA SÉ PORQUÉ HE VENIDO!

Al día siguiente, en el instituto, Olivia y Jacques se marcharon al parque durante el descanso de la mañana.

Estuvieron hablando del viaje y luego ella le contó las indiscreciones de Pierre. Él se rio, divertido y le dijo que Anne también se lo había contado a él. Por lo visto, ella y Edmond iban a darse una segunda oportunidad.

Mientras paseaban por un camino del parque, Olivia vio a lo lejos a Alice y a Pablo sentados en un banco, cogidos de la mano. Ella se quedó sorprendida.

Jacques se dio cuenta del gesto de Olivia y buscó el motivo de la sorpresa de su amiga y entonces vio también a la pareja.

—¡Vaya, vaya! — exclamó riéndose.

Olivia lo miró y sonrió.

—¡Ya me parecía a mí que a Alice le gustaba Pablo! —dijo.

—Sí. —contestó Jacques, mientras seguía riéndose.

La muchacha no pudo evitar reírse también.

Entonces Pablo y Alice les vieron, y ella recogió rápidamente su mano. El muchacho se sorprendió y le dijo algo, pero Alice, se quedó callada.

Jacques y Olivia les saludaron con la mano y luego prosiguieron su paseo.

Una vez en el instituto, Alice se acercó a Olivia muy seria.

—Olivia, ¿puedo hablar contigo un momento?

—Claro. Dime.

—Escucha... seguramente debes de pensar muy mal de mí, ¿no?

—No, claro que no. ¿Por qué crees eso?

Alice se quedó un momento callada observándola, y luego le dijo:

—No hace falta que disimules. Me has visto con Pablo.

—Sí, bueno. ¿Y qué pasa?

Alice volvió a mirarla detenidamente.

—Pero Olivia, ¿no te importa?

—¿Importarme? ¿Por qué me iba a importar? No tengo nada que opinar en eso. Si os gustáis es cosa vuestra.

—Pero él se suponía que era para ti.

—¿Qué? ¡Por favor, Alice, no me digas que sigues creyendo ciegamente en la vidente!

—Pues yo... —

—¿No ves que nada de lo que nos dijo es verdad? ¿Dónde está el chico rubio de ojos azules que te tenía destinado? Todo era mentira, admítelo. ¡No me vas a decir que eres capaz de rechazar a Pablo por esa absurda invención!

—Pues... — Alice se mordió el labio. —Sí, creo que llevas razón. Me había empeñado en que se tenía que cumplir aquello y nada ha sido como ella dijo. Ni siquiera se le ha cumplido algo a Camille o a Gisèle.

—¿Lo ves?

Alice sonrió aliviada.

—¿Entonces, de verdad no te molesta que Pablo y yo estemos saliendo?

—¡Claro que no!

Alice la abrazó muy contenta y le dijo:

—¡Perdona todas las veces que te he insistido con lo de la vidente y también te he gritado y te he tratado mal! ¡Eres una buena amiga!

Olivia la abrazó también, sonriendo.

—¡No recuerdo ninguno de esos momentos! —contestó.

Más tarde, salían Olivia y Jacques juntos del instituto y la muchacha se quedó sorprendida al ver a la pareja con los bebés que habían encontrado en el castillo el día anterior.

Olivia se lo dijo a Jacques, y éste le contestó que él también se había dado cuenta. Entonces decidieron acercarse a ellos.

—Hola. —saludaron los jóvenes en español.

—Hola. —contestaron el hombre y la mujer, algo sorprendidos.

—¿Sois españoles? preguntó él.

—Yo sí. —dijo Olivia —Mi amigo es francés, pero entiende y habla el español, un poco.

—¡Ah! —exclamaron los otros, sonriendo.

—Ayer os vimos en Montsegur. —dijo Olivia.

—Sí. Es cierto. —contestó el hombre —Yo también me acuerdo de vosotros. Ibais con Botan, ¿verdad?

—Sí. —respondió Jacques —¿Lo estáis esperando? No creo que tarde en salir.

Olivia, pensó: “Seguro que ya sabe que están aquí.”.

La pareja los miraron sonriendo.

—¿Hace mucho tiempo que conocéis a Botan? —preguntó Olivia.

—Hace nueve años. —contestó ella, mirando a su esposo con ternura.

Él le sonrió.

—Sí, eso es. —dijo

—Por entonces yo tenía tu edad. —continuó la mujer, dirigiéndose a Olivia — Mi familia tenía previsto un viaje con el que yo había soñado prácticamente toda mi vida, pero el viaje se truncó y mis padres nos enviaron a mi hermana y a mí a un campamento de verano en los Pirineos. Allí encontré a Marcos,— dijo esto señalando a su marido — que fue mi monitor. Un día sentí muchas ganas de subir una montaña que me llamaba mucho la atención. Marcos me siguió y... entonces vivimos juntos una experiencia inolvidable, pues conocimos otro mundo maravilloso. Fue entonces cuando conocimos a Botan. Él nos enseñó muchísimas cosas asombrosas. Luego, Marcos y yo nos enamoramos, y nos casamos. Pero fue tanto lo que nos impactó aquella vivencia, que decidí escribir un libro contando todo lo que habíamos visto y lo llamé: “La Montaña Misteriosa”². Y desde entonces, cada cierto tiempo nos encontramos con Botan y él continúa enseñándonos más cosas.

Jacques y Olivia sonrieron.

—Mi nombre es Olivia y él es Jacques— dijo la joven, pensando que ya era hora de presentarse.

—Yo me llamo Elena. —dijo la mujer. — Y como os he dicho antes, mi marido es Marcos.

En ese momento, Botan apareció y se acercó a ellos.

² <http://www.elenasantiago.info/para-comenzar/la-montana-misteriosa.html>

—Bueno, ya veo que os habéis presentado. Me alegro porque es posible que no sea ésta la única vez que os veréis

Los cuatro sonrieron.

Entonces uno de los bebés, que dormía, empezó a llorar.

—¡Oh! ¡Es la hora de su comida! —dijo Elena —Perdonad, pero me voy a tener que ir al coche para darle de mamar, antes de que se despierte el otro.

—Claro. —respondió Olivia. —Me ha gustado conocerlos.

—A mí también— respondió Elena

— Lo mismo os digo. Me alegro de haberos conocido— dijo Marcos.

—Yo también. —añadió Jacques.

En ese momento se despertó el otro bebé, pero éste no lloró.

—¡Bueno, pues ya están los dos despiertos! —dijo Elena. —Lo siento pero tengo que irme.

—Sí, id tranquilos. —dijo Botan —Ahora me reúno con vosotros.

La pareja con los dos bebés se marcharon, y el profesor dijo:

—Bien, Jacques, ¿no querías saber de tus amigos, los que murieron en el accidente?

El joven lo miró asombrado.

—¡Sí, claro!

—Pues acabas de verlos.

—¿Qué? Pero, ¿cómo...? el joven miró a la pareja que se alejaban y luego sonrió.

—¡No me digas que son los dos gemelos de Elena y Marcos!

—Así es. —dijo Botan.

Jacques se rio, muy contento y Olivia también.

—Bien, y ahora os dejo. Esta tarde nos veremos. —concluyó Botan.

Y se marchó.

Olivia se quedó mirándolo sonriendo y al verlo acercarse a la pareja, de repente le vino el recuerdo de otro sueño de los que tuvo de pequeña con Jacques. En el sueño, Jacques le decía: *“Oli, cuando seamos mayores, ¿te casarás conmigo?”* Y ella le contestaba: *“¡Pues claro que sí!”*.

La joven se quedó sorprendida y Jacques se dio cuenta.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Ella lo miró muy cortada y con cara de susto.

Él se rio:

—¿Qué ha pasado, Oli? ¿Por qué pones esa cara?

—Es que... acabo de recordar otro sueño contigo.

—¿De veras? ¡Estupendo! ¡Dime cual!

Olivia se sintió cohibida y le contestó:

—No tiene importancia. ¡Cosas de niños!

—¡Sí, claro! ¡Es que éramos unos niños! ¡Pero dime qué pasó! — insistió él.

Con mucho corte, la joven le dijo:

—Bueno, pues es que tú me preguntabas que si cuando fuéramos mayores yo me casaría contigo.

—¡Ah, sí! ¡Me acuerdo muy bien! —exclamó él — ¡Y tú me respondiste que claro que sí!

Olivia se rio del mismo corte que estaba pasando y dijo:

—¡Pues eso!, ¡cosas de niños!

Él sonrió y respondió:

—Sí, puede que sean cosas de niños, pero yo cuento con eso. Así que supongo que en un año o dos, nos casaremos, ¿no?

La muchacha lo miró asombrada y se le fue la risa, mientras se le aceleraba el corazón.

—¿Qué dices? ¿Estás de broma, verdad? —dijo.

—No, claro que no. —respondió él.

—Pero Jaime, esas cosas las dicen los niños muchas veces. Pero eso no quiere decir que se vaya a cumplir.

—Bueno, Olivia, pero es que yo te quiero. —dijo él, más serio —¿tú no me quieres?

La joven se quedó boquiabierta.

—¿Estás hablando en serio, Jaime?

—Por supuesto que sí.

—Pero... ¿tú, cómo me quieres? —dijo ella.

Él sonrió y le respondió:

—Oli, quizás no sea demasiado romántico. Pero lo cierto es que te he querido toda mi vida. No me he fijado en ninguna chica, porque siempre pensaba en ti y porque tenía la esperanza de que o bien aquí, en Francia, o bien allí, en España, nos encontraríamos y podríamos estar juntos. Tú has sido siempre la chica de mis sueños y lo digo en sentido verdadero y figurado.

La joven sonrió, más relajada.

—¿Entonces, tú me quieres? le preguntó Jacques.

—Sí. Claro que te quiero. —respondió Olivia.

Él sonrió y le dijo:

—En el último sueño que tuve contigo antes del accidente, te declaré mi amor y tú me confesaste que también me querías. Esperaba que tus sentimientos no hubieran cambiado, pero me decía que debía esperar a que recordaras más cosas. Ciertamente es que cuando vi el primer día de instituto que no me reconocías, se me bajó un poco la moral, pero en la primera pausa que hubo entre clase y clase, fui corriendo a buscar a Botan para preguntarle. Entonces él me dijo que tuviese paciencia, pues tú terminarías recordando todo. Y eso, por supuesto me dio confianza.

—Has tenido mucha ventaja sobre mí, pero no me importa. —replicó Olivia — Durante todos estos días he aprendido muchas cosas que jamás me pude imaginar.

—Sí. Yo también. Y más cosas que tenemos que aprender. Botan me ha hablado un poco del trabajo que se realiza a nivel interno con las distintas energías que tenemos en nuestro cuerpo. Me dijo que pronto nos explicaría a ti y a mí, cómo trabajar con esas energías, en concreto con las energías sexuales o energías creadoras, para poder justamente crear algo superior dentro de nosotros.

Olivia asintió y exclamó:

—¡Y yo que cuando venía hacia aquí en el avión me preguntaba que para qué venía yo a Lyon, y me decía que qué injusta era la vida! ¡Ahora ya sé por qué he venido! ¡Para aprender todas las cosas que Botan nos ha enseñado y también para encontrarme contigo!

Él sonrió y le dijo:

—Bueno, pero entonces los planes de boda siguen en pie, ¿no? Dentro de un año o dos como mucho, nos casamos, ¿estás de acuerdo?

Ella se rio y contestó:

—Sí, de acuerdo.

—En ese caso, digo yo que habrá que sellar el compromiso. —dijo Jacques.

—¿Sellarlo? —repitió la muchacha, sin comprender — ¿Y cómo lo sellamos?

—¡Pues cómo lo vamos a sellar! —exclamó el joven —¡Pues con un beso!

Olivia sonrió y él se acercó a ella, se abrazaron y se besaron con dulzura y llenos de amor.

FIN

(1) “La Montaña Misteriosa” y más obras de la autora en:
<http://www.elenasantiago.info>

Para quienes quieran profundizar:
http://www.elenasantiago.info/para_profundizar.elena_santiago.htm



Reconocimiento – No Comercial – Sin Obra Derivada (by—nc—nd):

No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

<http://creativecommons.org/licenses/by—nc—nd/3.0/deed.es>